

# Mijaíl Bulgákov

## Morfina



Lectulandia

En vida de Mijaíl Bulgákov difícilmente alguien se habría atrevido a considerarlo un «clásico» de la literatura rusa, ya que, después de haber gozado de un brevísimo período de éxito durante la década de los veinte, Bulgákov fue víctima de constantes calumnias políticas por parte de las autoridades soviéticas. Hoy, se encuentra en un nivel parecido al de Turguéniev, Tolstói o Chéjov.

Los relatos reunidos en este volumen pertenecen al ciclo «Notas de un médico joven». Todos están basados en experiencias reales del propio Bulgákov, que durante años ejerció como médico rural en la provincia de Smolensk. En ellos se aprecia la voluntad narrativa de Bulgákov, que acredita una notoria pero sutil capacidad introspectiva y de distanciamiento respecto a la propia persona, con un toque inevitable de cierta comicidad, ya que el joven médico narrador se halla constantemente en lucha contra su propia falta de conocimientos y contra la inepticia e incultura reinantes en la sociedad rural rusa de la época. Todo ello en medio de un paisaje dominado obsesivamente por la nieve y relatado con agilidad y calidez.

Mención aparte merece el relato más extenso del libro y que le da título, «Morfina». Este relato también nació de una experiencia real, la adicción del autor a la morfina, con la que logró romper hacia 1919. Se trata del diario de un compañero del protagonista, el médico Poliakov, que deja a su muerte el estremecedor relato de esas páginas confesionales, que son la crónica de una destrucción, referida en términos turbadores. Quien escribía al comienzo de su terrible experiencia: «No puedo dejar de alabar a quien por primera vez extrajo la morfina de las cabecitas de las amapolas. Es un verdadero benefactor de la humanidad», acaba por confesar «La muerte de sed es una muerte paradisíaca, beatífica en comparación con la sed de morfina».

Lectulandia

Mijaíl Bulgákov

# Morfina

ePUB v1.0

anbiar 24.05.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: Морфий  
Mijaíl Bulgákov, 1926  
Traducción: Selma Ancira (1991)  
para editorial Anagrama

Editor original: anbiar (v1.0)  
ePub base v2.1

## LA TOALLA CON EL GALLO ROJO

A quien no haya viajado a caballo por perdidos caminos vecinales, no tiene sentido que le cuente nada de esto: de todas formas no lo entendería. Y a quien ha viajado, prefiero no recordarle nada.

Seré breve: mi cochero y yo recorrimos las cuarenta verstas que separan la ciudad de Grachovka del hospital de Múrievó exactamente en un día. Incluso con una curiosa exactitud: a las dos de la tarde del 16 de septiembre de 1917 estábamos junto al último almacén que se encuentra en el límite de la magnífica ciudad de Grachovka; a las dos y cinco de la tarde del 17 de septiembre de ese mismo e inolvidable año de 1917, me encontraba de pie sobre la hierba aplastada, moribunda y reblandecida por las lluvias de septiembre, en el patio del hospital de Múrievó. Mi aspecto era el siguiente: las piernas se me habían entumecido hasta tal punto que allí mismo, en el patio, repasaba confusamente en mi pensamiento las páginas de los manuales intentando con torpeza recordar si en realidad existía —o lo había soñado la noche anterior, en la aldea Grabílovka— una enfermedad por la cual se entumecen los músculos de una persona. ¿Cómo se llama esa maldita enfermedad en latín? Cada músculo me producía un dolor insoportable que me recordaba el dolor de muelas. De los dedos de los pies ni siquiera vale la pena hablar: ya no se movían dentro de las botas, yacían apaciblemente, parecidos a muñones de madera. Reconozco que en un ataque de cobardía maldije mentalmente la medicina y la solicitud de ingreso que había presentado, cinco años atrás, al rector de la universidad. Mientras tanto, la lluvia caía como a través de un cedazo. Mi abrigo se había hinchado como una esponja. Con los dedos de la mano derecha trataba inútilmente de coger el asa de la maleta, hasta que desistí y escupí sobre la hierba mojada. Mis dedos no podían sujetar nada y de nuevo yo, saturado de todo tipo de conocimientos obtenidos en interesantes libros de medicina, recordé otra enfermedad: la parálisis.

«Parálisis», no sé por qué me dije mentalmente y con desesperación.

—Hay que... —dije en voz alta con labios azulados y rígidos—, hay que acostumbrarse a viajar por estos caminos.

Al mismo tiempo, por alguna razón miré con enfado al cochero, aunque él en realidad no era el culpable del estado del camino.

—Eh..., camarada doctor —respondió el cochero, también moviendo a duras penas los labios bajo sus rubios bigotillos—, hace quince años que viajo y todavía no he podido acostumbrarme.

Me estremecí, miré melancólicamente la descascarada casa de dos pisos, las paredes de madera rústica de la casita del enfermero, y mi futura residencia, una casa

de dos pisos muy limpia, con misteriosas ventanas en forma de ataúd. Suspiré largamente. En ese momento, en lugar de las palabras latinas, atravesó mi mente una dulce frase que, en mi cerebro embrutecido por el traqueteo y el frío, cantaba un grueso tenor de muslos azulados:

*... Te saludo... refugio sagrado...*

Adiós, adiós por mucho tiempo al rojizo-dorado teatro Bolshói, a Moscú, a los escaparates..., ay, adiós.

«La próxima vez me pondré la pelliza... —pensaba yo con enojo y desesperación, mientras trataba de arrancar la maleta sujetándola por las correas con mis dedos rígidos—, yo... aunque la próxima vez ya será octubre... y entonces ni dos pellizas serán suficiente. Y antes de un mes no iré, no, no iré a Grachovka... Pensadlo vosotros mismos... ¡fue necesario pernoctar por el camino! Habíamos recorrido veinte verstas y ya nos encontrábamos en una oscuridad sepulcral..., la noche..., tuvimos que pasar la noche en Grabílovka..., el maestro de la escuela nos dio hospedaje... Y hoy por la mañana nos pusimos en camino a las siete... Y el coche viaja..., por todos los santos..., más lento que un peatón. Una rueda se mete en un hoyo y la otra se levanta en el aire; la maleta te cae en los pies... luego en un costado y más tarde en el otro; luego, te vas de narices y un momento después te golpeas en la nuca. Y la lluvia cae y cae, y no cesa de caer, y los huesos se entumescen. ¡¿Acaso me habría podido imaginar que a mediados de un gris y acre mes de septiembre alguien puede congelarse en el campo como en el más crudo invierno?! Pues resulta que sí. Y en su larga agonía no ve más que lo mismo, siempre lo mismo. A la derecha un campo encorvado y roído, a la izquierda un marchito claro, y junto a él, cinco o seis isbas grises y viejas. Parecería que en ellas no hay ni un alma viviente. Silencio, sólo silencio alrededor...».

La maleta cedió por fin. El cochero se acostó con la barriga sobre ella y la arrojó directamente hacia mí. Yo quise sujetarla de la correa pero mi mano se negó a trabajar, y entonces mi hinchada y hastiada compañera —llena de libros y de toda clase de trapos— cayó directamente sobre la hierba, golpeándome fuertemente las piernas.

—Oh, Dios... —comenzó a decir el cochero asustado, pero yo no le recliné: mis piernas no me servían para nada.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí? ¡Eh! —gritó el cochero, y agitó los brazos como un gallo que agita las alas—. ¡Eh, he traído al doctor!

En ese momento, en las oscuras ventanas de la casa del enfermero aparecieron unos rostros y se pegaron a ellas; se oyó el ruido de una puerta y vi cómo, cojeando por la hierba, se dirigía hacia mí un hombre con un abrigo roto y unas botas pequeñas. El hombre se quitó la gorra respetuosa y apresuradamente, llegó hasta unos dos pasos de donde yo me encontraba, por alguna razón sonrió con recato, y me

saludó con voz ronca:

—Buenos días, camarada doctor.

—¿Quién es usted? —pregunté yo.

—Soy Egórich —se presentó el hombre—, el guardián de este lugar. Le hemos estado esperando y esperando...

Al instante cogió la maleta, se la echó al hombro y se la llevó. Yo le seguí cojeando, tratando inútilmente de meter la mano en el bolsillo de los pantalones para sacar la cartera.

El ser humano necesita en realidad muy poco. Pero ante todo le hace falta el fuego. Al ponerme en camino hacia el lejano Múriev, cuando aún me encontraba en Moscú, me había dado a mí mismo la palabra de comportarme como una persona respetable. Mi aspecto juvenil me había envenenado la vida en un comienzo. Cuando me presentaba ante alguien, invariablemente debía decir:

—Soy el doctor tal.

Y todos, ineludiblemente, arqueaban las cejas y preguntaban:

—¿De verdad? Hubiera creído que era usted un estudiante todavía.

—No, ya he terminado la carrera —respondía con aire hosco, y pensaba: «Lo que necesito es un par de gafas». Pero no tenía para qué usar gafas, ya que mis ojos estaban sanos y su claridad aún no había sido enturbiada por la experiencia de la vida. Al no tener la posibilidad de defenderme de las eternas sonrisas condescendientes y cariñosas con ayuda de unas gafas, traté de desarrollar unos hábitos especiales, que inspiraran respeto. Procuraba hablar pausadamente y con autoridad, intentaba controlar los movimientos bruscos, trataba de no correr —como corren los estudiantes de veintitrés años que apenas han terminado la universidad—, sino de caminar. Transcurridos muchos años, ahora comprendo que todo eso se me daba, en realidad, bastante mal.

En ese momento había infringido mi tácita norma de conducta. Estaba sentado, hecho un ovillo y en calcetines, y no en el gabinete sino en la cocina, y, como un adorador del fuego, me acercaba con entusiasmo y apasionamiento a los troncos de abedul que ardían en la estufa. A mi izquierda había un cubo puesto al revés; sobre él estaban mis botas y junto a ellas un gallo pelado y con el cuello ensangrentado. Junto al gallo estaban, formando un montoncito, sus plumas de diversos colores. Pero el caso es que, aun en ese estado de entumecimiento, había tenido tiempo de realizar una serie de cosas que exigía la vida misma. A Axinia, una mujer de nariz puntiaguda, esposa de Egórich, la había confirmado en su puesto de cocinera. Y, como consecuencia, a manos de Axinia pereció un gallo. ¡Y debía comérmelo yo! Ya había conocido a todo el personal. El enfermero se llamaba Demián Lukich, las comadronas, Pelagueia Ivánovna y Ana Nikoláievna. También había tenido tiempo de recorrer el hospital y, con la más absoluta claridad, me había convencido de que su

instrumental era abundantísimo. Al mismo tiempo, y con la misma claridad, tuve que reconocer (para mí, por supuesto) que el uso de muchos de aquellos instrumentos que brillaban virginalmente me era por completo desconocido. No sólo no los había tenido nunca en mis manos sino que, hablando con franqueza, ni siquiera los había visto.

—Hmm... —murmuré con aire de gran importancia—, tienen ustedes un instrumental magnífico. Hmm...

—Por supuesto —anotó dulcemente Demián Lukich—, es el resultado de los esfuerzos de su antecesor, Leopold Leopóldovich. El operaba de la mañana a la noche.

Sentí un sudor frío en la frente y miré con tristeza los pequeños armarios que brillaban como espejos.

Después recorrimos las salas vacías y me convencí de que en ellas podrían caber con facilidad hasta cuarenta enfermos.

—Leopold Leopóldovich tenía a veces hasta cincuenta enfermos internados en el hospital —me consoló Demián Lukich, mientras Ana Nikoláievna, una mujer que tenía una corona de cabellos grises, dijo:

—Usted, doctor, tiene un aspecto tan joven, tan joven... En verdad es asombroso. Parece usted un estudiante.

«¡Diablos —pensé yo—, como si se hubieran puesto de acuerdo, palabra de honor!».

Y murmuré entre dientes, con sequedad:

—Hmm... no, yo... es decir yo... sí, tengo un aspecto muy joven...

Luego bajamos a la farmacia, y de inmediato vi que en ella no faltaba absolutamente nada. En las dos habitaciones —un tanto oscuras— olía fuertemente a hierbas y en las estanterías se encontraba todo lo que se podía desear. Incluso había medicamentos extranjeros de patente, y quizá no haga falta añadir que jamás había oído hablar de ellos.

—Los encargó Leopold Leopóldovich —me informó orgullosamente Pelagueia Ivánovna.

«Ese Leopold Leopóldovich era de verdad un genio», pensé, y sentí un enorme respeto hacia el misterioso Leopold, que había abandonado el hospital de Múriev.

El hombre, además del fuego, necesita poder habituarse. Me había comido el gallo hacía mucho tiempo. Egórich había rellenado para mí el jergón de paja y lo había cubierto con sábanas. Una lámpara ardía en el gabinete de mi residencia. Estaba sentado y, como encantado, miraba el tercer logro del legendario Leopold: la estantería estaba llena de libros. Conté rápidamente unos treinta tomos sólo de manuales de cirugía, en ruso y en alemán. ¡Y cuántos tratados de terapia! ¡Maravillosos atlas encuadernados en piel!



Se acercaba la noche y yo comenzaba a acostumbrarme.

«No tengo la culpa de nada —pensaba de manera insistente y atormentadora—; tengo un diploma con quince sobresalientes. Yo les había advertido en la ciudad que quería venir como segundo médico. Pero no. Ellos sonrieron y dijeron: “Ya se acostumbrará”. Vaya con el “ya se acostumbrará”. ¿Y si alguien llega con una hernia? Decidme. ¿Cómo me voy a acostumbrar a ella? Pero, sobre todo, ¿cómo va a sentirse el herniado en mis manos? Se acostumbrará, sí, pero en el otro mundo (en ese momento una sensación de frío me recorrió la columna vertebral)...

»¿Y un caso de peritonitis? ¡Ja! ¿Y la difteria que suelen padecer los niños campesinos? Pero... ¿cuándo es necesario practicar una traqueotomía? Tampoco me irá muy bien sin la traqueotomía... ¿Y... y... los partos? ¡Había olvidado los partos! ¡Las posiciones incorrectas! ¿Qué voy a hacer? ¡Ah, qué persona tan irresponsable soy! Nunca debí haber aceptado este distrito. No debí haberlo aceptado. Se hubieran podido conseguir a algún Leopold».

En medio de la tristeza y el crepúsculo, me puse a caminar por el gabinete. Cuando llegué a la altura de la lámpara vi cómo, en medio de la ilimitada oscuridad de los campos, aparecía en la ventana mi pálido rostro junto a las lucecitas de la lámpara.

«Me parezco al falso Dimitri», pensé de pronto tontamente, y volví a sentarme al escritorio.

Durante dos horas de soledad me martiricé, y lo hice hasta tal punto que mis nervios ya no podían soportar los miedos que yo mismo había creado. Entonces comencé a tranquilizarme e incluso a hacer algunos planes.

Bien... Dicen que ahora hay pocos pacientes. En las aldeas están agramando el lino, los caminos son impracticables... «Justamente por eso te traerán un caso de hernia —retumbó una voz severa en mi cerebro—, porque alguien que tiene un resfriado (o cualquier enfermedad sencilla) no vendrá por estos caminos, pero a alguien con una hernia le traerán, ¡puedes estar tranquilo, querido colega!».

La observación no era nada tonta, ¿no es verdad? Me estremecí.

«Calla —le dije a la voz—, no necesariamente tiene que ser una hernia. ¿Qué neurastenia es ésta? Si ya estás aquí... ¡adelante!».

«Si ya estás aquí...», repitió mordazmente la voz.

Bien... no me separaré del manual... Si hay que recetar algo, puedo pensarlo mientras me lavo las manos. Tendré el manual siempre abierto dentro del libro en el que llevaré el registro de los pacientes. Daré recetas útiles, pero sencillas. Por ejemplo: 0,5 de salicilato de sodio, tres veces al día...

«¡Podrías recetar bicarbonato!», respondió, burlándose abiertamente de mí, mi interlocutor interno.

¿Qué tiene que ver aquí el bicarbonato? También podré recetar ipecacuana, en

infusión a 180. O a 200.

E inmediatamente, aunque en mi soledad junto a la lámpara nadie me pidiera ipecacuana, pasé temeroso las hojas del vademécum, comprobé lo de la ipecacuana y al mismo tiempo leí que existe en el mundo una tal insipina, que no es otra cosa que el «sulfato de quinina»... ¡Pero sin el sabor de la quinina! ¿Cómo recetarlo? ¿Qué es, polvo? ¡Que el diablo se los lleve!

«Estoy de acuerdo con la insipina... pero ¿qué ocurrirá con la hernia?», seguía importunándome con tenacidad el miedo en forma de voz.

«Meteré al paciente en la bañera —me defendía furiosamente—, le meteré en la bañera y trataré de ponerla en su lugar».

«¡Una hernia estrangulada, ángel mío! ¡De qué te servirá entonces la bañera! Estrangulada —cantaba con voz demoníaca el miedo—. Habrá que operar...».

En ese momento me rendí y por poco me echo a llorar. Elevé una plegaria a las tinieblas del exterior: cualquier cosa pero no una hernia estrangulada.

Y el cansancio entonaba:

«Acuéstate a dormir, desdichado esculapio. Descansa y por la mañana ya se verá qué hacer. Tranquilízate, joven neurasténico. Observa: la oscuridad del exterior está tranquila, los campos congelados duermen, no hay ninguna hernia. Por la mañana se verá. Te acostumbrarás... Duerme... Deja el atlas... De todas formas ahora no entiendes nada. Un anillo de hernia...».

Ni siquiera me di cuenta de cómo irrumpió en la habitación. Recuerdo que la barra de la puerta resonó. Axinia gritó algo y fuera se oyó el chirrido de una carreta.

El hombre no llevaba gorra y tenía abierto el abrigo, la barba enredada y una expresión de locura en sus ojos.

Se santiguó, se arrodilló y golpeó el suelo con la frente. En mi honor.

«Estoy perdido», pensé tristemente.

—¡Qué hace usted, qué hace, pero qué está haciendo! —exclamé, y traté de levantarlo cogiéndole de la manga gris.

Su rostro se contrajo y como respuesta, atragantándose, comenzó a pronunciar atropelladamente palabras entrecortadas:

—Señor doctor..., señor..., es la única, la única..., ¡es la única! —gritó de pronto, con una sonoridad juvenil en la voz que hizo vibrar la pantalla de la lámpara—. ¡Ah, Dios!... ¡Ah!... —En medio de su tristeza se retorció las manos y nuevamente golpeó los tablones del suelo con la frente, como si quisiera romperlo—. ¿Por qué? ¿Por qué este castigo?... ¿En qué hemos ofendido a Dios?

—¿Qué...? ¿Qué ha ocurrido? —grité yo, sintiendo que mi rostro se enfriaba.

El hombre se puso de pie, se agitó y murmuró:

—Señor doctor... lo que usted quiera... le daré dinero... Pida el dinero que

quiera. El que quiera. Le proveeremos de alimentos... Pero que no muera. Que no muera. Aunque esté inválida, no importa. ¡No importa! —gritó hacia el techo—. Tengo suficiente para alimentarla, me basta.

El pálido rostro de Axinia se enmarcaba en el cuadrado negro de la puerta. La tristeza envolvía mi corazón.

—¿Qué...? ¿Qué ha ocurrido? ¡Hable! —grité dolorosamente.

El hombre se calmó y en un susurro, como si fuera un secreto, con ojos insondables me dijo:

—Cayó en la agramadera...

—En la agramadera... ¿En la agramadera? —pregunté de nuevo—. ¿Qué es eso?

—El lino, agramaban el lino..., señor doctor... —me aclaró Axinia en voz muy baja—, la agramadera..., el lino se agrama...

«Aquí está el comienzo. Aquí está. ¡Oh, por qué habré venido!», pensé horrorizado.

—¿Quién?

—Mi hijita —contestó él en un susurro, y luego gritó—: ¡Ayúdela! —De nuevo se arrodilló y sus cabellos cortados en redondo le cayeron sobre los ojos.

La lámpara de petróleo, con una torcida pantalla de hojalata, ardía intensamente con sus dos quemadores. La vi en la mesa de operaciones, sobre un hule blanco de fresco olor, y la hernia palideció en mi memoria.

Los cabellos rubios, de un tinte algo rojizo, colgaban de la mesa secos y apelotonados. La trenza era gigantesca, y su extremo tocaba el suelo.

La falda de percal estaba desgarrada y había en ella sangre de distintos colores: una mancha parda, otra espesa, escarlata. La luz de la lámpara de petróleo me parecía amarilla y viva; su rostro parecía de papel, blanco, con la nariz afilada.

En su pálido rostro se apagaba, inmóvil como si fuera de yeso, una belleza poco común. No siempre, no, no es frecuente encontrar un rostro como aquél.

En la sala de operaciones, durante unos diez segundos, hubo un silencio total, pero detrás de las puertas cerradas se oía cómo alguien gritaba con voz sorda y golpeaba, golpeaba repetidamente con la cabeza.

«Se ha vuelto loco —pensé—, y las enfermeras deben estarle dando alguna medicina... ¿Por qué es tan hermosa? Aunque... también él tiene facciones muy correctas... Se ve que la madre fue hermosa... Es viudo...».

—¿Es viudo? —susurré maquinalmente.

—Viudo —contestó en voz baja Pelagueia Ivánovna.

En ese momento Demián Lukich, con un movimiento brusco y casi rabioso, rompió la falda de abajo hacia arriba dejando descubierta a la muchacha. Lo que vi entonces superó todo lo que esperaba: la pierna izquierda prácticamente no existía. A

partir de la rodilla fracturada, la pierna no era más que un amasijo sanguinolento: rojos músculos aplastados y blancos huesos triturados que sobresalían en todas direcciones. La pierna derecha estaba rota entre la rodilla y el pie de tal suerte que los extremos de los huesos habían desgarrado la piel y se asomaban. Como consecuencia la planta del pie yacía inerte, como algo independiente, apoyada sobre un costado.

—Sí —dijo en voz muy baja el enfermero, y no añadió nada más.

En ese momento salí de mi inmovilidad y tomé el pulso de la muchacha. No lo sentí en su muñeca helada. Sólo después de unos cuantos segundos logré encontrar una onda poco frecuente y apenas perceptible. Pasó... sobrevino una pausa durante la cual tuve tiempo de mirar las azuladas aletas de su nariz y sus labios blancos... Quise decir: es el fin... pero por fortuna me contuve... La onda pasó nuevamente como un hilillo.

«Así se apaga una persona despedazada —pensé—, aquí no hay nada que hacer...».

Pero de pronto dije con severidad, sin reconocer mi propia voz:

—Alcanfor.

Ana Nikoláievna se inclinó hacia mi oreja y susurró:

—¿Para qué, doctor? No la martirice. ¿Para qué pincharla? Pronto morirá... No podrá salvarla.

La miré con rabia y un aire sombrío y dije:

—Le he pedido alcanfor...

Entonces Ana Nikoláievna, con el rostro enrojecido por la ofensa, se lanzó de inmediato hacia la mesa y rompió una ampolla.

El enfermero, por lo visto, tampoco aprobaba el alcanfor. Sin embargo tomó la jeringuilla rápida y hábilmente, y el aceite amarillo penetró bajo la piel del hombro.

«Muere. Muere pronto —pensé—, muere. De lo contrario, ¿qué haré contigo?».

—Morirá de un momento a otro —susurró el enfermero, como si hubiera adivinado mi pensamiento. Miró de reojo la sábana, pero por lo visto cambió de opinión: le dolía mancharla de sangre. Sin embargo, unos segundos más tarde hubo que cubrir a la muchacha. Yacía como un cadáver, pero no había muerto. De pronto se hizo la claridad en mi cabeza, como si me encontrara bajo el techo de cristal de nuestro lejano anfiteatro de anatomía.

—Más alcanfor —dije con voz ronca.

Una vez más el enfermero, obedientemente, inyectó el aceite.

«¿Será posible que no muera...? —pensé con desesperación—. ¿Tendré acaso que...?».

Todo se aclaraba en mi cerebro y de pronto, sin ningún manual, ni consejos, ni ayuda, comprendí —la convicción de que había comprendido era férrea— que, por primera vez en mi vida, tendría que realizar una amputación a una persona

moribunda. Y esa persona moriría durante la operación. ¡Sin duda moriría durante la operación! ¡Casi no le quedaba sangre! A lo largo de diez verstas la había perdido toda por las piernas destrozadas. Yo no sabía siquiera si ella sentía algo en ese momento, si nos oía. Ella callaba. Ah, ¿por qué no moría? ¿Qué me diría su padre enloquecido?

—Prepare todo para una amputación —dije al enfermero con voz ajena.

La comadrona me lanzó una mirada salvaje, pero en los ojos del enfermero apareció una chispa de simpatía; éste comenzó a ocuparse del instrumental. El reverbero rugió entre sus manos...

Pasó un cuarto de hora. Yo, con terror supersticioso, levantaba un párpado de la muchacha y observaba su ojo apagado. No comprendía nada... ¿Cómo puede vivir un semicadáver? Las gotas de sudor corrían irrefrenables por mi frente, bajo el gorro blanco; Pelagueia Ivánovna me secaba con gasa el sudor salado. En la poca sangre que aún quedaba en las venas de la muchacha, ahora nadaba también la cafeína. ¿Habría que inyectarla otra vez o no? Ana Nikoláievna acariciaba suavemente los montículos que se habían formado en las caderas de la muchacha como consecuencia del suero fisiológico. Seguía con vida.

Tomé el bisturí tratando de imitar (una vez en mi vida, en la universidad, había visto una amputación) a alguien... Ahora le rogaba al destino que la joven no muriera en los siguientes treinta minutos... «Que muera en la sala, cuando yo haya terminado la operación...».

En mi favor trabajaba sólo mi sentido común, aguijoneado por lo inusitado de la situación. Hábilmente, de forma circular, como un carnicero experto, corté con un afilado bisturí la cadera; la piel se separó sin que saliera una sola gota de sangre. «Si las arterias comienzan a sangrar, ¿qué voy a hacer?», pensé, y como un lobo miré de reojo la montaña de pinzas de torsión. Corté un enorme pedazo de carne femenina y una de las arterias —con forma de tubito blancuzco—, pero de ella no salió ni una gota de sangre. La cerré con una pinza y continué. Coloqué esas pinzas de torsión en todos los lugares donde suponía que debía haber arterias... «Arteria... arteria... Diablos, ¿cómo se llama?...». La sala de operaciones parecía un hospital. Las pinzas de torsión colgaban en racimos. Con ayuda de la gasa las levantaron, y yo comencé, con una sierra de dientes pequeños, a aserrar el redondo hueso.

«¿Por qué no muere?... Es sorprendente... ¡Oh, cuánta vitalidad tiene el ser humano!».

El hueso se desprendió. En las manos de Demián Lukich quedó lo que había sido una pierna de muchacha. ¡Jirones, carne, huesos! Pusimos todo eso a un lado. Sobre la mesa de operaciones yacía una muchacha que parecía haber sido recortada en un tercio, con un muñón extendido hacia un lado. «Un poco, un poco más... No mueras ahora —pensaba yo con ardor—, espera hasta llegar a la habitación, permíteme salir

con éxito de este terrible suceso de mi vida».

Luego la cosimos con puntadas grandes; luego, haciendo chasquear las pinzas, comencé a coser la piel con puntadas pequeñas... pero me detuve iluminado, comprendí... había que dejar un pequeño agujero para que la herida drenara... Coloqué un tapón de gasa... El sudor me cubría los ojos y tenía la impresión de encontrarme en un baño de vapor...

Suspiré. Miré pesadamente el muñón y aquel rostro del color de la cera. Pregunté:

—¿Está viva?

—Está viva... —respondieron al unísono, como un eco sin sonido, Ana Nikoláievna y el enfermero.

—Vivirá unos segundos más —me dijo al oído el enfermero, sin voz, hablando únicamente con los labios. Luego titubeó y me aconsejó con delicadeza—: Quizá no deberíamos tocar la otra pierna, doctor. Podríamos envolverla con gasa... de lo contrario no llegará a la habitación... ¿Eh? Es mejor que no muera en la sala de operaciones.

—Déme yeso —respondí con voz ronca, empujado por una fuerza desconocida.

El suelo estaba lleno de manchas blancas, todos estábamos cubiertos de sudor. El semicadáver yacía inmóvil. La pierna derecha estaba enyesada y en el lugar de la fractura brillaba la ventanilla que yo había dejado en un momento de inspiración.

—Vive... —dijo asombrado y con voz ronca el enfermero.

Luego comenzamos a levantarla y bajo la sábana se veía una gigantesca hendidura: habíamos dejado una tercera parte de su cuerpo en la sala de operaciones.

Se agitaron unas sombras en el corredor, las enfermeras iban y venían; vi cómo, pegada a la pared, se movía subrepticamente una desarreglada figura masculina y lanzaba un gemido. Pero se lo llevaron de allí. Todo quedó en silencio.

En la sala de operaciones me lavé las manos, ensangrentadas hasta el codo.

—Usted, doctor, ¿ha hecho muchas amputaciones? —preguntó de pronto Ana Nikoláievna—. Muy, muy bien... Tan bien como Leopold...

En sus labios, la palabra Leopold invariablemente sonaba como *doyen*.

Miré los rostros de reojo. En todos —también en el de Demián Lukich y en el Pelagueia Ivánovna— noté respeto y asombro.

—Hmm... yo... Lo he hecho sólo dos veces...

¿Por qué mentí? Ahora no lo entiendo.

El hospital quedó en silencio. Absoluto.

—Cuando muera, envíen a alguien a buscarme —ordené a media voz al enfermero; y éste, por alguna razón, en lugar de «Está bien» contestó respetuosamente:

—A sus órdenes...

Unos minutos más tarde me encontraba junto a la lámpara verde en el gabinete del apartamento del médico. La casa estaba en silencio.

Un rostro pálido se reflejaba en un cristal profundamente negro.

«No, no me parezco al falso Dimitri; yo... en cierta forma he envejecido... Tengo una arruga en el entrecejo... No tardarán en llamar... Me dirán: “Ha muerto...”.

»Sí, iré y la veré por última vez... Dentro de poco llamarán...».

Llamaron a la puerta. Pero fue dos meses y medio más tarde. A través de la ventana brillaba uno de los primeros días de invierno.

Entró él y sólo en ese momento pude observarle con detenimiento. Sí, sus facciones eran en verdad correctas. Tenía unos cuarenta y cinco años. Sus ojos brillaban.

Luego un rumor... Saltando con ayuda de dos muletas, entró una muchacha de encantadora belleza; tenía una sola pierna y llevaba una falda muy amplia, con un borde rojo cosido en la parte inferior.

La muchacha me miró y sus mejillas se cubrieron de un tinte rojizo.

—En Moscú... en Moscú... —Me puse a escribir una dirección—. Allí en Moscú le harán una prótesis, una pierna artificial.

—Bésale la mano —dijo inesperadamente el padre.

Yo me sentí hasta tal punto confundido que en lugar de los labios le besé la nariz.

Entonces ella, apoyada en las muletas, desenrolló un paquetito de donde salió una larga toalla, blanca como la nieve, con un sencillo gallo rojo bordado. ¡Así que eso era lo que escondía bajo la almohada cada vez que la visitaba! Recordé que había visto hilos sobre su mesita.

—No lo aceptaré —dije severamente, e incluso moví la cabeza. Pero su rostro y sus ojos adoptaron tal expresión que la acepté.

Durante muchos años esa toalla estuvo colgada en mi dormitorio en Múriev; luego viajó conmigo. Finalmente envejeció, se borró, se llenó de agujeros y, por fin, desapareció, como se borran y desaparecen los recuerdos.

## LA GARGANTA DE ACERO

Así pues, me quedé solo. Me rodeaban las tinieblas del mes de noviembre mezcladas con torbellinos de nieve que había cubierto la casa; la chimenea aullaba. Yo había pasado los veinticuatro años de mi vida en una gran ciudad y pensaba que la tormenta aúlla solamente en las novelas. Pero resultó que también en la realidad aúlla la tormenta. Aquí las veladas son extraordinariamente largas; la lámpara, bajo su pantalla verde, se reflejaba en la ventana negra y yo soñaba despierto, mientras miraba la mancha que brillaba a mi izquierda. Soñaba con la ciudad del distrito, que se encontraba a cuarenta verstas de distancia. Tenía grandes deseos de escaparme de mi hospital para ir allí. Allí había electricidad, cuatro médicos a quienes podía consultar, y en todo caso no era tan terrible. Pero no había posibilidad alguna de escapar y, por momentos, yo mismo comprendía que aquello no era más que cobardía. Después de todo, justamente para eso había estudiado en la facultad de medicina...

«... ¿Y si trajeran a una mujer con complicaciones de parto? ¿O, supongamos, a un enfermo con la hernia estrangulada? ¿Qué haría yo en ese caso? Aconsejadme, por favor. Hace cuarenta y ocho días que terminé la facultad con sobresaliente, pero el sobresaliente es una cosa y la hernia otra. En una ocasión vi cómo un profesor realizaba una operación de hernia estrangulada. Él operaba y yo estaba sentado en el anfiteatro. Eso fue todo...».

Cada vez que pensaba en la hernia, un escalofrío me recorría la columna vertebral. Cada noche, después de tomar el té, me sentaba en una misma postura: bajo mi brazo izquierdo estaban todos los manuales de cirugía obstétrica, y encima de ellos, el pequeño Doderlein. A la derecha, unos diez tomos diversos de cirugía práctica, ilustrados. Yo me lamentaba, fumaba, tomaba un té negro y frío...

Me quedé dormido; recuerdo perfectamente esa noche, la del 29 de noviembre. Me despertó un estruendo en la puerta. Cinco minutos más tarde, mientras me ponía los pantalones, no lograba apartar mis ojos implorantes de los divinos libros de cirugía práctica. Oí el crujir de los patines de un trineo en el patio: mis oídos se habían vuelto extremadamente sensibles. Resultó, quizá, algo peor aún que una hernia o que la posición transversal de un bebé: al hospital de Nikólskoie, a las once de la noche, trajeron a una niña. La enfermera dijo con voz sorda:

—Es una niña débil, se está muriendo... Doctor, venga al hospital...

Recuerdo que atravesé el patio y me dirigí hacia la lámpara de petróleo que estaba junto a la entrada del hospital y, como hechizado, no conseguía apartar la vista de la luz parpadeante. La recepción ya estaba iluminada y toda la plantilla de ayudantes me



esperaba con las batas puestas. Eran: el enfermero Demián Lukich, un hombre todavía joven pero muy eficiente, y dos experimentadas comadronas, Ana Nikoláievna y Pelagueia Ivánovna. Yo no era más que un médico de veinticuatro años que se había graduado dos meses atrás y que había sido designado para dirigir el hospital de Nikólskoie.

El enfermero abrió solemnemente la puerta y apareció la madre. Entró apresuradamente, patinando sobre sus botas de fieltro; la nieve aún no se había derretido en su pañuelo. Llevaba en sus brazos un envoltorio que acompasadamente emitía silbidos y respiraba produciendo un sonido sordo. El rostro de la madre, que lloraba en silencio, estaba demudado. Cuando la mujer se quitó la pelliza y el pañuelo y abrió el envoltorio, vi a una niña de unos tres años. La observé y por un momento me olvidé de la cirugía, la soledad, el inútil bagaje universitario; me olvidé definitivamente de todo a causa de la belleza de la niña. ¿Con qué se podía comparar? Sólo en las cajas de bombones dibujan niños así, con rizos naturales en el cabello, formando grandes bucles del color del trigo maduro. Los ojos azules, enormes; las mejillas como las de una muñeca. Así dibujaban a los ángeles. Pero una extraña turbación anidaba en el fondo de sus ojos y comprendí que era miedo: la niña se asfixiaba. «Morirá dentro de una hora», pensé con absoluta convicción, y mi corazón se contrajo dolorosamente...

Cada vez que la niña respiraba, en su garganta se formaban pequeños hoyuelos, las venas se hinchaban y el rostro pasaba de un tono rosado a uno ligeramente liláceo. De inmediato comprendí y valoré ese cambio de color. Enseguida me di cuenta de lo que se trataba; mi primer diagnóstico fue exacto y, lo más importante, coincidió con el de las comadronas, que tenían mucha experiencia: «La niña tiene garrotillo diftérico, la garganta ya está cubierta de falsas membranas y pronto se cerrará completamente...».

—¿Cuántos días lleva enferma la niña? —pregunté en medio del atento silencio de mi personal.

—Es el quinto día, el quinto —dijo la madre, y me miró profundamente con sus ojos secos.

—Garrotillo diftérico —dije entre dientes al enfermero, y a la madre le dije—: ¿En qué estabas pensando? ¿Eh? ¿En qué estabas pensando?

En ese momento se oyó detrás de mí una voz llorona:

—¡El quinto, padrecito, el quinto!

Me volví y vi a la abuela de cara redonda, con la cabeza cubierta por un pañuelo. «Sería magnífico que estas abuelas no existieran en el mundo», pensé con un lóbrego presentimiento del peligro, y dije:

—Tú, abuela, cállate; estorbas. —A la madre le repetí—: ¿En qué pensabas? ¡El quinto día! ¿Eh?

De pronto la madre, con un movimiento de autómata, entregó la niña a la abuela y se arrodilló delante de mí.

—Dale unas gotas a la niña —dijo, y golpeó el suelo con su frente—, me ahorcaré si se muere.

—Levántate inmediatamente —le contesté—, de lo contrario no hablaré contigo.

La madre se levantó rápidamente, recibió a la niña que le entregaba la abuela y comenzó a mecerla en sus brazos. La abuela se puso a rezar en dirección a la puerta, mientras la niña continuaba respirando con un silbido de serpiente. El enfermero dijo:

—Siempre hacen lo mismo. El pueblo. —Y al decir esto sus bigotes se torcieron hacia un costado.

—¿Quiere decir que la niña morirá? —preguntó la madre mirándome con negra furia, o al menos así lo percibí yo entonces...

—Morirá —dije en voz baja y con firmeza.

La abuela inmediatamente cogió el borde de su falda y comenzó a secarse con él los ojos. La madre me suplicó con voz abatida:

—¡Dale algo, ayúdala! ¡Dale unas gotas!

Ya veía con claridad lo que me esperaba. Me mantuve firme.

—¿Qué gotas le voy a dar? Aconséjame tú. La niña se está asfixiando, la garganta se ha cerrado. Durante cinco días seguidos has descuidado a tu hija a quince verstas de donde yo estoy. Ahora, ¿qué quieres que haga?

—Tú lo sabrás mejor, padrecito —comenzó a lloriquear la abuela en mi hombro izquierdo, con voz afectada. ¡Cómo la odié en ese momento!

—¡Cállate! —le dije. Me dirigí al enfermero y le ordené que cogiera a la niña. La madre entregó la niña a la comadrona. La niña comenzó a agitarse y quería, por lo visto, gritar, pero la voz ya no salía de su garganta. La madre quiso defenderla, pero la apartamos; entonces pude examinar, a la luz de la lámpara de petróleo, la garganta de la niña. Nunca hasta entonces me había enfrentado con la difteria, salvo en algunos casos leves que había aliviado rápidamente. En la garganta había algo que bullía, algo blanco, desgarrado. La niña de pronto espiró y me escupió en la cara, pero yo, ocupado como estaba por mis pensamientos, no me preocupé por mis ojos.

—Mira —dije, sorprendiéndome por mi tranquilidad—, el asunto es el siguiente. Ya es demasiado tarde. La niña se está muriendo. Sólo hay una cosa que podría ayudarla: una operación.

Yo mismo me horroricé. ¿Para qué lo habría dicho? Pero no podía dejar de decirlo. «¿Y si aceptan?», pasó fugazmente por mi cabeza.

—¿Cómo una operación? —preguntó la madre.

—Es necesario hacerle un corte en la parte inferior de la garganta e introducir un tubito de plata, para dar a la niña la posibilidad de respirar; así quizá podamos salvarla —le expliqué.

La madre me miró como a un loco y protegió a la niña con sus brazos mientras la abuela se ponía a refunfuñar de nuevo:

—¡No! ¡No dejes que la operen! ¡No! ¡¿Cortarle la garganta?!

—¡Lárgate, abuela! —le dije con odio—. ¡Inyéctele alcanfor! —ordené al enfermero.

La madre no quiso entregar a la niña cuando vio la jeringuilla, pero le explicamos que la inyección no era nada terrible.

—¿Quizá eso la ayudará? —preguntó la madre.

—No, no la ayudará en absoluto.

Entonces la madre se echó a llorar.

—Basta —le dije. Saqué mi reloj y añadí—: Os doy cinco minutos para pensarlo. Si no estáis de acuerdo dentro de cinco minutos, yo ya no haré nada.

—¡No estoy de acuerdo! —dijo tajantemente la madre.

—¡No damos nuestro consentimiento! —añadió la abuela.

—Bueno, como queráis —añadí con voz sorda, y pensé: «¡Bien, esto es todo! Mejor para mí. Yo lo he dicho, lo he propuesto; los ojos asombrados de las comadronas son testigos. Ellas no han aceptado y yo estoy salvado». No acababa de pensarlo cuando una voz ajena salió de mi interior:

—¿Os habéis vuelto locas? ¿Cómo que no estáis de acuerdo? Mataréis a la niña. Aceptad. ¿No os da lástima?

—¡No! —gritó nuevamente la madre.

En mi interior pensaba: «¿Qué estoy haciendo? Voy a degollar a la niña». Pero decía otra cosa.

—¡Pronto, pronto, aceptad! ¡Aceptad! Ya se le están poniendo azules las uñas.

—¡No! ¡No!

—Está bien, acompáñenlas a la sala; que se queden allí.

Las llevaron por el corredor casi a oscuras. Yo oía el llanto de las mujeres y el silbido de la niña. El enfermero regresó enseguida y dijo:

—¡Aceptan!

En mi interior todo se petrificó, pero dije con claridad:

—¡Esterilicen de inmediato el bisturí, las tijeras, las grapas, la sonda!

Un minuto más tarde, atravesaba a toda velocidad el patio donde la tormenta de nieve, como un demonio, volaba y chocaba contra las casas. Entré corriendo en mi gabinete y, contando los minutos, cogí un libro, lo hojeé y encontré una ilustración que representaba una traqueotomía. En ella todo era sencillo y claro: la garganta estaba abierta y el bisturí clavado en la tráquea. Me puse a leer el texto, pero no comprendía nada, las palabras parecían brincar ante mis ojos. Jamás había visto cómo se hace una traqueotomía. «¡Eh!, ahora ya es tarde», pensé, y miré con melancolía la luz azulada y la ilustración del libro; sentí que había caído sobre mí un asunto terrible

y difícil y regresé al hospital sin percatarme de la tormenta.

En la recepción, una sombra con falda redonda se pegó a mí y una voz comenzó a lloriquear:

—Padrecito, ¿qué es eso de que vas a cortarle la garganta a la niña? ¿Acaso se puede pensar siquiera en algo así? Ella es una tonta, por eso ha aceptado. Pero yo no te doy mi consentimiento, no. Estoy de acuerdo en que le recetes unas gotas, pero no permitiré que le cortes la garganta.

—¡Saquen de aquí a esta mujer! —grité, y en mi acaloramiento añadí—: ¡La tonta eres tú! ¡Tú! ¡Ella no, ella es inteligente! ¡Además, a ti nadie te ha preguntado nada! ¡Sáquenla de aquí!

La comadrona abrazó firmemente a la abuela y la empujó fuera de la sala.

—¡Listo! —dijo de pronto el enfermero.

Entramos en la pequeña sala de operaciones y yo, como a través de una cortina, observé los brillantes instrumentos, la cegadora luz de la lámpara, el hule... Salí por última vez a donde estaba la madre, de cuyos brazos apenas lograron arrancar a la niña. Oí una voz ronca que decía: «Mi marido no está. Está en la ciudad. ¡Cuando regrese y se entere de lo que he hecho, me matará!».

—La matará —repitió la abuela, mirándome horrorizada.

—¡No las dejen entrar en la sala de operaciones! —ordené.

Nos quedamos solos en la sala de operaciones. El personal, Lidka (la niña) y yo. La niña estaba desnuda. La habían sentado sobre la mesa. Lloraba en silencio.

Luego la acostaron, la sujetaron, le limpiaron la garganta y la untaron con yodo. Yo tomé con decisión el bisturí, pero pensaba: «¿Qué estoy haciendo?». Había un profundo silencio en la sala de operaciones. Tomé el bisturí e hice una línea vertical por la regordeta garganta blanca. No salió ni una gota de sangre. Por segunda vez pasé el bisturí por la franja blanca que había aparecido en la piel, que se había separado. Ni una gota nuevamente. Despacio, intentando recordar ciertos dibujos de los atlas, comencé con ayuda de una sonda roma a separar los delgados tejidos. Entonces, de la parte inferior del corte brotó una sangre oscura que inundó de inmediato la herida y comenzó a correr por el cuello. El enfermero la secaba con tampones, pero la sangre no dejaba de correr. Recordando todo lo que había visto en la universidad, comencé a apretar con pinzas los bordes de la herida, pero no obtuve ningún resultado. Sentí frío y mi frente se humedeció. Me arrepentí profundamente de haber ingresado en la facultad de medicina, de haber aceptado venir a este remoto lugar. Con furiosa desesperación metí una pinza al azar en alguna parte próxima a la herida, la cerré y la sangre inmediatamente dejó de correr. Absorbimos la sangre de la herida con bolas de gasa y sólo entonces la herida se me presentó limpia, pero completamente incomprensible. La tráquea no estaba en ninguna parte. Mi herida no tenía nada que ver con ninguna de las ilustraciones de los libros. Pasaron todavía dos

o tres minutos durante los cuales, de un modo mecánico y totalmente incoherente, estuve hurgando en la herida, unas veces con el bisturí y otras con la sonda, en busca de la tráquea. Al final del segundo minuto comencé a desesperarme. «Es el fin —pensé—, ¿para qué habré hecho esto? Podía no haber propuesto la operación y Lidka habría muerto tranquilamente en su habitación, mientras que ahora morirá con la garganta desgarrada y nunca, jamás, podré demostrar que de todas formas habría muerto, que yo no podía perjudicarla...». La comadrona secó en silencio mi frente. «Dejar el bisturí y decir: no sé qué hacer ahora», pensé, e inmediatamente me imaginé los ojos de la madre. De nuevo levanté el bisturí y, sin sentido alguno, corté profunda y bruscamente a Lidka. Los tejidos se separaron e inesperadamente apareció ante mis ojos la tráquea.

—¡Los ganchos! —dije con voz ronca.

El enfermero me los dio. Introduje un gancho en un lado de la herida y el segundo en el otro y le di uno de ellos al enfermero. En ese momento sólo veía una cosa: los anillos grisáceos de la tráquea. Hundí el afilado bisturí en la tráquea y me quedé inmóvil. La tráquea comenzó a salirse de la herida: el enfermero, pensé, se ha vuelto loco, ha comenzado a extraer la tráquea. Las dos comadronas gritaron detrás de mí. Levanté los ojos y comprendí lo que ocurría: el enfermero se estaba desmayando por el calor y, sin soltar el gancho, rompía la tráquea. «Todo está en mi contra, es el destino —pensé—, ahora sí que hemos degollado a Lidka. —Y me dije—: En cuanto llegue a casa me pegaré un tiro...». En ese instante, la comadrona principal, que por lo visto tenía mucha experiencia, se lanzó de un modo rapaz hacia el enfermero y cogió el gancho que éste sostenía; luego me dijo con los dientes apretados:

—Continúe, doctor...

El enfermero cayó ruidosamente, dándose un golpe, pero nosotros no le miramos siquiera. Introduje el bisturí en la tráquea y luego metí en ella un tubito de plata. El tubo entró con facilidad, pero Lidka permaneció inmóvil. El aire no había entrado en su garganta, como debiera haber ocurrido. Respiré profundamente y me detuve: no tenía nada más que hacer. Sólo quería pedirle perdón a alguien, arrepentirme de mi ligereza, de haber ingresado en la facultad de medicina. Reinaba el silencio. Yo veía cómo Lidka se ponía cada vez más azulada. Quería abandonarlo todo y echarme a llorar. De pronto Lidka se estremeció de un modo extraño, arrojó como una fuente los sucios coágulos a través del tubo y el aire, con un silbido, entró en su garganta. La niña respiró y comenzó a llorar fuertemente. En ese instante el enfermero se levantó, pálido y sudoroso, miró alelado y horrorizado la garganta abierta y se puso a ayudarme a coserla.

A pesar del cansancio y del velo del sudor que me cubría los ojos, vi los rostros felices de las comadronas. Una de ellas me dijo:

—Ha realizado brillantemente la operación, doctor.

Pensé que se estaba burlando de mí y la miré con aire sombrío de reojo. Luego se abrieron las puertas y penetró el aire fresco. Sacaron a Lidka envuelta en una sábana. De inmediato, en la puerta, se presentó la madre. Sus ojos parecían los de una fiera salvaje. Me preguntó:

—¿Y bien?

Cuando oí el tono de su voz el sudor me recorrió la espalda, y sólo entonces me di cuenta de lo que habría ocurrido si Lidka hubiera muerto en la mesa de operaciones. Pero le contesté con una voz muy serena:

—Tranquila. Vive y seguirá viva. Eso espero. Sólo que mientras no le saquemos el tubito no podrá pronunciar ni una palabra, así que no os asustéis.

Entonces la abuela salió de debajo de la tierra y se santiguó en dirección al pomo de la puerta, hacia mí, hacia el techo. Pero yo ya no me enfadaba con ella. Me volví y ordené que le inyectaran alcanfor a Lidka y que por turnos hicieran guardia junto a ella. Luego me fui a mi apartamento. Recuerdo que la luz azulada ardía en mi gabinete. Allí estaba el Doderlein, había libros esparcidos. Me acerqué al diván, me acosté vestido e inmediatamente dejé de ver cualquier cosa. Me quedé dormido y ni siquiera soñé.

Pasó un mes, otro. Yo había visto ya muchas cosas y algunas más terribles que la garganta de Lidka. Incluso la había olvidado. Estábamos rodeados de nieve y la consulta crecía de día en día. En una ocasión, ya al año siguiente, entró en mi consultorio una mujer llevando de la mano a una niña exageradamente abrigada. Los ojos de la mujer brillaban. La miré con atención y la reconocí.

—¡Ah, Lidka! ¿Cómo está la niña?

—Bien.

Dejamos al descubierto la garganta de Lidka. La niña se resistía, tenía miedo. Por fin logré levantarle el mentón y examinarla. En su cuello rosado había una cicatriz vertical de color marrón y dos cicatrices transversales delgadas, las de las costuras.

—Todo está en orden —dije—, podéis dejar de venir.

—Se lo agradezco doctor, muchas gracias —dijo la madre, y ordenó a Lidka—: ¡Dale las gracias al señor!

Pero Lidka no tenía deseos de decirme nada.

No volví a verla nunca más. Comencé a olvidarla. Mi consulta seguía creciendo. Y llegó el día en que recibí a ciento diez personas. Habíamos comenzado a las nueve de la mañana y terminamos a las ocho de la noche. Yo, tambaleándome, me quité la bata. La comadrona principal me dijo:

—Tal cantidad de pacientes debe agradecerse a la traqueotomía. ¿Sabe lo que dicen en las aldeas? Que a Lidka, en lugar de su garganta, usted le puso una de acero y se la cosió. Viajan especialmente a la aldea donde vive la niña para verla. Ya tiene usted fama, doctor, le felicito.

—¿De modo que creen que vive con la garganta de acero? —pregunté.

—Sí, eso creen. Usted, doctor, es excelente. ¡Es un encanto ver la sangre fría con que opera!

—Sí... Yo, sabe usted, jamás me pongo nervioso —dije sin saber por qué, pero era tanto mi cansancio que ni siquiera pude avergonzarme, simplemente volví la vista hacia otro lado. Me despedí y me dirigí a mi apartamento. Caía una nieve gruesa que lo cubría todo; el farol ardía y mi casa estaba solitaria, tranquila y grave. Y yo, en el camino, sólo deseaba una cosa: dormir.

1925

## BAUTISMO DE FUEGO

Rápidamente pasaron los días en el hospital de N. y yo comencé poco a poco a acostumbrarme a mi nueva vida.

En las aldeas continuaban agramando el lino, los caminos seguían estando intransitables y a la consulta no venían más de cinco personas cada día. Las noches las tenía completamente libres y las dedicaba a poner en orden la biblioteca, a leer los manuales de cirugía y a tomar té, larga y solitariamente, junto al samovar.

La lluvia caía durante días y noches enteras y las gotas golpeaban inexorablemente el techo; el agua caía con gran fuerza bajo la ventana y resbalaba por el canalón hacia un cubo. El patio estaba cubierto de fango, de niebla, de una negra penumbra en la cual, como manchas opacas y difusas, se iluminaban las ventanas de la casita del enfermero y la lámpara de petróleo del portón.

Una de aquellas noches estaba yo sentado en mi gabinete y estudiaba un atlas de anatomía topográfica. A mi alrededor había un completo silencio, interrumpido de vez en cuando por el roer de los ratones detrás del aparador del comedor.

Estuve leyendo hasta que mis párpados, ya pesados, comenzaron a cerrarse. Finalmente bostecé, dejé a un lado el atlas y decidí acostarme. Me estiré y, saboreando por anticipado un sueño pacífico, acompañado por el ruido y el golpeteo de la lluvia, me dirigí a mi dormitorio, me desvestí y me acosté.

No había tenido siquiera tiempo de rozar la almohada cuando, delante de mí, en la penumbra soñolienta, apareció el rostro de Ana Prójorova, de diecisiete años, de la aldea Tóropovo. A Ana Prójorova había que extraerle un diente. El enfermero Demián Lukich se deslizó suavemente con unas brillantes tenazas en las manos. Recordé cómo decía «aquesto» en lugar de «esto», llevado por el amor que profesaba al estilo elevado. Sonreí y me quedé dormido.

Sin embargo, no había pasado media hora cuando me desperté de repente, como si me hubieran dado un tirón; me senté y, examinando con temor la oscuridad, me puse a escuchar con atención.

Alguien golpeaba con fuerza e insistencia la puerta exterior y desde un primer momento presentí que aquellos golpes eran de mal agüero.

Llamaban a mi apartamento.

Los golpes cesaron, resonó el cerrojo; se oyó la voz de la cocinera y, en respuesta, una voz poco clara; luego alguien subió por la escalera, provocando chirridos, entró silenciosamente en el gabinete y llamó en mi dormitorio.

—¿Quién es?

—Soy yo —me respondió un respetuoso susurro—, yo, Axinia, la enfermera.



—¿De qué se trata?

—Ana Nikoláievna me envía a buscarle, pide que vaya enseguida al hospital.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté, y sentí que el corazón me daba un vuelco.

—Han traído a una mujer de Dúltsevo. Tiene complicaciones con el parto.

«Ya está. Ya comenzamos —cruzó por mi cabeza, mientras trataba inútilmente de meter mis pies en las zapatillas—. ¡Ah, diablos! Las cerillas no encienden. Bien, tarde o temprano tenía que suceder. No podía pasarme toda la vida con las laringitis y los catarros estomacales».

—Está bien. ¡Vete y dile que ahora mismo iré! —grité, y me levanté de la cama. Detrás de la puerta se oyeron los pasos de Axinia y de nuevo resonó el cerrojo. El sueño desapareció en un instante. Con dedos temblorosos encendí la lámpara apresuradamente y comencé a vestirme. Las once y media... ¿Qué complicaciones con el parto tendría aquella mujer? Hmm..., posición incorrecta..., pelvis estrecha... O quizá alguna cosa peor. Tal vez tendré que utilizar los fórceps. ¿No sería mejor enviarla directamente a la ciudad? ¡Impensable! «¡Qué doctor tan bueno!», dirían todos. Y además, no tengo derecho a hacerlo. No, tengo que hacerlo yo mismo. ¿Hacer qué? El diablo lo sabe. Será una tragedia si me confundo, una vergüenza ante las comadronas. Aunque primero es necesario ver de qué se trata; no vale la pena inquietarse antes de tiempo...

Me vestí, me puse el abrigo y, confiando mentalmente en que todo saldría bien, corrí bajo la lluvia hacia el hospital, pisando sobre tablones que al hundirse hacían saltar el agua del patio. En la semioscuridad se distinguía, junto a la entrada, una carreta; el caballo golpeaba con sus cascos las tablas podridas.

—¿Usted ha traído a la parturienta? —pregunté a la figura que se movía junto al caballo.

—Yo... sí, yo, padrecito —contestó lastimeramente una voz de mujer.

En el hospital, pese a lo avanzado de la hora, había agitación. En la recepción ardía, parpadeante, una lámpara de petróleo. Por el angosto corredor que conducía a la sección de maternidad, Axinia pasó rápidamente junto a mí, llevando una palangana. Detrás de la puerta se oyó de pronto un débil gemido que cesó inmediatamente. Abrí la puerta y entré en la sala de partos. La pequeña habitación blanqueada estaba intensamente iluminada por la lámpara del techo. En la cama, junto a la mesa de operaciones, yacía una mujer joven, cubierta hasta el mentón por una manta. Su rostro estaba desfigurado por una mueca de dolor y húmedos mechones de pelo se le habían pegado a la frente. Ana Nikoláievna, con un termómetro en la mano, preparaba una solución en un recipiente, mientras la segunda comadrona, Pelagueia Ivánovna, sacaba sábanas limpias del armario. El enfermero, apoyado contra la pared, estaba en pose de Napoleón. Al verme, todos se animaron. La parturienta abrió los ojos, se estrujó las manos y de nuevo gimió lastimeramente.

—¿Qué ocurre? —pregunté, y yo mismo me asombré del tono de mi voz. Hasta tal punto era seguro y tranquilo.

—Posición transversal —contestó rápidamente Ana Nikoláievna, mientras continuaba echando agua en la solución.

—Bien —dije alargando las sílabas y frunciendo el entrecejo—; bien, veamos...

—¡El doctor tiene que lavarse las manos! ¡Axinia! —gritó de inmediato Ana Nikoláievna. Su rostro había adquirido una expresión seria y solemne.

Mientras corría el agua y me quitaba la espuma de las manos enrojecidas por el cepillo, hacía preguntas poco importantes a Ana Nikoláievna, como por ejemplo cuándo habían traído a la parturienta y de dónde venía...

La mano de Pelagueia Ivánovna levantó la manta y yo, sentándome al borde de la cama y tocándola suavemente, comencé a palpar el vientre hinchado. La mujer gemía, se estiraba, crispaba los dedos, arrugaba la sábana.

—Tranquila, tranquila..., aguanta —le dije, mientras apoyaba cuidadosamente las manos sobre su piel estirada, ardiente y seca.

En realidad, después de que la experimentada Ana Nikoláievna me había sugerido de qué se trataba, este examen no era necesario. Por más que continuara examinándola, no sabría más que Ana Nikoláievna. Su diagnóstico era, por supuesto, correcto. Posición transversal. Era evidente. Bien, ¿y después?

Frunciendo el entrecejo, continué palpando el vientre por todos lados y de reojo observaba los rostros de las comadronas. Estaban concentradas y serias y en sus ojos leí aprobación a lo que yo hacía. En efecto, mis movimientos eran seguros y correctos; intentaba ocultar mi intranquilidad en lo más recóndito de mi ser y no demostrarla de ninguna manera.

—Bien —dije tras un suspiro, y me levanté de la cama, ya que por fuera no se podía ver nada más—, hagamos la exploración interna.

La aprobación apareció de nuevo en los ojos de Ana Nikoláievna.

—¡Axinia!

De nuevo corrió el agua.

«¡Eh, si pudiera leer ahora el Doderlein!», pensé tristemente mientras me enjabonaba las manos. Pero era imposible hacerlo en ese momento. Además, ¿cómo me podría ayudar en aquel momento Doderlein? Me quité la espesa espuma y me unté los dedos con yodo. La sábana limpia crujió bajo las manos de Pelagueia Ivánovna. Inclinandome hacia la parturienta comencé tímida y cuidadosamente a realizar la exploración interna. En mi memoria surgió de manera espontánea la imagen de la sala de operaciones de la maternidad. Lámparas eléctricas que ardían intensamente dentro de globos opacos, un brillante suelo de baldosas, el instrumental y los grifos que relucían por todas partes. El asistente, con una bata blanca como la nieve, manipulaba sobre la parturienta; a su alrededor estaban tres ayudantes, los

médicos practicantes y una multitud de estudiantes. Todo estaba bien, era luminoso y sin peligro.

Aquí, en cambio, estoy completamente solo y tengo en mis manos a una mujer que sufre; yo respondo por ella. Pero no sé cómo ayudarla pues sólo he visto de cerca un parto dos veces en mi vida. En este momento estoy realizando una exploración, pero eso no me hace sentir ningún alivio a mí ni a la parturienta; no entiendo absolutamente nada ni consigo palpar nada en su interior.

Pero había llegado el momento de decidirse a hacer algo.

—Posición transversal... como se trata de una posición transversal, entonces es necesario... es necesario hacer...

—Un viraje sobre la piernecita —no pudo contenerse y dijo, como para sí misma, Ana Nikoláievna.

Un médico viejo y experimentado la habría mirado con desaprobación por entrometerse y adelantarse con sus conclusiones... Yo, en cambio, no soy una persona que se ofenda con facilidad.

—Sí —confirmé significativamente—, un viraje sobre la piernecita.

Y entonces desfilaron con rapidez ante mis ojos las páginas de Doderlein. Viraje directo..., viraje combinado..., viraje indirecto...

Páginas, páginas... y en ellas dibujos. La pelvis, bebés torcidos, asfixiados, con enormes cabezas..., una manita que cuelga y en ella un lazo.

Hacía poco tiempo que había leído el libro. Y además, lo había subrayado, reflexionando atentamente sobre cada palabra, imaginándome la correlación de las partes y todos los métodos. Al leerlo, me parecía que el texto quedaría para siempre impreso en mi cerebro.

Pero ahora, de entre todo lo leído, sólo surgía una frase:

«La posición transversal es una posición absolutamente desfavorable».

Lo cierto, cierto. Absolutamente desfavorable tanto para la mujer que va a parir como para el médico que ha terminado la universidad sólo seis meses atrás.

—Está bien..., lo haremos —dije incorporándome.

El rostro de Ana Nikoláievna se animó.

—Demián Lukich —se dirigió al enfermero—, prepare el cloroformo.

¡Fue magnífico que lo dijera porque en ese momento yo no estaba seguro de si la operación debía realizarse con anestesia o sin ella! Por supuesto que con anestesia. ¡Acaso podía ser de otra manera!

Pero de cualquier forma tenía que consultar el Doderlein...

Me lavé las manos y dije:

—Bien..., prepárenla para la anestesia, colóquenla en la mesa. Ahora vuelvo, voy a casa a buscar mis cigarrillos.

—Está bien, doctor, está bien, hay tiempo —contestó Ana Nikoláievna.

Me sequé las manos, la enfermera me echó el abrigo sobre los hombros y, sin meter los brazos en las mangas, corrí a casa.

Una vez en mi gabinete encendí la lámpara y, olvidando quitarme el gorro, me lancé hacia la estantería.

Allí estaba: Doderlein. Operaciones en obstetricia. Comencé a pasar rápidamente las lustrosas páginas.

«... el viraje representa siempre una operación peligrosa para la madre...».

Un escalofrío recorrió mi espalda a todo lo largo de la columna vertebral.

«... el peligro principal radica en la posibilidad de un desgarramiento espontáneo del útero...».

Es-pon-tá-ne-o.

«... si el partero al introducir la mano en el útero, como consecuencia de la falta de espacio o por la influencia de la reducción de las paredes del útero, encuentra dificultades para llegar hasta la pierna, debe renunciar a intentos posteriores de realizar el viraje...».

Bien. Si por algún milagro llegara a ser capaz de determinar esas «dificultades» y de renunciar a «intentos posteriores», ¿qué haría con esa mujer anestesiada de la aldea de Dúltsevo?

Más adelante:

«... se prohíbe terminantemente tratar de llegar hasta las piernas a lo largo de la espalda del feto...».

Lo tomaremos en cuenta.

«... sujetar la pierna que está arriba se considera un error, ya que al hacerlo el feto puede girar sobre su propio eje, lo que puede originar un grave encajamiento del feto y puede conducir a las más tristes consecuencias...».

«Tristes consecuencias». Algo indefinidas, ¡pero qué palabras tan impresionantes! ¿Y si el marido de la mujer de Dúltsevo se queda viudo? Me sequé el sudor de la frente, reuní fuerzas y, saltándome aquellos terribles pasajes, traté de recordar sólo lo esencial: qué es lo que debía hacer y por dónde introducir la mano. Pero mientras recorría rápidamente los negros párrafos, una y otra vez me topaba con nuevas cosas terribles. Me saltaban a la vista:

«... debido al enorme peligro de desgarramiento... los virajes interno y combinado son de las operaciones obstétricas más peligrosas para la madre...».

Y como acorde final:

«... con cada hora de retraso, crece el peligro...».

¡Basta! La lectura trajo sus frutos: todo se confundió definitivamente en mi cabeza y en un instante me convencí de que no entendía nada, y sobre todo, de que no sabía qué tipo de viraje iba a realizar: ¡combinado, no combinado, directo, indirecto...!

Abandoné el Doderlein y me dejé caer en el sillón, forzándome a poner en orden mis fugitivos pensamientos... Luego miré el reloj. ¡Diablos! ¡Llevaba veinte minutos en casa! En el hospital me esperaban.

«... con cada hora de retraso...».

Las horas se componen de minutos y los minutos, en estos casos, vuelan a una velocidad increíble. Arrojé el Doderlein y corrí de regreso al hospital.

Todo estaba listo. El enfermero estaba de pie junto a la mesita y en ella preparaba la mascarilla y el frasco con cloroformo. La parturienta ya estaba acostada en la mesa de operaciones. Un gemido ininterrumpido se extendía por toda la clínica.

—Aguanta, aguanta —balbuceaba tiernamente Pelagueia Ivánovna, inclinándose hacia la mujer—, el doctor te ayudará ahora mismo.

—No tengo fuerzas..., no... ¡Ya no tengo fuerzas!... ¡No lo soportaré!

—No temas, no temas... —balbuceaba la comadrona—. ¡Lo soportarás! Ahora te daremos a oler algo... No sentirás nada.

El agua salía ruidosamente de los grifos; Ana Nikoláievna y yo comenzamos a limpiarnos y a lavarnos las manos y los brazos desnudos hasta el codo. Ana Nikoláievna, con un fondo de gemidos y lamentos, me contaba cómo mi antecesor — un experto cirujano— hacía los virajes. Yo la escuchaba ansiosamente, procurando no perderme una sola palabra. Y esos diez minutos me dieron más que todo lo que había leído sobre obstetricia cuando me preparaba para el examen estatal, en el que — justamente en obstetricia— había obtenido una nota «sobresaliente». Por palabras aisladas, frases inconclusas, insinuaciones hechas de paso, me enteré de lo más necesario, de aquello que no se encuentra nunca en ningún libro. Cuando comencé a secarme las manos —idealmente blancas y limpias— con gasa esterilizada, la decisión ya se había adueñado de mí y tenía en la cabeza un plan firme y determinado. En aquel momento ya no tenía para qué pensar si el viraje iba a ser combinado o no combinado.

Todos aquellos términos científicos ahora no venían al caso. Lo importante era una cosa: debía introducir una mano, con la otra ayudarme desde fuera para ejecutar el viraje y, confiando ya no en los libros sino en el sentido de la medida sin el cual el médico no sirve para nada, debía cuidadosa pero insistentemente hacer bajar una pierrecita y, tirando de ella, extraer el bebé.

Debía estar tranquilo y ser cuidadoso pero al mismo tiempo ilimitadamente decidido y audaz.

—Comencemos —le ordené al enfermero, y empecé a untarme los dedos con yodo.

Pelagueia Ivánovna inmediatamente cruzó los brazos de la parturienta y el enfermero cubrió con la mascarilla el rostro extenuado. Del frasco amarillo oscuro comenzó a gotear el cloroformo. Un olor dulce y nauseabundo inundó la habitación.

Los rostros del enfermero y de las comadronas se volvieron severos, como si estuvieran inspirados.

—¡Ah! ¡¡Ah!! —gritó de pronto la mujer. Durante unos segundos se agitó, intentando quitarse la máscara.

—¡Sujétenla!

Pelagueia Ivánovna la sujetó por los brazos, los dobló y los apretó contra el pecho. La mujer gritó unas cuantas veces más alejando el rostro de la máscara. Pero cada vez se movía menos..., cada vez menos... Luego balbuceó sordamente:

—¡Ah!... ¡Suéltame!... ¡Ah!

Balbuceaba cada vez más débilmente. La blanca habitación quedó en silencio. Las gotas transparentes seguían cayendo sobre la gasa blanca.

—Pelagueia Ivánovna, ¿el pulso?

—Es bueno.

Pelagueia Ivánovna levantó el brazo de la mujer y lo dejó caer; éste, inanimado como una rama, se precipitó sobre la sábana. El enfermero retiró la mascarilla y miró las pupilas.

—Duerme.

Un charco de sangre. Mis brazos están ensangrentados hasta el codo. En las sábanas hay manchas sanguinolentas. Coágulos rojos y bolas de gasa. Y Pelagueia Ivánovna sacude al recién nacido y le da golpecitos. Axinia hace ruido con los baldes al verter el agua en las palanganas. Sumergen al niño alternativamente en agua fría y caliente. El bebé calla y su cabeza parece sujeta por un hilo, cuelga sin vida y se balancea de un lado a otro. Pero de pronto: se escucha algo como un chirrido, o un gemido, y después se oye el primer grito, ronco y débil.

—Está vivo..., está vivo... —murmura Pelagueia Ivánovna, y coloca al bebé sobre una almohada.

Y la madre también está viva. Por suerte no ha ocurrido nada terrible. Yo mismo le tomo el pulso. Sí, es regular y claro; el enfermero sacude ligeramente a la mujer por el hombro y dice:

—Bueno, mujer, mujer, despierta.

Arrojan a un lado las sábanas ensangrentadas y apresuradamente cubren a la madre con una sábana limpia; el enfermero y Axinia se la llevan a la sala. El bebé, ya envuelto en sus pañales, se marcha sobre la almohada. Una pequeña carita marrón y arrugada mira desde el borde blanco sin dejar de emitir un agudo llanto.

El agua corre por los grifos de los lavabos. Ana Nikoláievna fuma ansiosamente un cigarrillo, arruga la cara a causa del humo y tose.

—Doctor, ha hecho usted muy bien el viraje, con mucha seguridad.

Me froto afanosamente las manos con un cepillo y la miro de reojo: ¿estará

burlándose? Pero en su rostro hay una sincera expresión de orgullosa satisfacción. Mi corazón rebosa alegría. Miro el blanco y sangriento desorden que hay a mi alrededor, el agua roja de la palangana y me siento vencedor. Pero en algún recóndito lugar de mi ser se agita el gusano de la duda.

—Todavía debemos esperar a ver qué ocurre después —digo.

Ana Nikoláievna levanta asombrada la vista hacia mí.

—¿Qué puede ocurrir? Todo ha salido bien.

Murmuro cualquier cosa como respuesta. En realidad, lo que quisiera decir es lo siguiente: ¿estará todo intacto en el interior de la madre?, ¿no la habré lastimado durante la operación...? Esto atormenta confusamente mi corazón. ¡Pero mis conocimientos de obstetricia son tan poco claros, tan librescamente fragmentarios! ¿Un desgarramiento? ¿Cómo debe manifestarse? ¿Cuándo se presentarán los primeros síntomas, ahora o más tarde...? No, mejor no hablar sobre este tema.

—Cualquier cosa puede ocurrir —digo yo—, no está excluida la posibilidad de una infección. —Repito la primera frase que se me ocurre de algún manual.

—¡Ah, eso! —alarga tranquilamente las palabras Ana Nikoláievna—. Si Dios quiere nada ocurrirá. ¿Una infección? Todo está limpio y esterilizado.

Era más de la una cuando regresé a mi apartamento. Sobre el escritorio del gabinete, bajo la mancha de luz de la lámpara, yacía pacíficamente el Doderlein, abierto en la página «Peligros del viraje». Durante casi una hora, estuve bebiendo el té ya frío y hojeando el libro. Entonces ocurrió algo interesante: todos los pasajes que hasta ese momento me habían resultado oscuros se volvieron completamente claros, como si se hubieran llenado de luz, y allí, bajo la luz de la lámpara, por la noche, en aquel lugar apartado, comprendí lo que significa el verdadero conocimiento.

«Se puede adquirir una gran experiencia en la aldea —pensé mientras me quedaba dormido—, pero hay que leer, leer todo lo posible..., leer...».

# LA TORMENTA DE NIEVE

A veces como fiera aúlla, a veces como niño llora.

Toda esta historia comenzó en el momento en que, según las palabras de la omnipresente Axinia, el escribiente Pálchikov, que vivía en Shalométievo, se enamoró de la hija del agrónomo. Era un amor ardiente, que secaba el corazón del pobre hombre. El escribiente fue a Grachovka, la capital del distrito, y encargó un traje. El traje resultó deslumbrante, y es muy probable que las franjas grises de los pantalones del escribiente decidieran el destino de ese desdichado. La hija del agrónomo aceptó convertirse en su esposa.

Yo, el médico del hospital N., de la zona X, de cierta provincia, después de haber amputado la pierna a una muchacha que había caído en la agramadera para el lino, adquirí tal renombre que estuve a punto de perecer bajo el peso de mi fama. A mi consultorio comenzaron a llegar por el camino apisonado hasta cien campesinos al día. Dejé de comer al mediodía. La aritmética es una ciencia cruel, pero supongamos que a cada uno de mis cien pacientes yo dedicara sólo cinco minutos... ¡Cinco! Quinientos minutos equivalen a ocho horas y veinte minutos. Seguidas, tenedlo en cuenta. Además, tenía a mi cargo el hospital, donde estaban internados treinta pacientes. Y además, realizaba operaciones.

En una palabra, al regresar del hospital a las nueve de la noche, yo no quería ni comer, ni beber, ni dormir. Lo único que verdaderamente deseaba es que no viniera nadie a llamarme para atender un parto. En el transcurso de dos semanas me llevaron cinco veces a diversos sitios por la noche, siguiendo los caminos trazados por los trineos.

En mis ojos apareció una oscura humedad y sobre el entrecejo pendía una arruga vertical, parecida a un gusano. Por las noches veía, en mis sueños, operaciones sin éxito, costillas desnudas y mis propias manos empapadas en sangre humana; me despertaba pegajoso y frío a pesar de la caliente estufa holandesa.

Visitaba a los pacientes del hospital con paso rápido. Me seguían el enfermero y tres enfermeras. Cada vez que me detenía junto a una cama en la cual, derritiéndose por la fiebre y respirando lastimeramente, yacía enfermo un ser humano, yo exprimía mi cerebro para sacar todo lo que había en él. Mis dedos tanteaban la piel seca y ardiente, examinaba las pupilas, daba golpecitos en las costillas, escuchaba cuán misteriosamente latía el corazón en lo profundo, y tenía un solo pensamiento: ¿cómo salvarle? Y a éste también. ¡Y a éste! ¡A todos!

Era un combate que comenzaba cada día por la mañana, a la pálida luz de la nieve, y terminaba bajo el parpadeo amarillento de una ardiente lámpara de petróleo.



«Me interesaría saber cómo terminará todo esto —me decía a mí mismo por la noche—. Si las cosas continúan así, seguirán viniendo en trineo en enero, en febrero y en marzo».

Escribí a Grachovka y les recordé con cortesía que estaba previsto un segundo médico para la zona de N.

La carta se marchó en un trineo de carga y a través del liso océano de nieve recorrió una distancia de cuarenta verstas. Tres días más tarde llegó la respuesta: escribían que sí, que por supuesto, por supuesto... Con toda seguridad... Pero no ahora..., de momento nadie vendría. La carta terminaba con unos cuantos juicios agradables sobre mi labor como médico, y deseos de futuros éxitos.

Alentado por ellos me dediqué a poner tapones, inyectar suero contra la difteria, abrir abscesos de dimensiones monstruosas, poner vendas de yeso...

El martes ya no fueron cien sino ciento diez personas las que llegaron. Terminé la consulta a las nueve de la noche. Me quedé dormido tratando de adivinar cuántos vendrían al día siguiente, miércoles. Soñé que venían novecientas personas.

La mañana se asomó por la pequeña ventana de mi dormitorio de una manera particularmente blanca. Abrí los ojos, sin comprender qué me había despertado. Luego me di cuenta: llamaban a la puerta.

—Doctor —reconocí la voz de la comadrona Pelagueia Ivánovna—, ¿está usted despierto?

—Hmm... —contesté con voz hosca, aún medio dormido.

—He venido a decirle que no se apresure a ir al hospital. No han venido más que dos personas.

—¡No es posible! ¿Está bromeando?

—Palabra de honor. Hay tormenta de nieve, doctor, tormenta de nieve —repetió ella con alegría a través de la cerradura—. Los que han venido tienen los dientes con caries. Demián Lukich se los extraerá.

—Vaya... —Y sin saber por qué, me levanté de la cama.

La jornada resultó magnífica. Después de hacer las visitas, estuve paseando el día entero por mi apartamento (el apartamento del médico tenía seis habitaciones y, por alguna razón, era de dos plantas: había tres habitaciones en la planta de arriba y la cocina y tres habitaciones más en la de abajo), silbando melodías de óperas, fumando, tamborileando con los dedos en la ventana... Detrás de las ventanas ocurría algo que yo no había visto en mi vida. No había cielo. Tampoco tierra. La blancura revoloteaba, daba vueltas de arriba abajo, a lo ancho, a lo largo, como si el diablo se estuviera divirtiendo con polvo para los dientes.

Al mediodía di a Axinia —que desempeñaba los puestos de cocinera y sirvienta en el apartamento del doctor— la orden de calentar agua en tres baldes y en el caldero. Hacía un mes que no me había bañado.

Axinia y yo sacamos de la bodega una tina de un tamaño increíble. La colocamos en el suelo de la cocina (en N. no se podía siquiera pensar en tener bañeras. Sólo las había en el hospital, pero estaban deterioradas).

A eso de las dos de la tarde la red giratoria que había en el exterior disminuyó notablemente. Yo estaba sentado en la tina, desnudo y con la cabeza enjabonada.

—¡Esto sí lo entiendo... —farfullaba con deleite, mientras me echaba agua hirviente sobre la espalda—, esto sí lo entiendo! Y después comeremos, y después dormiremos una siesta. Si logro descansar suficiente, ya pueden venir mañana ciento cincuenta personas. ¿Qué novedades hay, Axinia?

Axinia se encontraba sentada detrás de la puerta, esperando que la operación del baño concluyera.

—El escribiente de la hacienda Shalométievo se casa —contestó Axinia.

—¡Qué dice! ¿Ha aceptado la joven?

—Se lo juro. Y él está enamorado... —cantó Axinia, haciendo sonar la vajilla.

—¿Es hermosa la novia?

—¡La más hermosa! Es rubia, delgada...

—¡Vaya!

Y en ese momento la puerta retumbó. Disgustado, me enjuagué y me puse a escuchar con atención.

—El doctor se está bañando... —dijo con voz cantarina Axinia.

—Brr... brrr... —farfulló una voz de bajo.

—Una nota para usted, doctor —chilló Axinia a través de la cerradura de la puerta.

—Dámela por la puerta.

Salí de la tina encogiéndome de hombros e indignándome contra el destino, y cogí de manos de Axinia un sobre grisáceo.

—Eso sí que no. No saldré después de haber tomado un baño. También yo soy una persona —me dije a mí mismo no demasiado convencido, y una vez de nuevo en la tina abrí el sobre.

«Respetado colega (gran signo de admiración). Le rue (tachado) Le pido encarecidamente que venga con urgencia. Una mujer ha sufrido un golpe en la cabeza y hay hemorragia por las cavidades (tachado) la nariz y la boca. Está sin conocimiento. No he conseguido hacer nada. Le pido persuasivamente que venga. Los caballos son magníficos. El pulso es malo. Hay alcanfor. Doctor (una firma ilegible).»

«Tengo mala suerte en la vida», pensé con tristeza, mientras miraba los ardientes leños de la estufa.

—¿Un hombre ha traído la nota?

—Un hombre.

—Que entre.

Entró y me pareció un antiguo romano debido al brillante casco que llevaba colocado encima de un gorro con orejeras. Se abrigaba con una pelliza de piel de lobo. Una corriente de aire frío me golpeó.

—¿Por qué lleva casco? —pregunté, cubriendo mi cuerpo a medio bañar con una sábana.

—Soy un bombero de Shalométievo. Tenemos un cuerpo de bomberos... —contestó el romano.

—¿Quién es el doctor que escribe?

—Uno que ha venido como invitado a casa de nuestro agrónomo. Un médico joven. Lo que ha pasado es una desgracia, una desgracia...

—¿De qué mujer se trata?

—De la novia del escribiente.

Axinia dio un grito al otro lado de la puerta.

—¿Qué ha ocurrido? (Oí cómo el cuerpo de Axinia se pegaba a la puerta).

—Ayer se celebraron los esponsales y después de eso el escribiente quiso pasear con su novia en trineo. Enganchó el caballo, la sentó en el trineo y se dirigió hacia el portón. Pero el caballo se lanzó al galope, hizo que la novia se sacudiera y se golpeará la frente contra la jamba del portón. La novia salió despedida del trineo. Es una desgracia tal que no se puede describir... Están vigilando al escribiente, no sea que intente ahorcarse. Ha perdido el juicio.

—Me estoy bañando —dije lastimeramente—, ¿por qué no la han traído? —Y al decir esto me eché agua en la cabeza y el jabón cayó en la bañera.

—Es impensable, respetado ciudadano doctor —dijo el hombre con profundo sentimiento, y juntó las manos como en una plegaria—, no hay ninguna posibilidad. La muchacha moriría.

—¿Y cómo iremos? ¡Hay tormenta de nieve!

—Ya se ha calmado un poco. ¡No! Se ha calmado por completo. Los caballos son fogosos, están enganchados en fila india. En una hora llegaremos...

Gemí con mansedumbre y salí de la tina. Con furia me eché encima dos baldes de agua. Luego, sentado en cuclillas ante las fauces de la estufa, metí una y otra vez la cabeza en ella, para secármela aunque fuera un poco.

«Definitivamente pescaré una pulmonía. Una bronconeumonía, después de un viaje así. Y lo principal: ¿qué voy a hacer con ella? Ese médico, se ve por la nota, tiene aún menos experiencia que yo. Yo no sé nada, solamente he aprendido algunas cosas en la práctica en estos seis meses, pero él ni siquiera eso. Se ve que acaba de salir de la universidad. Y me toma a mí por un médico experimentado...».

Pensando de esta manera, ni siquiera me di cuenta de cómo me vestí. Vestirse no era sencillo: los pantalones y la camisa, las botas de fieltro, sobre la camisa una

chaqueta de cuero, luego el abrigo y encima de todo una pelliza de piel de cordero, la gorra y el maletín. (En el maletín: cafeína, alcanfor, morfina, adrenalina, pinzas de torsión, material esterilizado, una jeringuilla, una sonda, un revólver Browning, cigarrillos, cerillas, el reloj y el estetoscopio).

Cuando atravesamos el cercado, las cosas no me parecieron tan terribles, aunque ya oscurecía y el día se iba disolviendo. La tormenta parecía soplar con menos fuerza. Lo hacía de costado, en una sola dirección, me golpeaba la mejilla derecha. El bombero me impedía ver la grupa del primer caballo. Los caballos resultaron verdaderamente fogosos; sus músculos se tensaron y el trineo se puso en marcha, bamboleándose en los baches. Me acomodé en el trineo y me calenté de inmediato. Pensé en la bronconeumonía y en que era probable que el hueso del cráneo de la muchacha se hubiera roto por dentro y una astilla se le hubiera clavado en el cerebro...

—¿Los caballos son del cuerpo de bomberos? —pregunté a través del cuello de la pelliza de cordero.

—Uhu..., hu... —gruñó el cochero sin volverse.

—¿Y qué ha hecho el doctor con ella?

—Pues él..., hu, hu..., él, sabe, él ha estudiado enfermedades venéreas..., uhu..., hu...

—Hu... hu... —resonó en el bosquecillo la tormenta, luego silbó desde un costado, cayó la nieve... Comencé a cabecear, a cabecear, a cabecear... hasta que me encontré en los baños Sandunóvskie de Moscú. Y con la pelliza puesta, en el vestidor, me vi envuelto por el vapor. Luego se encendió una antorcha, entró un aire frío. Abrí los ojos y vi que brillaba un casco rojizo. Pensé que se trataba de un incendio... Luego me desperté y me di cuenta de que habíamos llegado. Me encontraba junto a la entrada de un edificio blanco con columnas, por lo visto de la época de Nicolás I. A mi alrededor había una profunda oscuridad. Me recibieron los bomberos y las llamas bailaban sobre sus cabezas. Inmediatamente saqué del bolsillo de la pelliza mi reloj y vi que eran las cinco. Significaba que en lugar de una hora habíamos viajado dos y media.

—Prepárenme los caballos para regresar de inmediato —dije.

—A sus órdenes —contestó el cochero.

Medio dormido y húmedo, como si llevara una compresa bajo la chaqueta de cuero, entré en el zaguán. Desde un costado me golpeó la luz de una lámpara cuya franja luminosa se extendía sobre el suelo pintado. En ese momento salió un joven de cabello rubio y grandes ojos, vestido con unos pantalones recién planchados. La corbata blanca con lunares negros estaba torcida hacia un lado, la pechera parecía una joroba, pero su chaqueta estaba reluciente, nueva, como si tuviera pliegues metálicos.

El hombre agitó los brazos, se aferró a mi pelliza, me sacudió y comenzó a gritar

con cierta timidez:

—Querido mío..., doctor..., rápido..., se muere. Soy un asesino. —El joven miró hacia un lado, abrió severamente sus negros ojos y dijo dirigiéndose a alguien—: Soy un asesino, eso es lo que soy.

Luego se echó a llorar, se cogió de los escasos cabellos y comenzó a arrancárselos. Yo vi cómo se arrancaba mechones de pelo, enrollándolos entre los dedos.

—Basta —le dije, y le apreté el brazo.

Alguien se lo llevó. Salieron corriendo unas mujeres.

Alguien más me quitó la pelliza. Me condujeron a través de las alfombras de gala hasta una cama blanca. A mi encuentro, se levantó un médico muy joven. Sus ojos estaban agotados y confundidos. Por un instante brilló en ellos el asombro, al ver que yo era tan joven como él. En realidad nos parecíamos como dos retratos de una misma persona, hechos en un mismo año. Pero después se puso tan contento de verme que incluso se atragantó.

—Qué contento estoy..., colega..., mire..., el pulso se debilita, ve usted. Yo en realidad soy venereólogo. Estoy muy contento de que haya venido...

Sobre un trozo de gasa que estaba encima de la mesa había una jeringuilla y unas cuantas ampollas con un aceite amarillo. El llanto del escribiente llegaba desde fuera; cerraron la puerta y una figura de mujer, vestida de blanco, creció a mis espaldas. El dormitorio estaba en penumbra: habían cubierto parte de la lámpara con un retazo de tela verde. En la sombra verdusca, yacía sobre la almohada un rostro del color del papel. Los cabellos rubios, revueltos, colgaban en mechones. La nariz se había afilado y los orificios estaban tapados por trozos de algodón, rosado a causa de la sangre.

—El pulso... —me susurró el médico.

Cogí la muñeca inanimada y con un gesto ya habitual busqué el pulso. Me estremecí. Bajo mis dedos sentí pulsaciones débiles y seguidas que comenzaron a quebrarse, a convertirse en un hilillo. Como siempre que veía la muerte cara a cara, sentí frío en la parte baja del pecho. Odio la muerte. Tuve tiempo de romper el extremo de la ampolla y de absorber con la jeringuilla el espeso aceite. Pero lo inyecté de una manera maquinal, lo introduje inútilmente bajo la piel del brazo de la muchacha.

Su mandíbula inferior se estremeció, como si se estuviera ahogando, luego se relajó; su cuerpo se contrajo bajo la manta, pareció quedarse inmóvil, y luego también se relajó. El último hilillo se perdió entre mis dedos.

—Ha muerto —le dije al oído al médico.

La figura blanca de cabello cano se desplomó sobre la lisa manta, se apretó contra ella y se estremeció.

—Calle, calle —le dije al oído a aquella mujer vestida de blanco, mientras el médico miraba con angustia hacia la puerta.

—No ha dejado de torturarme —dijo en voz muy baja el médico.

Hicimos lo siguiente: dejamos a la sollozante madre en el dormitorio y, sin decir nada a nadie, nos llevamos al escribiente a una habitación alejada.

Allí le dije:

—Si no se deja inyectar una medicina, no podremos hacer nada. ¡Usted nos atormenta y eso estorba nuestro trabajo!

Entonces el escribiente aceptó. Llorando en silencio se quitó la chaqueta. Le subimos la manga de su elegante camisa de novio y le inyecté morfina. El médico fue a ver a la difunta, supuestamente para ayudarla, y yo me quedé con el escribiente. La morfina ayudó más rápido de lo que me había imaginado. Un cuarto de hora más tarde, el escribiente, quejándose y llorando cada vez más débilmente, comenzó a adormecerse; luego, colocó su lloroso rostro sobre las manos y se quedó dormido. Ya no oyó los ajetreos, los llantos, los murmullos y los ahogados lamentos.

—Escúcheme, colega, es peligroso viajar ahora. Podría extraviarse —me decía el médico, en voz muy baja, en el recibidor—. Quédese, pase la noche aquí...

—No, no puedo. Me marcharé pase lo que pase. Me habían prometido que me llevarían de regreso inmediatamente.

—Le llevarán, pero considérelo...

—Tengo tres enfermos de tifus a los que no puedo abandonar. Debo verlos por la noche.

—Considérelo...

El médico mezcló alcohol con agua y me lo dio a beber; y allí mismo, en el recibidor, me comí un trozo de jamón. Sentí calor en el estómago y disminuyó mi tristeza. Entré por última vez en el dormitorio, miré a la difunta, pasé a ver al escribiente, dejé una ampolla de morfina al médico y, bien abrigado, salí al porche.

La tormenta silbaba, los caballos habían bajado la cabeza, la nieve les azotaba. Una antorcha se agitaba.

—¿Conoce usted el camino? —pregunté, cubriéndome la boca.

—Conozco el camino —contestó muy tristemente el cochero (ya no llevaba el casco)—, pero debería quedarse a pasar la noche aquí...

Hasta las orejas de su gorro dejaban ver que no tenía ningunas ganas de llevarme.

—Debe quedarse —añadió un segundo hombre, el que sujetaba la encolerizada antorcha—, el tiempo es muy malo.

—Son doce verstas... —gruñí sombríamente—, llegaremos. Tengo enfermos graves... —Y me subí al trineo.

Me arrepiento de no haber añadido que el solo pensamiento de quedarme en una

casa donde había sucedido una desgracia, y donde yo era impotente e inútil, me resultaba insoportable.

El cochero se dejó caer resignadamente en el pescante, se acomodó, se balanceó y nos pusimos en marcha hacia el portón. La antorcha desapareció como si se la hubiera tragado la tierra o, quizá, simplemente se apagó. Sin embargo, un minuto más tarde otra cosa llamaba mi atención. Volviéndome con dificultad pude observar que no sólo la antorcha se había desvanecido, sino que Shalométievo entero había desaparecido con todos sus edificios, como en un sueño. Esto me mortificó de manera desagradable.

—Sin embargo es fantástico... —No sé si lo pensé o lo mascullé. Saqué un instante la nariz y la escondí nuevamente, tan malo era el tiempo. El mundo entero se había hecho un ovillo y estaba siendo zarandeado en todas direcciones.

Un pensamiento atravesó mi mente: ¿no sería mejor volver? Pero lo ahuyenté, me acomodé más profundamente aún en el trineo, como si estuviera en una canoa, me encogí y cerré los ojos. De inmediato emergió el retazo de tela verde sobre la lámpara y el rostro pálido. De pronto mi cerebro se iluminó: «Debe haber sido una fractura de la base del cráneo... Sí, sí, sí... ¡Sí!... ¡Justamente eso!». Se encendió en mí la confianza de que ése era el diagnóstico correcto. Pero ¿para qué servía? En ese momento ya no servía para nada y antes tampoco hubiera servido. ¡Qué se puede hacer con una cosa así! ¡Qué destino tan terrible! ¡Qué absurdo y tremendo es vivir en el mundo! ¡Qué ocurrirá ahora en casa del agrónomo? ¡Sólo pensarlo era desagradable y angustioso! Luego comencé a compadecerme: qué difícil era mi vida. La gente en estos momentos duerme, las estufas están encendidas y yo, una vez más, no he podido siquiera terminar de bañarme. La borrasca me lleva como si fuera una hoja. Ahora llegaré a casa y, con toda seguridad, me llevarán de nuevo a algún sitio. Yo soy uno, y los enfermos son miles... Pescaré una pulmonía y moriré en estos lugares... Así, después de haberme compadecido de mí mismo, me sumergí en las tinieblas, pero ignoro cuánto tiempo pasé en ellas. Esta vez no fui a dar a baños, y comencé a sentir frío. Cada vez más frío, cada vez más.

Cuando abrí los ojos, vi una espalda negra y después caí en la cuenta de que no nos movíamos.

—¿Hemos llegado? —pregunté abriendo más los ojos.

El negro cochero se movió apesadumbrado. Bajó del pescante y me pareció que el viento le hacía girar en todas direcciones. De pronto, sin el menor respeto dijo:

—Hemos llegado... Hemos llegado... Debió haber hecho caso a la gente... ¡Ya lo ve! Nos moriremos nosotros y los caballos también...

—¿No encuentra el camino? —Sentí frío en la espalda.

—De qué camino habla —respondió el cochero con voz desolada—... ahora todo el ancho mundo es un camino para nosotros. Nos hemos perdido por nada...

Llevamos viajando cuatro horas, ¿y adónde?... Ya ve lo que nos ha pasado...

Cuatro horas. Comencé a hurgar en mis bolsillos, palpé mi reloj y saqué las cerillas. ¿Para qué? Fue inútil, ni una sola cerilla se encendió. Al frotarla se inflama, pero inmediatamente se apaga el fuego.

—Le he dicho que son cuatro horas —dijo con aire fúnebre el hombre—, ¿qué haremos ahora?

—¿En dónde nos encontramos?

La pregunta era tan tonta que el cochero no juzgó necesario responderla. Se volvía en distintas direcciones, pero por momentos me parecía que él se encontraba inmóvil y era yo quien daba vueltas en el trineo. Salí con dificultad y enseguida descubrí que la nieve me llegaba hasta las rodillas. El caballo de atrás estaba hundido hasta el vientre en un montón de nieve. Sus crines colgaban como el cabello de una mujer con la cabeza descubierta.

—¿Se han parado ellos solos?

—Sí. Están agotados...

De pronto me acordé de algunos relatos y, por alguna razón, sentí rabia contra Tolstoi.

«El vivía muy tranquilo en Yásnaia Poliana —pensé—, a él no le llevaban a visitar moribundos...».

Tuve lástima del bombero y de mí. Luego sentí de nuevo una llamarada de miedo salvaje, pero la apagué en mi pecho.

—Eso es cobardía... —murmuré entre dientes.

Y una energía impetuosa apareció en mí.

—Mire, buen hombre —comencé a decir, sintiendo que los dientes me castañeteaban—, no debemos desalentarnos, porque nos perderemos, nos perderemos irremediablemente. Los caballos han estado parados y han descansado un poco; debemos seguir adelante. Camine usted y lleve las riendas del caballo delantero. Yo conduciré el trineo. Tenemos que salir de aquí o nos sepultará la nieve.

Las orejas de su gorra tenían un aspecto desesperado, pero el cochero, de todas formas, se arrastró hacia adelante. Cojeando y hundiéndose en la nieve logró llegar hasta el primer caballo. Nuestra salida de allí me pareció infinitamente larga. La figura del cochero se desvanecía, mientras la nieve seca de la tormenta me golpeaba en los ojos.

—Arre —gimió el cochero.

—¡Arre! ¡Arre! —grité yo, haciendo restallar las riendas.

Poco a poco los caballos se pusieron en movimiento y comenzaron a patallar en la nieve. El trineo se balanceaba, como si estuviera sobre una ola. El cochero a veces crecía, a veces se empequeñecía: caminaba hacia adelante.

Aproximadamente durante un cuarto de hora nos movimos de esa manera, hasta



que por fin sentí que el trineo crujía de una manera más regular. La alegría brotó en mí cuando vi cómo aparecían y desaparecían los cascotes traseros de los caballos.

—¡Hay poca profundidad, es el camino! —grité.

—Uhu... hu... —respondió el cochero, que vino cojeando hacia mí y recuperó su estatura normal—. Parece que sí es el camino —añadió con alegría, incluso con una especie de trino en la voz—. Mientras no nos volvamos a perder... Ojalá...

Cambiamos de lugar. Los caballos marcharon con mayor viveza. Me pareció que la tormenta, como si se hubiera reducido, comenzó a debilitarse. Pero arriba y a los lados no había nada, nada, excepto la niebla. Había perdido la esperanza de llegar precisamente al hospital. Quería llegar a algún sitio. Un camino siempre conduce a algún sitio habitado.

Los caballos de pronto tiraron con más fuerza y movieron sus patas con mayor rapidez. Me alegré, aun sin conocer la causa de su conducta.

—¿Quizá han olfateado una vivienda? —pregunté.

El cochero no me contestó. Me levanté en el trineo y comencé a observar a mi alrededor. Un sonido extraño, melancólico y amenazador surgió de algún lugar de la niebla, pero se apagó rápidamente. Por alguna razón tuve una sensación desagradable y me acordé del escribiente y de cómo emitía gemidos agudos con la cabeza entre las manos. De pronto a mi derecha distinguí un punto oscuro que fue creciendo hasta tener el tamaño de un gato negro. Creció aún más y se acercó. El bombero de pronto se volvió hacia mí y cuando lo hizo me di cuenta de que su mandíbula temblaba; preguntó:

—¿Ha visto, ciudadano doctor...?

Un caballo se dirigió a la derecha, otro a la izquierda, el bombero cayó encima de mis piernas, lanzó un grito, se enderezó y comenzó a tirar de las riendas. Los caballos resoplaron y se desbocaron. Con sus patas levantaban bolas de nieve, las arrojaban, galopaban irregularmente, temblaban.

Varias veces sentí un escalofrío que me recorría el cuerpo. Dominándome, metí la mano en mi pecho y saqué la Browning, maldiciéndome por haber dejado en casa el segundo cargador. Si no había aceptado quedarme a dormir, ¿por qué no había cogido una antorcha?! Imaginé la esquela en el periódico, con mi nombre y el del desdichado bombero.

El gato adquirió el tamaño de un perro y se deslizaba relativamente cerca del trineo. Me volví y vi, ya muy cerca de nosotros, una segunda alimaña de cuatro patas. Puedo jurar que tenía las orejas puntiagudas y que corría con enorme facilidad detrás del trineo. Había algo amenazador y descarado en sus esfuerzos. «¿Es una manada o son sólo dos animales?», pensé, y ante la palabra «manada» el calor me inundó debajo de la pelliza y los dedos de mis manos se desentumecieron.

—Sujétate con fuerza y controla los caballos, voy a disparar —dije con una voz

ajena, desconocida para mí.

El cochero sólo dio un grito en respuesta y encogió la cabeza entre los hombros. Vi un resplandor y oí un estrépito ensordecedor. Disparé una segunda y una tercera vez. No recuerdo cuánto tiempo fui zarandeado en el fondo del trineo. Oía el salvaje y estridente resoplido de los caballos y apretaba la Browning. Mi cabeza se golpeó contra algo cuando intentaba salir del heno y, mortalmente asustado, pensaba que de un momento a otro se me echaría encima un cuerpo enorme y musculoso. Ya me imaginaba mis entrañas destrozadas...

En ese momento el cochero gritó:

—¡Por fin! ¡Por fin! Allí está..., allí... Señor, sálvanos, sálvanos...

Por fin conseguí librarme de la pesada pelliza de piel de cordero, saqué los brazos, me levanté. No había fieras negras por ningún lado. La nieve caía y en medio de aquella rala cortina centelleaba el ojo más encantador, ese que yo hubiera reconocido entre miles, y que reconocería aun ahora: centelleaba el farol de mi hospital. «Es mucho más hermoso que un palacio...», pensé, y de pronto, en éxtasis, disparé dos veces más hacia atrás, hacia el lugar donde habían desaparecido los lobos.

El bombero estaba de pie en mitad de la escalera que partía de la parte baja del magnífico apartamento del médico, yo me encontraba en la parte alta de esa escalera y Axinia, cubierta por una pelliza, abajo.

—Agasájeme —dijo el cochero—, para que la próxima vez... —Pero no terminó de hablar, bebió de un trago el alcohol mezclado con agua y lanzó un horrible graznido. Luego se volvió hacia Axinia y añadió, abriendo los brazos todo cuanto le permitía su constitución—: ¡De este tamaño...!

—¿Ha muerto? ¿No han podido salvarla? —me preguntó Axinia.

—Ha muerto —respondí con indiferencia.

Un cuarto de hora más tarde todo estaba en silencio. La luz se apagó en la parte baja. Me quedé solo arriba. Por alguna razón sonreí convulsivamente, me desabotoné la camisa, la volví a abotonar, me dirigí hacia la estantería de los libros, saqué un tomo de cirugía con la intención de leer algo acerca de las fracturas en la base del cráneo, pero dejé el libro.

Cuando me desvestí y me metí debajo de las mantas, un temblor se apoderó de mí durante más de medio minuto y luego desapareció; el calor se extendió por todo mi cuerpo.

—Agasájeme —balbuceé mientras me quedaba dormido—, pero no volveré a ir...

—Irás..., claro que irás... —silbó burlonamente la tormenta. Pasó con estruendo sobre el tejado, cantó en el tubo de la chimenea, salió volando de allí, murmuró algo detrás de la ventana y luego desapareció.

—Irás... Irás... —marcaba el reloj, pero los sonidos eran cada vez más apagados, más apagados...

Nada más. El silencio. El sueño.

1926

## LA ERUPCIÓN ESTRELLADA

Era ella. Me lo sugería el instinto. No podía contar con mi experiencia. Yo, un médico que había terminado la universidad apenas seis meses atrás, no la tenía.

Tuve miedo de tocar el hombro desnudo y cálido de aquel hombre (aunque no había nada que temer) y entonces le ordené:

—¡A ver, acérquese a la luz!

El hombre se volvió como yo deseaba, y la luz de la lámpara de petróleo inundó su piel amarillenta. Sobre el prominente pecho y en los costados, a través del color amarillento, se dejaba ver una erupción marmórea. «Como estrellas en el cielo», pensé, y con un ligero frío en el corazón me incliné hacia su pecho. Luego aparté la mirada y la levanté hacia su rostro. Era el rostro de un hombre de unos cuarenta años con una barbita esponjada de un sucio color ceniciento y pequeños ojos vivaces cubiertos por unos párpados hinchados. En esos ojillos, para mi gran asombro, se leía orgullo y respeto por sí mismo.

El hombre parpadeaba y miraba a su alrededor con indiferencia y aburrimiento, mientras se ajustaba el cinturón en los pantalones.

«Es ella, la sífilis», me dije mentalmente y con severidad por segunda vez. Era la primera vez en mi vida profesional que yo —un médico que a principios de la revolución había sido arrojado directamente del pupitre universitario a un remoto lugar en el campo— me encontraba con ella.

Me topé con la sífilis por casualidad. Aquel hombre había venido a verme quejándose de tener algo que le cerraba la garganta. De una manera completamente inconsciente, y sin pensar siquiera en la sífilis, le ordené desvestirse y fue entonces cuando vi aquella erupción estrellada.

Confronté la ronquera, el siniestro color rojo de la garganta, las extrañas manchas blancas que había en ella, el pecho marmóreo, y lo adiviné. Ante todo me limpié temerosamente las manos con una bolita de sublimado, mientras un inquietante pensamiento me envenenaba: «Me parece que me ha tosido en las manos». Luego, con impotencia y repugnancia, hice girar en mis manos la cucharilla de cristal con la que había examinado la garganta de mi paciente. ¿Qué hacer con ella?

Decidí colocarla en la ventana, sobre una bola de algodón.

—Pues bien —dije yo—, verá usted... Hmm... Por lo visto... Aunque en realidad es incluso muy probable... Verá, usted tiene una enfermedad muy mala: la sífilis. —Pero él ni se puso nervioso ni se asustó. Me miró de costado, de la misma forma como mira con su ojo redondo una gallina cuando oye una voz que la llama. En ese ojo redondo descubrí, con gran asombro por mi parte, desconfianza.

—Usted tiene sífilis —repetí suavemente.

—¿Qué es eso? —preguntó el hombre de la erupción marmórea.

En ese instante apareció vivamente ante mis ojos el extremo de un aula blanca como la nieve, un aula universitaria, el anfiteatro con las cabezas amontonadas de los estudiantes y la barba gris del profesor de venereología... Pero rápidamente volví a la realidad y recordé que me encontraba a mil quinientas verstas del anfiteatro y a cuarenta de la vía del ferrocarril, bajo la luz de una lámpara de petróleo... Detrás de la puerta blanca, los numerosos pacientes que aguardaban turno producían un ruido sordo. Fuera, detrás de la ventana, comenzaba a anochecer y caían las primeras nieves del invierno.

Hice que el paciente se desvistiera aún más y encontré el primer chancro, que estaba ya casi cicatrizado. Las últimas dudas me abandonaron y me embargó ese sentimiento de orgullo que invariablemente aparecía cuando mi diagnóstico era correcto.

—Vístase —dije—, ¡usted tiene sífilis! Es una enfermedad muy grave que se apodera de todo el organismo. ¡Tendrá que curarse durante un largo tiempo...!

Llegado ese momento se me trabó la lengua porque... ¡juro que en su mirada de gallina leí estupor claramente mezclado con ironía!

—Tengo la garganta cerrada —dijo el paciente.

—Pues sí, es a consecuencia de su enfermedad. También la erupción en el pecho... Mírese el pecho...

El hombre bajó los ojos y miró. La chispa de la ironía no se apagó en ellos.

—Lo que quiero es curarme de la garganta —dijo.

«¿Por qué repetirá siempre lo mismo? —pensé, ya con cierta impaciencia—. ¡Yo le hablo de la sífilis y él insiste en la garganta!».

—Escúcheme —continué en voz alta—, la garganta es un asunto secundario. También la aliviaremos, pero lo esencial ahora es curar su enfermedad. Tendrá que someterse a un tratamiento largo, unos dos años.

En ese momento el paciente abrió desmesuradamente los ojos hacia mí. En ellos pude leer mi sentencia: «¡Te has vuelto loco, doctor!».

—¿Por qué tanto tiempo? —preguntó el paciente—. ¿¡Cómo dos años!? Lo que yo necesito es algo para hacer gárgaras...

Todo se encendió en mi interior. Comencé a hablar. Ya no tenía miedo de asustarle. ¡Oh, no! Al contrario, le insinué que incluso podría caérsele la nariz. Conté a mi paciente lo que le esperaba en el futuro si no se curaba como era debido. Le expliqué cuán contagiosa era la sífilis y le hablé largamente de los platos, las cucharas y las tazas, y de la importancia de que tuviera una toalla exclusivamente para él...

—¿Está usted casado? —pregunté.

—Sí —respondió con asombro el paciente.

—¡Envíeme de inmediato a su mujer! —dije con agitación y apasionamiento—. Seguramente también ella está enferma.

—¿Mi mujer? —preguntó el paciente, y se quedó mirándome con gran estupor.

Y así continuamos nuestra conversación. El, parpadeando, miraba mis pupilas y yo las suyas. En realidad no era una conversación sino un monólogo mío. Un brillante monólogo por el que cualquier profesor habría puesto la nota más alta a un estudiante de último curso. Descubrí en mí enormes conocimientos en el campo de las enfermedades venéreas y una agilidad mental poco común. Esta última llenaba los puntos negros, esos lugares en donde faltaban líneas en los manuales rusos o alemanes. Le conté lo que ocurría con los huesos de un sifilítico que no sigue el tratamiento y de paso le describí la parálisis progresiva. ¡La descendencia! ¡¿Cómo salvar a la esposa?! O si ésta ya se había contagiado, lo cual era más que probable, cómo curarla.

Finalmente se agotó mi elocuencia y con un movimiento tímido saqué del bolsillo un vademécum de cubiertas rojas con letras doradas. Era mi amigo fiel, del cual no me había separado durante los primeros pasos de mi difícil camino. ¡Cuántas veces me había sacado de apuros cuando los problemas relacionados con las recetas abrían un negro abismo ante mí! A escondidas, mientras el paciente se vestía, hojeé las páginas del libro y encontré lo que necesitaba.

Ungüento de mercurio, un remedio magnífico.

—Usted mismo se lo aplicará. Le darán seis paquetitos de unguento. Deberá untarse un paquete cada día..., así...

Con claridad y entusiasmo le mostraba cómo debía aplicarlo, y yo mismo me untaba sobre la bata con la mano vacía...

—... Hoy en el brazo, mañana en la pierna, luego en el brazo, en el otro. Cuando se lo haya puesto seis veces, lávese y venga a verme. Es indispensable. ¿Me escucha? ¡Indispensable! ¡Sí! Y además debe vigilar cuidadosamente sus dientes, y en general su boca, mientras esté en tratamiento. Le daré un enjuague. Después de comer es necesario enjuagarse...

—¿Y la garganta? —preguntó el paciente con voz ronca. En ese momento me di cuenta de que sólo la palabra «enjuague» había logrado animarlo.

—Sí, sí, también la garganta.

Unos minutos después, la espalda amarilla de la pelliza desaparecía detrás de la puerta y a su encuentro venía una cabeza de mujer envuelta en un pañuelo.

Transcurrieron unos minutos todavía y, cuando a toda prisa me dirigía en busca de cigarrillos por el corredor que va de mi consultorio a la farmacia, oí un ronco murmullo:

—No es bueno. Es joven. Le digo que tengo la garganta cerrada, ¿comprendes?, y

él no hace más que revisarme, revisarme... El pecho, el estómago... ¡Con las mil cosas que tengo que hacer y pierdo medio día en el hospital! Cuando salga de aquí ya se habrá hecho de noche. ¡Oh, Dios! Me duele la garganta y él me da un ungüento para las piernas.

—Revisa sin atención, sin atención —confirmó una voz de mujer un poco temblorosa, y de pronto guardó silencio. Yo acababa de pasar, como una aparición, con mi bata blanca. No pude resistir, miré y en la semioscuridad reconocí aquella barbita como de estopa, los párpados hinchados y los ojos de gallina. También reconocí la voz amenazadoramente ronca. Metí la cabeza entre los hombros, me encogí como si fuera culpable, y desaparecí sintiendo con claridad una herida viva en el alma. Estaba aterrorizado.

¿Acaso todo habrá sido en vano?

...¡No puede ser! Durante un mes, con la atención de un detective, cada mañana revisaba el libro de registros del consultorio esperando encontrar el apellido de la esposa de aquel que tan atentamente había escuchado mi monólogo sobre la sífilis. Un mes entero le esperé también a él. Pero ninguno de los dos llegó. Un mes más tarde su recuerdo se había desvanecido, había dejado de inquietarme, lo había olvidado...

Cada día llegaban más y más pacientes; cada día de trabajo en aquel remoto lugar me deparaba casos asombrosos, cuestiones complicadas que me obligaban a reflexionar hasta agotar mi cerebro, o me confundían por centésima vez, o me hacían recobrar el ánimo y lanzarme de nuevo al combate.

Ahora, después de que han transcurrido ya muchos años, lejos de aquel blanco hospital descascarado, recuerdo la erupción estrellada en el pecho de aquel paciente. ¿Dónde está? ¿Qué hace? Ah, lo sé, lo sé. Si todavía está vivo, de vez en cuando va con su esposa al viejo hospital. Se quejan de tener llagas en las piernas. Lo veo desatarse las vendas en busca de compasión. Y un médico joven, hombre o mujer, vestido con una blanca bata remendada, se inclina hacia las piernas, aprieta con el dedo el hueso que está más arriba de la llaga, busca la causa. La encuentra y escribe en el registro: «Lúes III», luego pregunta al paciente si no le han recetado un ungüento negro.

Y entonces, de la misma manera que yo le recuerdo ahora, él se acordará de mí, del año 17, de la nieve en el exterior y de los seis paquetitos de papel encerado, seis bolitas pegajosas que no fueron utilizadas.

—Sí, sí, me lo han recetado —dirá él, y mirará al médico, pero no con ironía, sino con una inquietud oscura en los ojos. El médico le recetará yoduro de potasio, o quizá algún otro tratamiento. O quizá, de la misma manera que lo hice yo, consulte el vademécum... ¡Saludos, colega!

«... y también, queridísima esposa, una profunda reverencia de mi parte al tío Safrón Ivánovich. Además, querida esposa, vaya a ver a nuestro médico y haga que la examine, ya que desde hace seis meses padezco una mala enfermedad, la sífilis. Cuando estuve en casa no se lo dije. Siga un tratamiento.

Su esposo, AN BÚKOV»

La joven mujer se tapó la boca con la punta de un pañuelo de bayeta, se sentó en el banco y se estremeció por el llanto. Los rizos de sus claros cabellos, húmedos por la nieve que se había derretido, le cayeron sobre la frente.

—¡Es un canalla! ¿Verdad? —exclamó.

—Un canalla —contesté con firmeza.

Luego llegó el momento más difícil y doloroso. Era necesario tranquilizarla. ¿Pero cómo tranquilizarla? Estuvimos hablando en voz muy queda largo rato, bajo el rumor de las voces de quienes aguardaban con impaciencia en la sala de espera...

En algún lugar del fondo de mi alma, que aún no se había vuelto insensible al dolor humano, encontré palabras de consuelo. Ante todo traté de quitarle el miedo. Le dije que aún no sabíamos nada y que no debía abandonarse a la desesperación antes de haber efectuado el examen médico. Pero que tampoco después del examen debía desesperarse: le relaté con cuánto éxito curábamos esa terrible enfermedad, la sífilis.

—Canalla, canalla —sollozó la joven mujer, ahogándose por las lágrimas.

—Canalla —repetí.

Así, durante un buen rato continuamos insultando al «querido esposo» que había estado en casa y luego había vuelto a Moscú.

Finalmente el rostro de la mujer comenzó a secarse. Quedaron tan sólo manchas y unos párpados visiblemente hinchados sobre los ojos negros y llenos de desesperación.

—¿Qué voy a hacer? Tengo dos hijos —dijo ella con voz profunda y dolorida.

—Espere, espere —murmuré—, ya se verá lo que se puede hacer.

Llamé a Pelagueia Ivánovna, la comadrona, y los tres entramos en una sala aparte, donde estaba el sillón ginecológico.

—Ah, sinvergüenza, sinvergüenza —dijo entre dientes Pelagueia Ivánovna. La mujer callaba, sus ojos eran como dos agujeros negros, miraba el atardecer a través de la ventana.

Fue una de las revisiones más cuidadosas de mi vida. Pelagueia Ivánovna y yo no dejamos sin examinar ni un centímetro del cuerpo. Y no encontramos nada sospechoso en ninguna parte.

—¿Sabe? —dije deseando ardientemente que mis esperanzas no me engañaran, que en ningún lugar apareciera en el futuro un claro y amenazador primer chancro—,



¿sabe...? ¡Tranquilícese! Hay esperanza. La hay. Es cierto que todo puede suceder, pero en este momento usted no tiene nada.

—¿Nada? —preguntó con voz ronca la mujer—. ¿Nada? —En sus ojos brilló una chispa y un color rosado tiñó sus pómulos—. ¿Y si de pronto aparece? ¿Eh...?

—Yo mismo no comprendo —le dije en voz baja a Pelagueia Ivánovna—, a juzgar por lo que nos ha contado, debería haberse contagiado y sin embargo no hay nada.

—No hay nada —repitió como un eco Pelagueia Ivánovna.

Continuamos hablando unos minutos en voz baja con la mujer sobre distintos plazos y diversos asuntos íntimos; le ordené que volviera periódicamente al hospital.

En ese momento, al mirar a la mujer, me di cuenta de que estaba dividida en dos. La esperanza se introducía en ella, pero se apagaba de inmediato. La mujer se echó nuevamente a llorar y se marchó como una sombra oscura. Desde aquel momento una espada pendía sobre ella. Cada sábado aparecía silenciosamente en mi consultorio. Había adelgazado mucho, sus pómulos eran aún más salientes, sus ojos se habían hundido y estaban rodeados de sombras. Un pensamiento obsesivo había estirado las comisuras de sus labios hacia abajo. Ella, con un gesto habitual, se desataba el pañuelo y luego los tres íbamos a la sala de ginecología. La examinábamos.

Pasaron los primeros tres sábados sin que encontráramos nada en ella. Poco a poco la mujer comenzó a recuperarse. El brillo apareció en sus ojos, su rostro se animó, la tensa máscara se relajó. Nuestras oportunidades crecían. El peligro se desvanecía. Al cuarto sábado yo hablaba ya con cierta seguridad. Podía contar casi con el noventa por ciento de posibilidades de un resultado favorable. Había pasado ampliamente el famoso primer plazo de veintiún días. Sólo quedaban casos aislados en los que la llaga se desarrolla con enorme retraso. Finalmente pasaron también esos plazos, y un día, después de arrojar a la palangana el brillante espejo y después de palpar por última vez las glándulas de la mujer, le dije:

—Está usted fuera de todo peligro. No venga más. Ha sido un caso afortunado.

—¿No pasará nada? —preguntó ella con voz inolvidable.

—Nada.

No podría describir su rostro. Solamente recuerdo cómo hizo una profunda reverencia y desapareció.

Pero volvió una vez más. Llevaba en las manos un paquete: dos libras de mantequilla y dos docenas de huevos. Después de una terrible lucha, logré no aceptar ni los huevos ni la mantequilla. Y me sentía muy orgulloso debido, seguramente, a mi juventud. Más tarde, cuando tuve que pasar hambre durante los años de la revolución, más de una vez me acordé de la lámpara de petróleo, los ojos negros y el dorado trozo de mantequilla con las huellas de los dedos y cubierto de rocío.

¿Por qué ahora, después de que han transcurrido tantos años, me acuerdo de aquella mujer condenada a cuatro meses de terror? Hay una razón. Esa mujer fue mi segundo paciente en ese campo, al que más tarde entregué mis mejores años. El primero fue aquél, el hombre de la erupción estrellada en el pecho. Así pues, ella fue la segunda y la única excepción: esa mujer tenía miedo. Fue la única que hizo perdurar en mi memoria el recuerdo del trabajo de nosotros cuatro (Pelagueia Ivánovna, Ana Nikoláievna, Demián Lukich y yo), a la luz de una lámpara de petróleo.

Fue en esa época, mientras transcurrían los torturantes sábados de aquella mujer que estaba como en espera del cadalso, cuando comencé a buscarla a «ella». Las veladas otoñales son largas. En mi apartamento hacía calor a causa de las estufas holandesas. Reinaba el silencio y me parecía estar solo en el mundo entero, solo con mi lámpara. En algún lugar la vida transcurría impetuosa, pero aquí, detrás de mi ventana, caía una lluvia oblicua que imperceptiblemente se iba convirtiendo en nieve silenciosa. Pasé largas horas leyendo los registros del consultorio de los cinco últimos años. Desfilaban ante mis ojos miles y decenas de miles de nombres de personas y de aldeas. En esas columnas de personas, la buscaba y a menudo la encontraba. Una y otra vez se repetían las anotaciones comunes, aburridas: «Bronquitis», «Laringitis»... Pero, de pronto, ¡allí estaba ella!, «Lúes III». Bien... Y, a un lado, una mano habituada había escrito con grandes letras:

Rp. Ung. hidrarg. ciner. 3,0 D.t.d...

Ese era el unguento «negro».

Una vez más. De nuevo bailan ante mis ojos las bronquitis y los catarros y de pronto se interrumpen... Aparece de nuevo «Lúes»...

La mayoría de las anotaciones se refería precisamente a un «Lúes» en su período secundario. Con menor frecuencia se encontraban del terciario. Pero entonces las palabras «yoduro de potasio», escritas con grandes letras, ocupaban la columna destinada al «tratamiento».

Cuanto más leía los viejos y enmohecidos registros del ambulatorio, olvidados en el desván, más luz penetraba en mi inexperta cabeza. Comencé a comprender cosas monstruosas.

Pero ¿dónde están las anotaciones sobre el chancro primario? No las veo. Aparece una de vez en cuando entre miles y miles de nombres. En cambio hay interminables filas de sífilis secundaria. ¿Qué significa eso? Eso significa lo siguiente...

—Eso significa —me decía, en medio de las sombras, a mí mismo y a los ratones que roían los viejos lomos de los libros en las estanterías del armario—, eso significa que en este lugar no tienen idea de lo que es la sífilis y que esa llaga no asusta a nadie. Sí. La llaga sana sola. Queda la cicatriz... Y nada más. ¿Y nada más? ¡Cómo

nada más! Se desarrolla, impetuosamente por lo demás, una sífilis secundaria. Cuando le duele la garganta y en su cuerpo han aparecido pápulas húmedas, entonces Semión Jótov, de treinta y dos años, va al hospital y le recetan el ungüento negro... ¡Ajá...!

Un círculo de luz se reflejaba sobre la mesa, y la mujer color chocolate que estaba dibujada en el fondo del cenicero, había desaparecido bajo una montaña de colillas.

—Encontraré a ese Semión Jótov. Hmm...

Crujían las amarillentas hojas de los registros del consultorio. El 17 de junio de 1916 Semión Jótov recibió seis paquetitos de ungüento curativo de mercurio, que había sido inventado hacía ya mucho tiempo para la salvación de Semión Jótov. Sé que mi predecesor le dijo a Semión al entregarle el ungüento:

—Semión, cuando te lo hayas untado seis veces, lávate y ven nuevamente. ¿Me oyes, Semión?

Semión, por supuesto, hacía reverencias y agradecía con voz ronca. Ahora veamos: diez o doce días más tarde Semión debería reaparecer, inevitablemente, en el registro. A ver, veamos, veamos... Humo, las hojas crujen. ¡Oh, no está, no está Semión! No está ni diez días más tarde, ni veinte... No está. Pobre Semión Jótov. Significa que la erupción estrellada había desaparecido igual que desaparecen las estrellas al amanecer. Los condilomas se habían secado. Morirá, irremediablemente morirá Semión Jótov. Quizá algún día lo vea en mi consultorio, ya con úlceras gomosas. ¿Estarán intactos los huesos de su nariz? ¿Serán iguales sus pupilas? ¡Pobre Semión!

Pero ahora ya no es Semión, ahora es Iván Kárpov. Nada extraño. ¿Por qué no había de enfermar Kárpov, Iván? Sí, pero... ¿por qué le han recetado calomel mezclado con lactosa, en pequeñas dosis? Aquí está el porqué: ¡Iván Kárpov tiene dos años! ¡Y padece «Lúes II»! ¡Una fatal cifra dos! Trajeron a Iván Kárpov cubierto de estrellas y mientras estaba en brazos de su madre intentaba defenderse de las firmes manos del médico. Ahora todo está claro.

Yo sé, intuyo, he comprendido en dónde pudo aparecer en este niño de dos años la llaga primaria, sin la cual no puede existir una secundaria. ¡En la boca! Se contagió por una cucharilla.

¡Instrúyeme, remoto lugar de provincias! ¡Instrúyeme, quietud de la casa campesina! Sí, un viejo registro de consultorio puede revelar muchas cosas a un médico joven.

Un poco más arriba del nombre de Iván Kárpov, estaba escrito:

«Advotia Kárpova, 30 años».

¿Quién es? Ah, está claro. La madre de Iván. El niño lloraba precisamente en sus brazos.

Y más abajo:

«Maria Kárpova, 8 años».

Y ella, ¿quién es? ¡La hermana! Calomel...

Toda la familia está presente. Solamente falta una persona: Kárpov, de 35-40 años... no se sabe siquiera cómo se llama: Sidor, Piotr. ¡Pero eso nada importa!

«... queridísima esposa... una mala enfermedad: la sífilis...».

Allí tenemos el documento. Mi mente se iluminaba. Sí, seguramente llegó del maldito frente y «no dijo nada» o, quizá, ni siquiera sabía que debía decir algo. Se marchó. Y aquí comenzó todo. Después de Advotia, Maria; después de Maria, Iván. Una olla común con la sopa, una misma toalla...

Otra familia. Y otra más. He aquí a un anciano de setenta años. «Lúes II». Un anciano. Pero ¿qué culpa tiene? Ninguna. ¡La olla común! Nada que ver con el sexo, nada. Todo está claro. Tan claro y blanquecino como los amaneceres de los primeros días de diciembre. Pasé mi solitaria noche estudiando los registros del consultorio y los magníficos manuales alemanes con espléndidas ilustraciones.

Cuando me dirigía a mi dormitorio, bostezando, murmuré:

—Lucharé contra «ella».

Para luchar contra ella es necesario verla. Y no se hizo esperar. En cuanto se pudieron utilizar los trineos, venían a verme hasta cien pacientes en un día. El día despuntaba blanco y nebuloso y terminaba con una negra bruma en el exterior de la cual, crujiendo, se alejaban misteriosamente los últimos trineos.

Ella pasaba ante mis ojos adoptando las formas más diversas y pérfidas. Unas veces aparecía en forma de llagas blanquecinas en la garganta de una adolescente. Otras en forma de piernas curvas como un sable. O como profundas y secas llagas en las piernas amarillentas de una anciana. O como pápulas húmedas en el cuerpo de una mujer en la flor de la edad. A veces, ceñía orgullosamente la frente con la media luna de la corona de Venus. Era el castigo que, por la ignorancia de los padres, debían sufrir los hijos, cuyas narices parecían sillas de montar cosacas. Pero, además, en ocasiones pasaba sin que yo la percibiera. ¡Ah, hacía tan poco que yo había dejado los pupitres de la escuela!

Todo debía alcanzarlo por mis propios medios y en soledad. Ella se ocultaba en algún lugar, en los huesos o en el cerebro.

Aprendí muchas cosas.

—Y entonces me ordenaron que me hiciera fricciones.

—¿Con un unguento negro?

—Con un unguento negro, padrecito, negro...

—¿Fricciones en cruz? ¿Hoy en el brazo, mañana en la pierna...?

—Eso mismo. ¿Y cómo lo ha sabido, patrón? (En tono halagüeño).

«¿Cómo no saberlo? Ah, cómo no saberlo. Allí está, ¡es la goma...!».

—¿Has tenido alguna enfermedad mala?

—¡Pero cómo se le ocurre! En nuestra familia jamás hemos oído hablar siquiera de esas cosas.

—Bueno... ¿Te ha dolido la garganta?

—La garganta. Sí, me dolía la garganta. El año pasado.

—Ajá... ¿Y Leonti Leóntievich te dio el ungüento?

—¡Sí! Era negro como el alquitrán.

—Pues lo has utilizado muy mal. ¡Ah, muy mal...!

Repartí innumerables kilos de ungüento gris. Receté mucho, muchísimo yoduro de potasio y no escatimé palabras apasionadas. Conseguí que algunos pacientes volvieran después de las primeras seis aplicaciones. Con algunos de ellos logré (aunque no con todos, sí con una gran parte) realizar aunque sólo fuera los primeros tratamientos con inyecciones. Pero la mayoría se escapaba de entre mis dedos, como la arena en un reloj, y yo no podía encontrarlos en la oscuridad nevada. Sí, me había convencido de que aquí la sífilis era terrible precisamente porque a nadie la parecía terrible. Por eso al comienzo de mi narración recordé a la mujer de los ojos negros. La recordé con una especie de cálido respeto justamente por su miedo. ¡Fue la única!

Había madurado, me había vuelto pensativo, a veces incluso sombrío. Soñaba con el día en que, tras terminar mi servicio, podría regresar a la ciudad universitaria, donde mi lucha sería menos difícil.

Uno de aquellos oscuros días entró en mi consultorio una mujer joven y hermosa. Llevaba en brazos a un bebé envuelto. Detrás de ella entraron dos niños arrastrando sus enormes botas de fieltro y sujetándose de la falda azul que aparecía por debajo del abrigo de pieles de la mujer.

—Los niños están cubiertos de una erupción —dijo con aire de importancia la mujer de rojas mejillas.

Toqué con cuidado la frente de la niña que todavía se sujetaba de la falda de su madre. Ella se ocultó completamente detrás de los pliegues. Por el otro lado de la falda pesqué al extraordinariamente mofletudo Vanka. También lo toqué. Ninguno de los dos tenía fiebre.

—Desviste a uno de los dos, querida.

Desvistió a la niña. Su cuerpecito desnudo estaba tan cubierto de estrellas como el cielo de una fría noche de invierno. La roséola y las pápulas húmedas iban de los pies a la cabeza. Vanka intentó zafarse y ponerse a gritar. Demián Lukich llegó en mi ayuda...

—¿Será un resfriado? —dijo la madre, mirando con ojos tranquilos.

—Bah, un resfriado —refunfuñó Demián Lukich, frunciendo la boca en un gesto de compasión y de asco al mismo tiempo—. Todo el distrito de Korobovski tiene este

resfriado.

—Pero ¿de dónde nos viene esto? —preguntó la madre, mientras yo examinaba sus costados y su pecho llenos de manchas.

—Vístete —le dije.

Me senté al escritorio, apoyé la cabeza en las manos y bostecé (ella había sido uno de los últimos pacientes, tenía el número 98). Luego comencé a hablar.

—Tus hijos y tú os habéis contagiado de una «enfermedad mala». Una enfermedad peligrosa y terrible. Debéis comenzar ahora mismo a curaros y tendréis que hacerlo durante largo tiempo.

Es una lástima que con palabras no se pueda describir la incredulidad que apareció en los ojos azules de aquella mujer. Giró al bebé como si fuera un tronco, miró con expresión tonta sus piernecitas y preguntó:

—¿De dónde viene esto?

Luego sonrió forzosamente.

—No importa de dónde venga —repuse yo, encendiendo el quincuagésimo cigarrillo de ese día—, más bien deberías preguntar qué ocurrirá con tus hijos si no los curas.

—¿Qué? No pasará nada —respondió ella, y comenzó a envolver al bebé en los pañales.

Sobre el escritorio, ante mis ojos, había un reloj. Recuerdo, como si hubiera sido hoy, que hablé con ella no más de tres minutos y la mujer se puso a llorar. Sus lágrimas me alegraron mucho porque sólo gracias a ellas, suscitadas por mis palabras intencionadamente duras y alarmantes, fue posible continuar la conversación:

—Así es que os quedáis. Demián Lukich, alójelos en el pabellón. A los enfermos de tifus los acomodaremos en la segunda sala. Mañana iré a la ciudad y conseguiré la autorización para abrir una sección permanente para los enfermos de sífilis.

Un gran interés apareció en los ojos del enfermero.

—Pero doctor —replicó (era un gran escéptico)—, ¿cómo nos las arreglaremos solos? ¿Y los preparados? No tenemos suficientes enfermeras... ¿Y quién hará la comida? ¿Y la vajilla? ¿Y las jeringuillas?

Pero yo moví la cabeza testarudamente y repliqué:

—Lo conseguiré.

Transcurrió un mes...

En las tres habitaciones del pabellón cubierto de nieve ardían las lámparas con pantallas de lata. Las sábanas de las camas estaban rotas. Sólo teníamos dos jeringuillas. Una pequeña de un gramo y otra de cinco.

En suma, era una terrible pobreza cubierta de nieve. Pero... orgullosamente yacía por separado la jeringuilla con ayuda de la cual, mentalmente paralizado por el miedo, había puesto unas cuantas veces las inyecciones de salvarsán, nuevas para mí,

enigmáticas y difíciles.

Además mi alma estaba mucho más tranquila: en el pabellón había siete hombres y cinco mujeres, y día a día la erupción estrellada se desvanecía ante mis ojos.

Era de noche. Demián Lukich sostenía en la mano una pequeña lámpara e iluminaba al tímido Vanka. Su boca estaba sucia de papilla. Pero ya no tenía estrellas. Los cuatro pasaron bajo la lámpara, acariciando mi conciencia.

—¿Me dejará salir mañana? —preguntó la madre arreglándose la blusa.

—No, todavía no es posible —contesté yo—, tendréis que soportar un tratamiento más.

—Pues no le doy mi consentimiento —respondió ella—, tengo muchísimo trabajo en casa. Le agradezco la ayuda, pero déjeme salir mañana. Ya estamos sanos.

—Tú... ¿sabes qué...? —comencé a decir, y sentí que enrojecía—, ¿sabes...? ¡Eres una estúpida!

—¿Por qué me insulta? No está bien...

—¡Llamarte estúpida es poco...! ¡Mira a Vanka! ¿Qué quieres? ¿Quieres que se muera? ¡No te lo permitiré!

Y se quedó diez días más.

¡Diez días! Nadie hubiera podido retenerla más tiempo. Lo juro. Pero mi conciencia estaba tranquila, ni siquiera la palabra «estúpida» me inquietaba. No me arrepiento. ¡Qué es un insulto al lado de la erupción estrellada!

Así pues, pasaron los años. Hace ya mucho tiempo que el destino y los borrascosos años me alejaron de aquel pabellón cubierto de nieve. ¿Quién está ahora allí? ¿Cómo van las cosas? Pienso que todo irá mejor. Quizá hayan pintado el edificio y la ropa de cama sea nueva. Naturalmente, no habrá electricidad. Es probable que en este momento, mientras escribo estas líneas, la cabeza de un médico joven se incline sobre el pecho de un enfermo. La lámpara de petróleo proyecta su luz sobre la piel amarillenta...

¡Saludos, colega!

# TINIEBLAS EGIPCIAS

¿Dónde se ha metido todo el mundo el día de mi cumpleaños? ¿Dónde están los faroles eléctricos de Moscú? ¿La gente? ¿El cielo? ¡Detrás de las ventanas no hay nada! Tinieblas...

Estamos aislados de la gente. Los primeros faroles de petróleo se encuentran a nueve verstas de nosotros, en la estación del ferrocarril. Seguramente allí parpadea un farolillo que poco a poco se extingue a causa de la tormenta. A medianoche pasará aullando el tren rápido que va a Moscú y ni siquiera se detendrá: no le hace falta una estación olvidada, sepultada bajo la nieve. Apenas la registrará...

Los primeros faroles eléctricos están a cuarenta verstas, en la capital del distrito. Allí la vida es dulce. Hay un cine, almacenes. Al mismo tiempo, mientras la tormenta aquí aúlla y deja caer la nieve sobre los campos, en la pantalla flota una caña, se mecen las palmeras, parpadea una isla tropical...

Nosotros estamos solos.

—Tinieblas egipcias —observó el enfermero Demián Lukich levantando la cortina.

El enfermero se expresa con solemnidad, pero con mucha exactitud. Justamente: egipcias.

—Tome una copa más —le invité. (¡Ah, no me juzguéis! Nosotros, el médico, el enfermero y las dos comadronas, ¡también somos seres humanos! Durante meses no vemos a nadie, excepto a cientos de enfermos. Trabajamos, estamos enterrados bajo la nieve. ¿Acaso no podemos bebernos dos copas de alcohol mezclado con agua y acompañarlas con sardinas de la región el día del cumpleaños del médico?).

—¡A su salud, doctor! —dijo conmovido Demián Lukich.

—¡Le deseamos que se acostumbre a estar entre nosotros! —dijo Ana Nikoláievna, y mientras hacía chocar su copa con la mía, se arreglaba su vestido de gala.

La segunda comadrona, Pelagueia Ivánovna, también chocó conmigo su copa, bebió y de inmediato se puso en cuclillas y removió la estufa con el atizador. Un cálido brillo se agitó en nuestros rostros. Nuestros pechos se calentaban por el vodka.

—De verdad que no comprendo —dije excitadamente mientras miraba la nube de chispas que levantaba el atizador— qué hizo esa mujer con la belladona. ¡Es terrible!

La sonrisa apareció en los rostros del enfermero y de las comadronas.

El asunto era el siguiente. Ese día, durante la consulta de la mañana, entró en mi consultorio una sonrosada campesina de unos treinta años. Hizo una reverencia ante el sillón ginecológico que estaba a mi espalda, sacó de su seno un frasco de boca



ancha y dijo en tono halagüeño:

—Gracias, ciudadano doctor, por las gotas. ¡Me han ayudado tanto, tanto...! Déme otro frasquito.

Cogí de sus manos el frasco vacío, miré la etiqueta y la vista se me nubló. En la etiqueta estaba escrito, con la amplia caligrafía de Demián Lukich: «Tinct. Belladonn...», etcétera. «16 de diciembre de 1917.»

En otras palabras, yo le había recetado a la mujer una dosis respetable de belladona y hoy, día de mi cumpleaños, 17 de diciembre, la mujer volvía con el frasco vacío y la petición de que se le repitiera la dosis.

—Tú..., tú..., ¿te lo tomaste todo ayer? —pregunté con voz asombrada.

—Todo, padrecito querido, todo —dijo la campesina con voz cantarina—; que Dios te dé salud por estas gotas..., medio frasquito en cuanto llegué, y medio frasquito cuando me acosté a dormir. Como mano de santo...

Me apoyé en el sillón ginecológico.

—¿Cuántas gotas te dije que tomaras? —exclamé con voz ahogada—. Cinco gotas... ¿Qué has hecho, mujer? Qué has..., yo te...

—¡Le juro que las tomé! —dijo la campesina pensando, quizá, que yo no la creía y suponía que se había curado sin mi belladona.

Sujeté sus mejillas sonrosadas con mis manos y examiné las pupilas. Pero las pupilas estaban perfectamente. Bastante bonitas y completamente normales. El pulso de la mujer también estaba bien. En definitiva, no presentaba ningún síntoma de envenenamiento por belladona.

—¡No puede ser...! —dije, e inmediatamente grité—: ¡¡¡Demián Lukich!!!

Demián Lukich, con su bata blanca, emergió del corredor de la farmacia.

—¡Contemple, Demián Lukich, lo que esta buena mujer ha hecho! No entiendo nada...

La mujer giraba asustada la cabeza, comprendiendo que era culpable de algo.

Demián Lukich se apoderó del frasco, lo olió, lo hizo girar en sus manos y dijo con severidad:

—Querida, mientes. ¡No has tomado la medicina!

—Le ju... —comenzó a decir la mujer.

—Mujer, no nos engañes —dijo Demián Lukich, torciendo con severidad la boca—, comprendemos todo perfectamente bien. Confiesa, ¿a quién has curado con esas gotas?

La campesina levantó sus pupilas normales hacia el techo esmeradamente blanqueado y se santiguó.

—Que me...

—Basta, basta... —refunfuñó Demián Lukich, y se dirigió a mí—: Ellas, doctor, hacen lo siguiente. Cualquier artista como ésta va a la clínica, le recetan una medicina

y luego, cuando llega a la aldea, convida a todas las campesinas.

—Pero qué dice usted, ciudadano enfer...

—¡Basta! —interrumpió tajante el enfermero—. Llevo aquí más de siete años. Lo sé. Naturalmente ha repartido las gotas por todas las casas de la aldea —dijo, dirigiéndose nuevamente a mí.

—Déme más de esas gotitas —pidió de manera enternecedora la campesina.

—No, mujer —le contesté, y me sequé el sudor de la frente—; ya no tendrás que curarte con esas gotas. ¿Estás mejor del estómago?

—¡Me he curado como por milagro...!

—Bien, magnífico. Te recetaré otras gotitas, también muy buenas.

Receté valeriana a la campesina, que, desilusionada, se marchó.

De este caso hablábamos en mi apartamento el día de mi cumpleaños, cuando en el exterior colgaban, como una pesada cortina, las tinieblas egipcias.

—Lo que pasa es que —dijo Demián Lukich, masticando delicadamente el pescado en aceite—, lo que pasa es que nosotros ya estamos habituados a este lugar. En cambio usted, doctor, después de la universidad, después de la capital, tiene que acostumbrarse mucho, muchísimo. ¡Es un lugar muy alejado!

—¡Ah, un lugar muy alejado! —replicó como un eco Ana Nikoláievna.

La tormenta bramó en alguna parte de las chimeneas, se oyó detrás de la pared. Un reflejo púrpura caía sobre la hoja metálica que estaba junto a la estufa. ¡Bendito sea el fuego que abriga al personal médico en este alejado lugar!

—¿Ha oído hablar de su antecesor, Leopold Leopóldovich? —preguntó el enfermero, y después de ofrecer delicadamente un cigarrillo a Ana Nikoláievna encendió el suyo.

—¡Era un doctor maravilloso! —exclamó con entusiasmo Pelagueia Ivánovna, mirando con ojos brillantes el agradable fuego. Una peineta de gala, con piedras falsas, se encendía y se apagaba en sus cabellos negros.

—Sí, una personalidad extraordinaria —confirmó el enfermero—. Los campesinos lo adoraban. El sabía cómo tratarlos. ¿Liponti debía hacer una operación? ¡Ahora mismo! Porque en lugar de Leopold Leopóldovich ellos lo llamaban Liponti Lipóntievich. Creían en él. El sabía cómo hablar con ellos. Por ejemplo, una vez llegó al consultorio su amigo Fiódor Kosói, de Dúltsevo. Así así, dijo, Liponti Lipóntievich, tengo el pecho tapado, no puedo respirar. Además, parece que me arañan la garganta...

—Laringitis —dije maquinalmente, acostumbrado, después de un mes de enloquecida carrera, a los instantáneos diagnósticos campesinos.

—Exactamente. «Bien», le dice Liponti, «te voy a dar un medicamento. Estarás curado dentro de dos días. Aquí tienes unos emplastos de mostaza franceses. Te pegas uno en la espalda, entre las paletillas, y el otro en el pecho. Manténlos ahí durante

diez minutos y luego quítatelos. ¡En marcha! ¡Hazlo!». El campesino cogió los emplastos y se marchó. Dos días más tarde apareció en el consultorio.

»“¿Qué ocurre?”, le pregunta Liponti.

»Kosói contesta:

»“Pues resulta, Liponti Lipóntievich, que tus emplastos no me han ayudado en nada”.

»“¡Mientes!”, se indigna Liponti. “¡Los emplastos franceses no pueden no ayudar! Seguramente no te los has puesto”.

»“Cómo que no me los he puesto. Todavía los traigo puestos...”.

»Y al decir esto se vuelve de espaldas, ¡y tenía el emplasto pegado sobre la pelliza!

Solté una carcajada. Pelagueia Ivánovna reía y golpeaba con saña un tronco con el atizador...

—Usted dirá lo que quiera, pero eso es un chiste —dije—; ¡no puede ser verdad!

—¿¡Un chiste!? ¿¡Un chiste!? —exclamaron las comadronas, a cual más fuerte.

—¡No! —exclamó con enojo el enfermero—. Aquí, sabe usted, la vida toda está hecha de esos chistes... Aquí ocurren cosas como ésa...

—¡Y el azúcar! —exclamó Ana Nikoláievna—. ¡Cuéntenos lo del azúcar, Pelagueia Ivánovna!

Pelagueia Ivánovna cerró la estufa y comenzó a hablar, con la vista baja.

—Voy un día a ese mismo Dúltsevo a ver a una parturienta...

—Ese Dúltsevo es famoso —no pudo contenerse el enfermero, y añadió—: ¡Perdón! ¡Continúe, colega!

—Bien, como es natural, la examino —continuó la colega Pelagueia Ivánovna—, y siento bajo mis dedos algo incomprensible en el canal de parto... Algo que estaba suelto, una especie de trocitos... Era ¡azúcar refinado!

—¡Ese sí es un chiste! —hizo notar solemnemente Demián Lukich.

—Un momento..., no entiendo nada...

—¡La abuela! —replicó Pelagueia Ivánovna—. La curandera se lo había enseñado. Tendrá, le había dicho, un parto difícil. El bebé no quiere salir a este mundo de Dios. En consecuencia, hay que atraerlo. ¡Así que decidieron seducirlo con dulce!

—¡Qué horror! —dije.

—A las parturientas les dan a masticar cabellos —dijo Ana Nikoláievna.

—¡¿Para qué?!

—Quién sabe. Tres veces nos han traído parturientas así. Aquella pobre mujer estaba acostada y no hacía más que escupir. Tenía la boca llena de cerdas. Es por superstición. Creen que así el parto será más sencillo...

Los ojos de las comadronas brillaban por los recuerdos. Estuvimos largo rato

sentados junto al fuego, tomando té. Yo escuchaba sus relatos como embrujado. Contaban cómo, cuando era necesario llevar a la parturienta de la aldea al hospital, Pelagueia Ivánovna siempre iba detrás en su trineo por si cambiaban de opinión durante el camino y llevaban de nuevo a la parturienta a las manos de la comadrona de la aldea. Contaban cómo, en cierta ocasión, a una parturienta que tenía al bebé en una posición incorrecta, la colgaron del techo cabeza abajo, para que el niño se diera la vuelta. Contaban que una comadrona de la aldea de Korobovo, que había oído decir que los médicos hacen un corte en la bolsa de aguas, llenó de cortes la cabeza del bebé con un cuchillo de cocina, de tal forma que ni siquiera una persona tan famosa y hábil como Liponti pudo salvarle y menos mal que pudo salvar a la madre. Contaban cómo...

Hacía mucho tiempo que habíamos cerrado la estufa. Mis invitados se marcharon a su casa. Durante un rato vi cómo la ventana de la habitación de Ana Nikoláievna despedía una luz opaca que luego se apagó. Todo desapareció. Con la tormenta se mezcló una espesísima noche de diciembre y una cortina negra me ocultó el cielo y la tierra.

Yo paseaba de un lado a otro de mi gabinete; el suelo crujía bajo mis pasos, hacía calor gracias a la estufa holandesa y se oía roer en algún lugar a un diligente ratón.

«Pero no —pensaba yo—, lucharé contra las tinieblas egipcias durante todo el tiempo que el destino me mantenga en este lugar perdido. Azúcar refinado... ¡Qué os parece...!».

En mis sueños, nacidos a la luz de la lámpara cubierta por una pantalla verde, surgió la enorme ciudad universitaria y en ella una clínica, y en la clínica, una enorme sala, un suelo de azulejos, brillantes grifos, blancas sábanas esterilizadas, un asistente con una barba puntiaguda, muy sabia y canosa...

En momentos así un golpe en la puerta siempre inquieta, asusta. Me estremecí...

—¿Quién está ahí, Axinia? —pregunté, asomándome por la barandilla de la escalera interior (el apartamento del médico era de dos pisos: arriba estaban el gabinete y el dormitorio y abajo, el comedor, otra habitación —de finalidad desconocida— y la cocina, en la cual se alojaban Axinia, la cocinera, y su marido, el inamovible guardián de la clínica).

Resonó la pesada cerradura, la luz de una lámpara penetró y se balanceó en el piso de abajo. Entró una corriente de aire frío. Luego, Axinia me informó:

—Ha llegado un enfermo...

Yo, a decir verdad, me alegré. No tenía sueño y, como consecuencia del ruido del ratón y de los recuerdos, comenzaba a sentirme algo melancólico y solitario. Además un «enfermo» significaba que no era una mujer, es decir que no se trataba de lo peor: un parto.

—¿Puede caminar?

—Sí —contestó bostezando Axinia.

—Entonces que vaya al gabinete.

La escalera crujió durante largo rato. Subía un hombre sólido, de gran peso. Entretanto yo ya me había sentado detrás del escritorio, e intentaba que la vivacidad de mis veinticuatro años no se escapara del caparazón profesional del esculapio. Mi mano derecha sostenía el estetoscopio, como si fuera un revólver.

Una figura vestida con una pelliza de cordero y botas de fieltro entró con dificultad por la puerta. La figura tenía el gorro en las manos.

—¿Por qué viene usted tan tarde? —pregunté con enorme seriedad, para tranquilidad de mi conciencia.

—Perdone usted, ciudadano doctor —respondió la figura, con una voz baja, agradable y suave—, ¡la tormenta es una verdadera desgracia! He llegado tarde, pero qué se puede hacer; ¡discúlpeme, por favor!

«Un hombre educado», pensé con satisfacción. La figura me había gustado mucho e incluso la espesa barba pelirroja me había producido una buena impresión. Por lo visto aquella barba era objeto de un cierto cuidado. Su dueño no sólo la recortaba, sino que además le untaba alguna substancia que cualquier médico que hubiera pasado aunque sólo fuera un corto tiempo en la aldea podría distinguir sin dificultad: aceite vegetal.

—¿De qué se trata? Quítese la pelliza. ¿De dónde es usted?

La pelliza quedó como una montaña sobre la silla.

—La fiebre me tortura —contestó el enfermo, y me miró tristemente.

—¿La fiebre? ¡Ajá! ¿Viene usted de Dúltsevo?

—Exactamente. Soy molinero.

—¿Y cómo le atormenta la fiebre? ¡Cuénteme!

—Cada día, en cuanto dan las doce, comienza a dolerme la cabeza. Luego me sube la fiebre, me martiriza durante un par de horas y luego me deja.

«¡El diagnóstico está listo!», tintineó victoriosamente en mi cabeza.

—¿Y en las horas restantes no tiene nada?

—Tengo las piernas débiles...

—Ajá... ¡Desabróchese la ropa! Hmm... así.

Hacia el final del examen, el enfermo me había encantado. Después de las ancianas obtusas, de los adolescentes asustados que se apartan aterrados de la cucharilla de metal, después del asunto de la mañana con la belladona, mi ojo universitario descansaba en aquel molinero.

Las palabras del molinero eran sensatas. Además, resultó que sabía leer y escribir, e incluso cada uno de sus gestos estaba impregnado de respeto por mi ciencia favorita: la medicina.

—Bien, querido —dije dándole un golpecito en su amplio y cálido pecho—, usted

tiene malaria. Una fiebre intermitente... Ahora tengo toda una sala vacía. Le recomiendo que se interne. Le atenderemos como es debido. Comenzaré a curarle con polvos y, si eso no le ayuda, le inyectaremos. Tendremos éxito. ¿Eh? ¿Se internará...?

—¡Se lo agradezco profundamente! —contestó muy cortésmente el molinero—. Hemos oído hablar mucho de usted. Todos están contentos. Dicen que usted cura tan bien... Incluso estoy de acuerdo con las inyecciones, con tal de curarme.

«¡Vaya, este hombre es en verdad un rayo de luz en la oscuridad!», pensé, y me senté detrás del escritorio. El sentimiento que experimentaba en ese momento era tan agradable, que no parecía que fuera un molinero ajeno a mí quien había venido a visitarme en la clínica, sino mi hermano.

En una receta escribí:

Chinini mur. 0,5  
D.T. dos. N 10  
S. al molinero Judov  
un sobre a medianoche.

Y estampé una audaz firma.

En otra receta:

«¡Pelagueia Ivánovna! Reciba en la sala número 2 al molinero. Tiene malaria. Hay que darle un sobre de quinina, como es costumbre en estos casos, unas cuatro horas antes del ataque, es decir a la medianoche. ¡Ahí tiene usted una excepción! ¡Es un molinero con educación!».

Ya acostado en mi cama, recibí de las manos de la hosca y soñolienta Axinia la nota de respuesta:

«¡Querido doctor! Lo he hecho todo. Pel. Lbova».

Me quedé dormido.

... Y desperté.

—¿Qué pasa? ¿Qué? ¡¿Qué ocurre, Axinia?! —farfullé.

Axinia estaba de pie, cubriéndose recatadamente con una falda de lunares blancos sobre fondo oscuro. La vela alumbraba temblorosamente su rostro adormilado y agitado.

—Acaba de venir Maria. Pelagueia Ivánovna le ha ordenado que lo llamara a usted de inmediato.

—¿Qué ha sucedido?

—Dice que el molinero se está muriendo en la sala número 2.

—¿Qué?! ¿Se está muriendo? ¿Qué es eso de que se está muriendo!?

Mis pies descalzos sintieron de inmediato el suelo helado, al no dar con las zapatillas. Se me rompían las cerillas y tardé bastante en encender la llamita azulada de la lámpara... El reloj marcaba exactamente las seis.

«¿Qué ocurre...? ¿Qué ocurre? ¡¿Acaso no será malaria?! ¿Qué tendrá el molinero? El pulso era magnífico...».

Antes de cinco minutos, con los calcetines puestos al revés, la chaqueta sin abotonar, despeinado, con mis botas de fieltro, atravesé corriendo el patio, todavía completamente oscuro, y entré en la sala número 2.

Sobre una cama deshecha, junto a unas sábanas arrugadas, vestido tan sólo con la ropa de la clínica, estaba sentado el molinero. Le alumbraba una pequeña lámpara de petróleo. Su barba pelirroja estaba completamente despeinada y sus ojos me parecieron negros y enormes. El molinero se tambaleaba, como si estuviera borracho. Se observaba a sí mismo con horror, respiraba pesadamente...

La enfermera Maria, con la boca abierta, miraba el rostro púrpura oscuro del molinero.

Pelagueia Ivánovna, con la bata torcida y la cabeza descubierta, se lanzó a mi encuentro.

—¿Doctor! —exclamó con voz algo ronca—. ¡Le juro que no tengo la culpa! ¿Quién podía haberlo esperado? Usted mismo escribió que era una persona educada...

—¿Pero qué pasa?!

—¡Imagínese, doctor! ¡Se ha tomado los diez sobres de quinina de una sola vez! A medianoche.

Era un opaco amanecer de invierno. Demián Lukich recogía la sonda estomacal. Olía a aceite de alcanfor. La palangana que se encontraba en el suelo estaba llena de un líquido parduzco. El molinero yacía agotado y pálido, cubierto hasta el mentón por las sábanas. La barba pelirroja sobresalía erizada. Me incliné. Le tomé el pulso y me convencí de que el molinero había salido con bien.

—¿Cómo está? —le pregunté.

—Tengo tinieblas egipcias en los ojos... Oh... Oh... —contestó el molinero con una débil voz de bajo.

—¡Yo también! —contesté irritado.

—¿Cómo? —replicó el molinero (todavía me oía mal).

—Explícame una sola cosa, buen hombre: ¡¿por qué lo has hecho?! —le grité con fuerza en el oído.

Aquel sombrío y hostil bajo me respondió:

—Pensé que no valía la pena perder el tiempo tomando los sobres de uno en uno. Me los tomé todos juntos y asunto terminado.

—¡Es monstruoso! —exclamé.

—¡Un chiste! —respondió el enfermero, en una especie de cáustica modorra.

«Pero no..., lucharé. Lucharé... Yo...». Y se apoderó de mí un dulce sueño después de una noche difícil. Se extendió un velo de tinieblas egipcias... y en él me pareció verme a mí..., no sé si con una espada o con un estetoscopio. Camino... Lucho... En un lugar apartado. Pero no estoy solo. Conmigo camina mi ejército: Demián Lukich, Ana Nikoláievna, Pelagueia Ivánovna. Todos con batas blancas y siempre adelante, adelante...

—¡Qué cosa tan espléndida es el sueño...!



## UN OJO DESAPARECIDO

Así pues, había transcurrido un año. Justamente un año desde el momento en que llegué a esta misma casa. También entonces colgaba una cortina de lluvia detrás de las ventanas y también entonces las últimas hojas de los abedules se marchitaban melancólicamente. Parecía que nada había cambiado a mi alrededor. Pero yo sí había cambiado mucho. Decidí festejar, en la más completa soledad, esta noche de recuerdos...

Me dirigí por el crujiente suelo a mi dormitorio y me miré en el espejo. Sí, había una gran diferencia. Un año antes, en el espejo recién sacado de la maleta se había reflejado un rostro afeitado. En ese entonces, la raya a un lado adornaba la cabeza de veinticuatro años. Ahora la raya había desaparecido. Los cabellos estaban echados hacia atrás sin ninguna pretensión. Es imposible seducir a nadie con la raya en el pelo si te encuentras a treinta verstas de la línea del ferrocarril. Lo mismo en cuanto al afeitado: sobre mi labio superior se había establecido firmemente una franja que parecía un cepillo de dientes amarillento y duro y mis mejillas se habían vuelto como un rallador, de modo que si durante el trabajo sentía comezón en el antebrazo, era muy agradable rascármelo con la mejilla. Suele ocurrir así si en vez de tres veces a la semana te afeitas sólo una.

En alguna ocasión, en algún lugar..., no recuerdo en dónde..., leí algo acerca de un inglés que fue a parar a una isla desierta. Era un inglés muy interesante. Estuvo en esa isla hasta tener alucinaciones. Y cuando un barco se acercó y la lancha arrojó a los hombres salvavidas él —anacoreta— los recibió con disparos de revólver, creyendo que se trataba de un espejismo, de un engaño del desierto campo de agua. Pero ese inglés estaba afeitado. Cada día se afeitaba en la isla deshabitada. Recuerdo que este orgulloso hijo de Britania me produjo la más grande admiración. Cuando vine a este lugar, puse en mi maleta una maquinilla de afeitar Gillette, con una docena de hojas de recambio, una navaja y una brocha. Había decidido firmemente que me afeitaría cada tercer día, porque este lugar no era en nada inferior a una isla deshabitada.

Pero sucedió que, en cierta ocasión, un claro día del mes de abril, después de que yo hubiera colocado todos esos encantos ingleses bajo un dorado y oblicuo rayo de luz y hubiera dejado impecable mi mejilla derecha, irrumpió, trotando como un caballo, Egórich, calzado con unas enormes botas rotas, y me informó que una mujer estaba dando a luz en los matorrales del vedado, junto al riachuelo. Recuerdo que con la toalla me limpié la mejilla izquierda y salí a toda prisa acompañado de Egórich. Éramos tres los que corríamos hacia el riachuelo, turbio y crecido en medio de los

desnudos sotos de mimbres: la comadrona llevando las pinzas de torsión, un rollo de gasa y un frasco de yodo, yo con los ojos extraviados y saltones y, detrás, Egórich. Este, a cada cinco pasos, se sentaba en la tierra y, maldiciendo, arrancaba pedazos de su bota izquierda: se le había despegado la suela. El viento volaba a nuestro encuentro, el dulce y salvaje viento de la primavera rusa. La comadrona Pelagueia Ivánovna había perdido su pasador y sus cabellos recogidos en un moño se habían soltado y le golpeaban el hombro.

—¿Por qué demonios te bebes todo tu dinero? —farfullé al vuelo a Egórich—. Es una canallada. Eres el guardián de una clínica y vas vestido como un mendigo.

—Eso no es dinero —dijo Egórich haciendo rechinar con rabia los dientes—. Por veinte rublos al mes todo este sufrimiento... ¡Ah, maldita seas! —Egórich golpeaba el suelo con el pie como un furioso caballo trotón—. Dinero..., con eso no sólo no me alcanza para botas, ni siquiera para comer y beber...

—Beber, eso es lo principal para ti —dije con voz afónica, asfixiándome—, por eso vas tan desarrapado...

Junto al puente podrido se oyó un lastimero y débil gemido, que voló sobre el impetuoso torrente y se apagó. Llegamos corriendo y vimos a una mujer desgredada, que se retorció de dolor. El pañuelo se le había caído de la cabeza y los húmedos cabellos estaban pegados a su frente sudorosa. La mujer, en su sufrimiento, ponía los ojos en blanco y con las uñas desgarraba su pelliza. Una brillante sangre había salpicado la primera hierba verde, clara y pálida, que había brotado en la tierra fértil y embebida de agua.

—No alcanzó a llegar, no alcanzó a llegar —dijo apresuradamente Pelagueia Ivánovna mientras ella misma, con la cabeza descubierta y parecida a una bruja, deshacía el rollo de gasa.

Allí, con el alegre rugido de las aguas que se precipitaban a través de los oscurecidos pilares de madera del puente, Pelagueia Ivánovna y yo recibimos a un bebé de sexo masculino. Lo recibimos vivo y salvamos a la madre. Luego las dos enfermeras y Egórich, con el pie izquierdo descalzo, libre ya de la odiada suela podrida, llevaron a la parturienta hasta el hospital en una camilla.

Cuando ésta, ya tranquila y pálida, yacía cubierta por las sábanas, cuando el bebé ya había sido colocado en una cuna junto a ella y cuando todo estuvo en orden, le pregunté:

—¿No podías encontrar un lugar mejor que el puente para dar a luz? ¿Por qué no viniste a caballo?

Ella contestó:

—Mi suegro no me dio el caballo. Son sólo cinco verstas, me dijo, llegarás. Eres una mujer fuerte. Para qué cansar en vano al caballo...

—Tu suegro es un tonto y un cerdo —respondí.

—Ah, qué gente tan ignorante —añadió compasivamente Pelagueia Ivánovna, y luego, por alguna razón, se rió.

Capté su mirada, que se había detenido en mi mejilla izquierda.

Salí, y en la sala de partos me miré al espejo. El espejo me mostró lo que mostraba normalmente: una fisonomía contraída de tipo claramente degenerativo, con un ojo derecho que aparentemente había recibido un golpe. Pero —y de eso el espejo no tenía la culpa— en la mejilla derecha del degenerado se podía haber bailado como sobre parquet, mientras que en la izquierda se extendía un espeso vello rojizo. El mentón servía de línea divisoria. Me vino a la memoria un libro de tapas amarillas: Sajalín. En ese libro había fotografías de distintos hombres.

«Asesinato, robo, un hacha ensangrentada —pensé yo—, diez años... Qué vida tan original llevo, después de todo, en esta isla deshabitada. Debo ir a terminar de afeitarme...».

Y aspirando el aire de abril que llegaba de los negros campos, escuchando el estruendo que producían los cuervos desde las copas de los abedules y entrecerrando los ojos a causa del primer sol, atravesé el patio dispuesto a terminar de afeitarme. Eran alrededor de las tres de la tarde. Terminé de afeitarme a las nueve de la noche. Nunca, según había podido observar, las cosas inesperadas —como un parto en medio de los matorrales— llegaban solas a Múriev. En cuanto puse la mano en la abrazadera de la puerta de mi porche, el hocico de un caballo apareció en el portón de la entrada, junto con una carreta cubierta de suciedad, que se zarandeaba fuertemente. La conducía una campesina que gritaba con voz aguda:

—¡Arre, maldito!

Desde el porche oí cómo, entre un montón de trapos, gimoteaba un muchachito.

Por supuesto, resultó que tenía la pierna rota y durante dos horas el enfermero y yo estuvimos atareados colocando el vendaje de yeso al niño, que durante esas dos horas estuvo dando alaridos. Después, había que comer y después tuve pereza de afeitarme: quería leer alguna cosa. Después llegó arrastrándose el crepúsculo, el horizonte se oscureció y yo, apresuradamente, por fin terminé de afeitarme. Pero como la dentada Gillette se había quedado olvidada en el agua jabonosa, para siempre quedó en ella una franja oxidada como recuerdo del parto de primavera junto al puente.

Sí..., no tenía sentido afeitarse dos veces a la semana. En ocasiones estábamos completamente cubiertos de nieve, aullaba la tormenta, y nos quedábamos sin salir del hospital de Múriev durante un par de días; ni siquiera había quien fuera a Voznesensk, a nueve verstas de distancia, a traer los periódicos. Durante las largas noches, yo paseaba arriba y abajo por mi gabinete y deseaba ardientemente leer un periódico, como en la infancia había deseado leer *El rastreador* de Cooper. Pero los aires ingleses no se extinguieron por completo en la isla deshabitada de Múriev y, de

tiempo en tiempo, sacaba del estuche negro el brillante juguetito, me afeitaba con indolencia y salía limpio y terso como el orgulloso habitante de la isla. Lástima que no hubiera nadie que pudiera admirarme.

Pero... sí..., hubo, además de éste, otro caso similar. En cierta ocasión, según recuerdo, ya había sacado la maquinilla de afeitar y Axinia me había traído al gabinete el mellado jarro con agua caliente, cuando tocaron amenazadoramente a la puerta y me llamaron. Pelagueia Ivánovna y yo debíamos ir a un lugar terriblemente lejano. Y atravesamos, envueltos en nuestras pellizas de cordero y más parecidos a un negro fantasma que a nosotros mismos, aquel enloquecido océano blanco. La tormenta silbaba como una bruja, aullaba, escupía, reía. Todo había desaparecido y yo experimentaba una conocida sensación de frío en algún lugar de la región del plexo solar ante la sola idea de que pudiéramos confundir el camino en medio de aquella oscuridad que giraba satánicamente alrededor de nosotros y muriéramos todos: Pelagueia Ivánovna, el cochero, el caballo y yo. También, recuerdo, surgió en mí la tonta idea de que, cuando nos estuviéramos congelando y nos encontráramos cubiertos a medias por la nieve, inyectaría morfina a la comadrona, al cochero y a mí mismo... ¿Para qué? Simplemente para no sufrir... «Aun sin morfina te congelarás espléndidamente, médico —recuerdo que me contestó una voz seca y fuerte—, nada te...». ¡Uh-uh-uh!... ¡Ah-ah-ah!..., soplabla la bruja, y nos sacudíamos en el trineo... Seguramente publicarán en algún periódico de la capital, en la última página, que en tales y tales circunstancias perecieron en el cumplimiento de su deber el doctor fulano de tal, junto con Pelagueia Ivánovna, el cochero y un par de caballos. Paz a sus restos en el mar de nieve. Púa..., las cosas que pueden venir a la cabeza cuando el así llamado deber te arrastra y te arrastra...

No perecemos, ni nos extraviarnos, sino que llegamos a la aldea Gríshievo, donde, sujetando al bebé por la piernecita, realicé el segundo viraje de mi vida. La parturienta era la esposa del maestro de la aldea y, mientras Pelagueia Ivánovna y yo —ensangrentados hasta los codos y cubiertos de sudor hasta los ojos— a la luz de la lámpara nos ocupábamos del viraje, se oía cómo, al otro lado de la puerta de tablones, el marido sollozaba y se paseaba por la parte oscura de la isba. Acompañado de los gemidos de la parturienta y de los incesantes sollozos del marido, debo confesar que le rompí el brazo al bebé. El niño nació muerto. ¡Ah, cómo me corría el sudor por la espalda! Instantáneamente me vino a la cabeza la idea de que aparecería alguien amenazador, negro y enorme, que irrumpiría en la isba y diría con voz de piedra: «Ajá. ¡Retíradle el título!».

Yo, sintiendo desfallecer mis fuerzas, miraba aquel cuerpecito amarillo e inerte y a la madre del color de la cera, que yacía inmóvil, inconsciente a causa del cloroformo. Por el postigo de la ventana que habíamos abierto para disipar el asfixiante olor del cloroformo, entraba una ráfaga de viento y nieve que se

transformaba en una nube de vapor. Cerré el postigo y de nuevo fijé la mirada en la manita flácida que sostenía la enfermera. Ah, no puedo expresar la desesperación con la que regresé a casa solo, ya que había dejado a Pelagueia Ivánovna para que cuidara de la madre. El trineo se sacudía en medio de la tormenta, que ya había amainado; los sombríos bosques me miraban con reproche, sin esperanza, con desesperación. Me sentía derrotado, deshecho, aplastado por el cruel destino. Él me había arrojado a este lugar perdido y me había obligado a luchar solo, sin ningún tipo de apoyo ni indicaciones. ¡Cuántas dificultades tan increíbles me veo obligado a soportar! A mí pueden traerme cualquier caso complicado o difícil, la mayoría de las veces quirúrgico, y yo debo hacerle frente, con mi rostro sin afeitar, y vencerlo. Y cuando no lo venzo, sufro como ahora, que voy dando tumbos por los baches del camino y he dejado atrás el cadáver de un recién nacido y a su madre. Mañana, en cuanto cese la tormenta, Pelagueia Ivánovna la traerá al hospital y la gran interrogante será: ¿podré salvarla? ¿Y cómo debo salvarla? ¿Cómo entender esa grandiosa palabra? En realidad actúo al azar, no sé nada. Hasta ahora había tenido suerte, algunos casos asombrosos han terminado bien, pero hoy, hoy no he tenido suerte. Ah, mi corazón se siente agobiado por la soledad, el frío, porque no hay nadie alrededor. Quizá he cometido un crimen —con el bracito—. Quisiera irme a algún sitio, caer ante los pies de alguien y decirle que las cosas son así, que yo, el médico tal, he roto el brazo de un bebé. Quitadme el título, soy indigno de él, queridos colegas, enviadme a Sajalín. ¡Oh, qué neurastenia!

Me tumbé en el fondo del trineo y me encogí, para que el frío no me devorara con tanta crueldad. Me sentí como un perro miserable, sin hogar ni experiencia.

Viajamos durante mucho, mucho tiempo, hasta que vimos los destellos del pequeño pero alegre y eternamente familiar farol del portón de entrada del hospital. El farol parpadeaba, se desvanecía, aparecía y desaparecía de nuevo, nos atraía hacia sí. Al verlo, mi alma solitaria se sintió menos apesadumbrada y cuando ya finalmente se afirmó ante mis ojos, cuando creció y se acercó, cuando las paredes del hospital dejaron de ser negras para adquirir su habitual tono blanquecino, yo, mientras atravesaba el portón, me decía a mí mismo:

«Preocuparse por el brazo es una tontería. No tiene ninguna importancia. Se lo rompiste a un bebé que ya estaba muerto. No es en el brazo en lo que debes pensar ahora, sino en que la madre está viva».

El farol me animó, el familiar porche también, pero ya dentro de la casa, cuando subía hacia mi gabinete y comencé a sentir el calor de la estufa y a saborear por anticipado el sueño liberador de todos los tormentos, farfullé de la siguiente manera:

«Las cosas son así, pero de todas maneras tengo miedo y me siento muy solo. Muy solo».

La maquinilla de afeitar estaba sobre la mesa y junto a ella el jarro con el agua,

que se había enfriado ya. Con desprecio arrojé la maquinilla al cajón. Sí, en verdad que era un momento muy adecuado para afeitarse...

Había transcurrido un año. Mientras transcurría lentamente me había parecido multifacético, variado, complicado y terrible, pero ahora comprendo que ha pasado como un huracán. Me miro en el espejo y veo las huellas que ha dejado en mi rostro. Los ojos se han vuelto más severos e intranquilos, la boca más firme y viril, la arruga del entrecejo me quedará para toda la vida, como me quedan los recuerdos. Los veo en el espejo correr en un impetuoso torrente. Pero... en otra ocasión también temblé al pensar en mi título y en que algún fantástico tribunal me juzgaría y los terribles jueces me preguntarían:

«¿Dónde está la mandíbula del soldado? ¡Eh! ¡Contesta, malvado sinvergüenza con título universitario!».

¡Cómo no voy a recordarlo! El asunto es que, aunque en el mundo existe el enfermero Demián Lukich que extrae los dientes con la misma habilidad con que un carpintero saca los clavos herrumbrosos de las tablas viejas, el tacto y el sentimiento de mi propia dignidad me sugirieron, desde mis primeros pasos en el hospital de Múriev, que debía aprender a extraer muelas. Demián Lukich podría ausentarse o enfermar y nuestras comadronas saben hacerlo todo, menos una cosa: extraer muelas. Ese no es asunto de ellas.

En consecuencia... Recuerdo perfectamente un rostro sonrosado pero consumido por el sufrimiento que estaba en el taburete frente a mí. Era el de un soldado que, como muchos otros, había vuelto del frente que se desmoronaba después de la revolución. Recuerdo con exactitud la enorme muela agujereada, fuertemente enclavada en la mandíbula. Frunciendo el ceño con expresión de sabiduría y tosiendo con preocupación, coloqué las tenazas en aquella muela. Debo añadir, sin embargo, que en ese momento recordaba con toda claridad el conocido relato de Chéjov acerca de cómo le extrajeron una muela al sacristán. Entonces, por primera vez, me pareció que ese relato no era gracioso. Algo crujió con fuerza en el interior de la boca y el soldado dio un corto alarido:

—¡Ay!

Después de eso, cesó la resistencia a mis manos y las tenazas salieron de la boca con un objeto blanco y ensangrentado apretado entre ellas. En ese instante sentí que el corazón me daba un vuelco porque ese objeto superaba, por sus dimensiones, a cualquier diente, aunque éste fuera una muela de soldado. Al principio no comprendí nada, pero luego estuve a punto de echarme a llorar: de las tenazas verdaderamente colgaba una muela de raíces muy largas, pero de la muela colgaba un enorme trozo de hueso, inmaculadamente blanco e irregular.

«Le he roto la mandíbula...», pensé, y las piernas me flaquearon. Dando gracias al destino porque no se encontraban en ese momento junto a mí ni el enfermero ni las

comadronas, con un movimiento subrepticio envolví el fruto de mi audaz trabajo en una gasa y lo escondí en mi bolsillo. El soldado se balanceaba en el taburete aferrándose con una mano a la pata del sillón ginecológico y con la otra a la pata del taburete, y me miraba con ojos saltones y completamente atontados. Confundido, le di un vaso con una solución de permanganato de potasio y le ordené:

—Enjuágate la boca.

Fue una acción tonta. El soldado se llenó la boca de la solución y cuando la escupió, ésta salió mezclada con la sangre de color escarlata que ya por el camino se había convertido en un líquido espeso de un color nunca antes visto. Luego, la sangre comenzó a manar de tal forma de la boca del soldado, que yo mismo me asusté. Si le hubiera hecho un corte en la garganta con una navaja de afeitar, seguramente no habría manado con tanta fuerza. Dejé el vaso con el permanganato y me lancé hacia el soldado con bolas de gasa con las que intentaba taparle el agujero abierto en la mandíbula. La gasa se volvió inmediatamente escarlata y, al sacarla, vi con horror que en aquel agujero fácilmente se podía acomodar una ciruela de las de gran tamaño.

«He arruinado a este pobre soldado», pensé con desesperación mientras sacaba largas franjas de gasa de un frasco. Finalmente la sangre se detuvo y unté con yodo el agujero de la mandíbula.

—No comas nada durante tres horas —dije con voz temblorosa a mi paciente.

—Se lo agradezco profundamente —respondió el soldado, mirando con cierto asombro la taza, llena de su sangre.

—Tú, amigo mío —dije con voz lastimera—, haz lo siguiente... Ven mañana o pasado mañana a verme. Necesito..., sabes..., será necesario examinarte... Tienes al lado una muela sospechosa... ¿De acuerdo?

—Se lo agradezco profundamente —repitió el soldado con aire sombrío, y se alejó sujetándose la mandíbula. Yo me lancé hacia el consultorio y estuve sentado allí durante un tiempo, cogiéndome la cabeza con las manos y balanceándome, como si yo mismo tuviera dolor de muelas. Unas cinco veces saqué del bolsillo la dura y ensangrentada bola, pero siempre volvía a esconderla rápidamente.

Durante una semana viví como extraviado en la niebla, adelgacé y me debilité.

«El soldado tendrá gangrena, o septicemia... ¡Ah, demonios! ¿Para qué le habré metido las tenazas en la boca?».

Escenas absurdas me cruzaban por la mente. Por ejemplo, el soldado comienza a temblar. Primero camina, y relata cosas sobre Kérenski y el frente, pero se va poniendo cada vez más silencioso. Ya no está para Kérenski. El soldado está acostado sobre una almohada de percal y delira. Tiene cuarenta grados de temperatura. Todos los aldeanos visitan al soldado. Al final el soldado ya está tendido sobre la mesa, bajo los iconos, con la nariz afilada.

En la aldea comienza el cotilleo.

«¿Cómo habrá podido pasarle esto?».

«El doctor le sacó una muela...».

«Ahí está el asunto...».

Más días, más cotilleo. Una investigación. Aparece un hombre de rostro severo.

«¿Usted le extrajo una muela al soldado...?».

«Sí..., yo».

Exhuman al soldado. Un juicio. El oprobio. Yo soy la causa de la muerte. Y he aquí que ya no soy un médico, sino un hombre desdichado, arrojado por la borda, mejor dicho, un ex hombre.

El soldado no volvía al hospital, yo me deprimía y la bola se llenaba de herrumbre y se secaba sobre el escritorio. Una semana más tarde debía ir a la capital de distrito por el salario del personal. Me marché a los cinco días y, ante todo, fui a ver al médico del hospital de distrito. Ese hombre, con una barbita ahumada por el humo del tabaco, había trabajado durante veinticinco años en el hospital. Había visto de todo. Esa noche, en su gabinete, yo tomaba melancólicamente té con limón y hurgaba en el mantel, hasta que finalmente no resistí y, hablando con rodeos, le conté una historia confusa y falsa: a veces... ocurren ciertas cosas... si alguien extrae una muela... y rompe la mandíbula... puede producirse la gangrena, ¿verdad...? Sabe, un trozo... he leído...

El médico me escuchó un buen rato fijando en mí sus ojos descoloridos bajo cejas hirsutas, y de pronto me dijo:

—Usted le ha roto el alvéolo... En el futuro extraerá muy bien las muelas... Deje el té y vamos a beber un poco de vodka antes de la cena.

En ese momento, y para toda la vida, el soldado que me atormentaba salió de mi cabeza.

¡Ah, el espejo de los recuerdos! Había transcurrido un año. ¡Qué gracioso me resulta ahora recordar ese alvéolo! Yo, a decir verdad, nunca extraeré los dientes como Demián Lukich. ¡Faltaría más! El extrae unos cinco dientes cada día, mientras que yo uno cada dos semanas. Pero, pese a eso, los extraigo como muchos quisieran poder hacerlo. Y ya no rompo los alvéolos, y si lo hiciera, no me asustaría.

Pero ¿qué importancia tienen los dientes? Cuántas cosas no habré visto y hecho en este año inolvidable.

La noche entraba en la habitación. La lámpara estaba ya encendida y yo, flotando en el amargo olor a tabaco, hacía un balance. Mi corazón se llenó de orgullo. Había hecho dos amputaciones desde la cadera (las de dedos ni siquiera las cuento). ¿Y cuántos raspados? Los tengo anotados dieciocho veces. ¿Y la hernia? ¿Y la traqueotomía? Todo lo he hecho, y ha salido bien. ¡Cuántos abscesos gigantesco he abierto! ¿Y los vendajes en las fracturas? Los he hecho de yeso y almidonados. He arreglado dislocaciones. He hecho intubaciones. Y partos. ¡De todo tipo! Es verdad



que no haría cesáreas. Siempre se puede enviar a la parturienta a la ciudad. Pero fórceps, virajes, todos los que queráis.

Recuerdo mi último examen estatal de medicina legal. El profesor me dijo:

—Hable de las heridas a quemarropa.

Comencé a hablar con soltura, y hablé durante mucho rato; por mi memoria visual pasaba flotando la página de un grueso libro de texto. Finalmente quedé agotado; el profesor me miró con repugnancia y dijo con voz cascada:

—Nada parecido a lo que usted acaba de decir ocurre en las heridas a quemarropa. ¿Cuántos sobresalientes tiene?

—Quince —contesté.

El profesor puso frente a mi apellido un aprobado y yo salí de allí rodeado de niebla y vergüenza...

Salí y muy pronto me marché a Múrievno, y aquí estoy, solo. El diablo sabrá lo que ocurre en las heridas a quemarropa. Yo sé que cuando aquí había una persona acostada en la mesa de operaciones y una espuma de burbujas —rosada por la sangre— le salía de la boca no perdí el dominio de mí mismo. No, aunque su pecho había sido destrozado a quemarropa con perdigones para lobos, hasta tal punto que se veía un pulmón y la carne del pecho colgaba a pedazos. Y un mes y medio más tarde ese mismo hombre salió vivo de mi hospital. En la universidad nunca tuve el honor de tener entre mis manos unos fórceps, en cambio aquí, aunque temblando, aprendí a utilizarlos en un momento. No oculto que recibí a un bebé extraño: la mitad de su cabeza estaba hinchada, de color azul púrpuro y sin un ojo. Sentí que me helaba. Escuché vagamente las palabras de consuelo de Pelagueia Ivánovna:

—No es nada, doctor, simplemente le ha puesto en el ojo una de las paletas de los fórceps.

Estuve temblando durante dos días, pero dos días más tarde la cabeza recuperó su estado normal.

Y cuántas heridas he cosido. Cuántas pleuritis purulentas he visto, cuántas neumonías, tifus, cánceres, sífilis, hernias (y las he curado), hemorroides, sarcomas...

Inspirado, abrí el libro de registros y estuve contando durante una hora. ¡Y los conté todos! En un año, hasta esa misma noche, había atendido a 15.613 enfermos. Internados había tenido 200 y sólo habían muerto seis.

Cerré el libro y me dispuse a dormir. A mis veinticuatro años, estaba acostado en mi cama en espera de poder conciliar el sueño, y pensaba que mi experiencia era ahora enorme. ¿De qué podía tener miedo? De nada. Había sacado guisantes de los oídos de los niños, había cortado, cortado, cortado... Mi mano era valiente, no temblaba. Había visto toda clase de picardías y aprendido a comprender incomprensibles frases de labios de las campesinas. Me orientaba en ellas como Sherlock Holmes en los documentos misteriosos... El sueño estaba cada vez más

cerca...

—Yo... —farfullé, mientras me quedaba dormido—, yo verdaderamente ya no puedo imaginar que me traigan un caso que me ponga en un callejón sin salida..., quizá allá, en la capital, dirán que actúo como un enfermero..., qué importa..., ellos están bien... en las clínicas y universidades..., en los gabinetes de rayos X..., en cambio yo aquí... soy todo... y los campesinos no pueden vivir sin mí... Cómo temblaba cuando llamaban a la puerta, cómo me contraía mentalmente por el miedo... En cambio ahora...

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace una semana, padrecito, hace una semana... Lo echó...

Y la campesina comenzó a sollozar.

Era una mañana grisácea del mes de octubre: el primer día de mi segundo año. La noche anterior me había sentido orgulloso y me había jactado de mí mismo mientras lograba conciliar el sueño, y esta mañana estaba de pie, con mi bata, y observaba desorientado...

La mujer sostenía en sus brazos a su hijito de un año como si fuera un tronco; al chiquillo le faltaba el ojo izquierdo. En lugar de un ojo, de su estirado y delgadísimo párpado asomaba un globo de color amarillo, del tamaño de una manzana pequeña. El chiquillo gritaba y pataleaba de dolor, y la campesina sollozaba. Yo no sabía qué hacer. Le examiné desde todos los ángulos. Demián Lukich y la comadrona estaban de pie detrás de mí. Callaban. Nunca habían visto nada semejante.

«¿Qué puede ser esto...? Una herida cerebral... Hmm... pero está vivo... Sarcoma... Hmm... es demasiado blando... Un horrible tumor nunca visto... Pero a partir de dónde... De lo que fuera el ojo... O quizá el ojo nunca haya existido... en todo caso, ahora no está...».

—Pues bien —dije con aire inspirado—, es necesario operar este problema...

E inmediatamente me imaginé cómo haría una incisión en el párpado, cómo lo abriría y...

«¿Y qué...? ¿Qué ocurrirá más adelante? Tal vez eso provenía del cerebro... Diablos... Es bastante suave..., se parece al cerebro...».

—¿Qué? ¿Cortarle? —preguntó la campesina palideciendo—. ¿Cortar en el ojo? No doy mi consentimiento...

Y, horrorizada, se puso a envolver al chiquillo en trapos.

—No tiene ningún ojo —contesté categóricamente—. Observa, no hay lugar para el ojo. Tu niño tiene un extraño tumor...

—Déle unas gotas —dijo la campesina, aterrorizada.

—¿Te estás burlando acaso? ¿Qué tienen que ver las gotas aquí? ¡Ninguna gota le puede ayudar!

—Entonces qué, ¿se va a quedar sin ojo?

—Te estoy diciendo que no tiene ojo...

—¡Pues hace tres días tenía uno! —exclamó con desesperación la mujer.

«¡Diablos...!».

—No lo sé, quizá en realidad lo tenía... Diablos... Pero es que ahora no lo tiene... Y por último, querida, es mejor que lleves a tu niño a la ciudad. Allí le harán inmediatamente una operación... ¿No es verdad, Demián Lukich?

—Sí —respondió meditabundo el enfermero, evidentemente sin saber qué decir—, es algo nunca visto.

—¿Que lo operen en la ciudad? —preguntó la campesina con horror—. No lo permitiré.

El asunto terminó con que la mujer se llevó a su niño sin permitir que le tocaran el ojo.

Durante dos días estuve rompiéndome la cabeza, me encogía de hombros, hurgaba en la biblioteca, miraba ilustraciones que representaban a niños con ampollas emergiendo en lugar de ojos... Diablos.

Dos días más tarde me había olvidado del chiquillo.

Transcurrió una semana.

—¡Ana Zhújova! —grité.

Entró una alegre campesina con un niño en brazos.

—¿De qué se trata? —pregunté como de costumbre.

—El costado me duele, no puedo respirar —comunicó la campesina, y por alguna razón sonrió burlonamente.

El sonido de su voz me hizo estremecer.

—¿No me reconoce? —preguntó la campesina con tono burlón.

—Espera..., espera..., sí... Espera... ¿Este es el mismo niño?

—El mismo. ¿Recuerda, señor doctor, que usted dijo que no había ojo y que era necesario operar para...?

Me quedé atontado. La campesina me miraba con aire victorioso, la risa jugueteaba en sus ojos.

El niño estaba sentado tranquilo en sus brazos y miraba el mundo con sus ojos castaños. No había ni rastro del tumor amarillo.

«Esto es brujería...», pensé desconcertado.

Después, cuando me hube recobrado un poco, tiré cuidadosamente el párpado hacia atrás. El niño lloriqueó, trató de girar la cabeza, pero de todas formas pude ver... una pequeñísima cicatriz en la mucosa... Vaya...

—En cuanto salimos de aquí la otra vez... se reventó...

—No hace falta que me cuentes nada, mujer —dije yo confundido—, lo he

comprendido ya...

—Y usted decía que no tenía ojo... Pues le ha salido uno. —Y la campesina rió burlonamente.

«Lo he comprendido, ¡que el diablo me lleve...! Un enorme absceso se había desarrollado en el párpado inferior, y había hecho a un lado el ojo, lo había cubierto completamente... y cuando se reventó, la pus salió... y todo quedó en su lugar...».

No. Nunca, ni siquiera cuando esté quedándome dormido, murmuraré con orgullo que nada me puede asombrar. No. Ha transcurrido un año, y pasará otro y será tan rico en sorpresas como el primero... Eso significa que hay que aprender con humildad.

1926

# MORFINA

# I

Las personas inteligentes han observado desde hace tiempo que la felicidad es como la salud: cuando la tienes, no la percibes. Pero, cuando pasan los años, cómo recuerdas la felicidad, ¡oh, cómo la recuerdas!

En lo que a mí se refiere, sólo ahora me doy cuenta de que en el invierno de 1917 fui feliz. ¡Un año inolvidable, impetuoso, acosado por las tormentas de nieve!

La tormenta que había comenzado me atrapó, como a un trozo de periódico roto, y me transportó de un lugar perdido a la capital de distrito. ¡Vaya gran cosa, diréis vosotros, la capital de un distrito! Pero si alguien hubiera pasado un año y medio — como lo hice yo— en medio de la nieve en invierno y de los severos y pobres bosques durante el verano sin ausentarse ni un solo día, si alguien hubiera roto la tira de papel que envolvía el periódico de la semana anterior con fuertes latidos del corazón como un amante feliz rompe un sobre azul, si alguien hubiera recorrido, para atender un parto, dieciocho versts en un trineo tirado por caballos que marchan en fila india, si alguien hubiera hecho todo esto, supongo que me comprendería.

La lámpara de petróleo es comodísima, ¡pero yo prefiero la electricidad!

¡Así pues, finalmente vi de nuevo las seductoras lámparas eléctricas! La calle principal de la pequeña ciudad, perfectamente aplanada por los trineos de los campesinos, era una calle en la que, para delicia de los ojos, colgaban: un rótulo con unas botas, un bollo dorado, algunas banderas rojas, la imagen de un hombre joven de porcinos y desvergonzados ojillos y un peinado absolutamente inverosímil, lo que significaba que detrás de las puertas de cristal de aquel establecimiento se encontraba el Basil local, dispuesto, por treinta kopeks, a afeitarle a uno en cualquier momento excepto los días de fiesta, que tanto abundan en mi país.

Aún ahora me estremezco al recordar los paños de Basil, esos paños que con insistencia, a pesar de mi voluntad, me traían a la mente aquella página de un manual alemán de enfermedades de la piel en la que, con convincente claridad, estaba representado un chancro en la barbilla de un ciudadano.

¡Pero ni esos paños pueden ensombrecer mis recuerdos!

En una esquina había un policía de carne y hueso, en una vitrina empolvada se veían confusamente hojas de metal llenas de apretadas filas de pastelillos recubiertos de una crema rojiza, el heno cubría la plaza, las personas iban a pie o en trineos y conversaban, en un quiosco vendían periódicos moscovitas del día anterior con noticias sensacionales, cerca de allí silbaban los trenes que llegaban de Moscú. En una palabra, era la civilización, Babilonia, la Perspectiva Nevski.

Ni siquiera es necesario hablar del hospital. En él había secciones de cirugía, terapia, enfermedades infecciosas, obstetricia. Había una sala de operaciones en la que brillaba el autoclave y los grifos emitían destellos plateados; las mesas mostraban

sus ingeniosas patas, dientes y tornillos. En el hospital había un médico principal, tres internos (aparte de mí), enfermeros, comadronas, enfermeras, una farmacia y un laboratorio. ¡Un laboratorio, imaginaos! Con un microscopio Zeiss y una magnífica reserva de tintes.

Yo temblaba y me quedaba helado bajo el peso de todas aquellas impresiones. Pasaron no pocos días antes de que me acostumbrara a que durante los crepúsculos de diciembre los pabellones del hospital se llenaran de luz eléctrica como si obedecieran una orden.

La luz me había cegado. En las bañeras el agua se agitaba y retumbaba y sucios termómetros de madera se hundían y flotaban en ellas. En la sección pediátrica de enfermedades contagiosas, todo el día estallaban gemidos, se escuchaba un llanto débil y conmovedor, un ronco gorgoteo...

Las enfermeras corrían, atendían...

Mi alma se había librado de una pesada carga. Ya no llevaba sobre mis espaldas la responsabilidad fatal por todo lo que ocurriera en el mundo. No era el culpable de una hernia estrangulada, no me estremecía cuando llegaba un trineo trayendo a una parturienta con el niño en posición transversal, las pleuritis purulentas que necesitaban ser operadas inmediatamente ya no tenían que ver conmigo... Por primera vez me sentía un ser humano, cuya responsabilidad tenía unos límites bien determinados. ¿Un parto? Por favor, allí tenéis ese pabellón y allí la ventana del extremo cubierta por gasa blanca. Dentro está un ginecólogo, gordo y simpático, con bigote rojizo y calvo. Es cosa de él. ¡Trineo, gira hacia la ventana de la gasa! ¿Una fractura múltiple? El cirujano principal. ¿Una pulmonía? A la sección de terapia, a ver a Pável Vladímirovich.

¡Oh, era la máquina majestuosa de un gran hospital en su funcionamiento armonioso, como si estuviera perfectamente lubricado! Yo entré en aquel aparato como un tornillo en una rosca previamente preparada, y me hice cargo de la sección pediátrica. La difteria y la escarlatina me absorbieron, se apoderaron de mis días. Pero no solamente de los días. Comencé a dormir por las noches, porque ya no se oía, bajo mi ventana, aquel siniestro golpe nocturno que me obligaba a levantarme y me llevaba a la oscuridad, al peligro y a lo ineludible. Durante las noches comencé a leer textos sobre la escarlatina y la difteria, por supuesto, y después, no sé por qué, con un extraño interés, a Fenimore Cooper, y aprecié en lo debido la lámpara sobre la mesa, los trozos de carbón en la bandeja del samovar, el té que se enfriaba y el sueño, después de un año y medio de insomnio...

Así pues, durante el invierno de 1917, después de haber sido trasladado de un lugar perdido entre las tormentas de nieve a la capital del distrito, fui feliz.

## II

Pasó rápidamente un mes, después un segundo y luego un tercero; terminó el año 1917 y pasó volando febrero de 1918. Me había acostumbrado a mi nueva situación y poco a poco comencé a olvidar aquel lejano distrito en donde había estado. Se borró de mi memoria la lámpara verde con el petróleo que silbaba, la soledad, los montones de nieve... ¡Desagradecido! Había olvidado mi antiguo puesto de combate, desde donde yo solo, sin apoyo de ninguna clase, había luchado contra las enfermedades, con mis propias fuerzas, a semejanza de un héroe de Fenimore Cooper que logra salir adelante en las situaciones más inverosímiles.

En ocasiones, es verdad, cuando me acostaba en mi cama, pensando con placer en que pronto me quedaría dormido, algunos fragmentos atravesaban mi mente cada vez más obnubilada. La lamparita verde, la luz parpadeante del farol..., el chirrido de los trineos..., un corto gemido, luego las tinieblas, el aullido sordo de la tormenta en los campos... Después, todo se caía y desaparecía...

«¿Quién estará ocupando ahora el lugar que yo tenía...? Seguramente debe haber alguien... Algún médico joven como yo... Pero yo ya he cumplido con lo que me tocaba. Febrero, marzo, abril..., digamos mayo y habrá terminado mi práctica. Eso quiere decir que a finales de mayo me despediré de esta mi espléndida ciudad y volveré a Moscú. Y si la revolución me toma en su ala, es probable que tenga que seguir viajando... En todo caso, nunca más, en toda mi vida, veré de nuevo mi distrito... Nunca más... La capital... El hospital... El asfalto... Las luces...».

Así pensaba yo.

«... Pero de todas formas fue bueno haber vivido en ese distrito... Me he convertido en un hombre audaz... No tengo miedo... ¿¡Qué no habré curado!? ¡En serio! ¡Ah...! Bueno, no curé enfermedades mentales... Seguramente no... Pero permitidme... El agrónomo aquel se había vuelto un borracho perdido... Yo le traté, sí, pero con muy poco éxito... Delirium tremens... ¿Acaso no es una enfermedad mental...? Debería leer algún manual de psiquiatría... Bah, al diablo con ella... Ya lo leeré en el futuro, algún día, en Moscú... Ahora en primer lugar están las enfermedades infantiles... y especialmente esta terrible farmacología pediátrica... Diablos... Si un niño tiene diez años, por ejemplo, ¿cuánto piramidol se le puede dar en cada toma? ¿0,1 o 0,15...? Lo he olvidado. ¿Y si tiene tres años...? Sí, sólo las enfermedades infantiles... Y nada más... ¡Ya basta de casos extraordinarios! ¡Adiós, distrito mío...! ¿Pero por qué esta noche me viene con tanta insistencia el distrito a la cabeza...? La luz verde... Pero si ése ya es un capítulo concluido para siempre... Basta... Ahora debo dormir...».



—Aquí tiene una carta. La ha traído alguien que venía a la ciudad.

—Démela.

La enfermera estaba de pie en el recibidor. Llevaba un abrigo con un cuello de piel pelado, puesto encima de la bata blanca con el sello. En el sobre azul y barato se derretía la nieve.

—¿Hoy está usted de guardia en la recepción? —pregunté bostezando.

—Sí.

—¿No hay nadie?

—No, nadie.

—Si es que... (el bostezo me desfiguraba la boca y por eso pronunciaba las palabras con descuido) traen a alguien... hágamelo saber aquí... Me acostaré a dormir un rato.

—Está bien. ¿Puedo retirarme?

—Sí, sí. Váyase.

La enfermera se marchó. La puerta rechinó y yo, arrastrando los chanclos, me dirigí hacia el dormitorio, mientras por el camino rompía con los dedos, descuidada y transversalmente, el sobre.

Dentro había un formulario alargado y arrugado, con el sello azul de mi distrito, de mi antiguo hospital... Un formulario inolvidable...

Sonreí.

«Es curioso..., toda la noche he estado pensando en el distrito y he aquí que él mismo se presenta ante mí... Un presentimiento...».

Bajo el sello, estaba escrita con lápiz de tinta una receta. Palabras latinas, indescifrables, tachadas...

«No comprendo nada... Una receta confusa... —me dije, y me detuve en la palabra *morphini*...—. ¡Hay algo raro en esta receta...! Ah, sí... ¡Una solución al cuatro por ciento! ¿Pero quién ha podido recetar morfina en una solución al cuatro por ciento...? ¿Y para qué?».

Di la vuelta a la hoja y mis bostezos cesaron inmediatamente. En el reverso, con una caligrafía insegura y muy espaciada, estaba escrito con tinta:

«11 de febrero de 1918.

¡Querido *collega*!

Discúlpeme por escribirle en un trozo de papel. No tenía otras hojas a mi alcance. Padezco una grave y terrible enfermedad. No hay nadie que pueda ayudarme y yo no quiero pedir ayuda a nadie que no sea usted.

Desde hace casi dos meses me encuentro en este distrito, que antes fue el suyo, y sé que usted está en la ciudad, relativamente cerca de mí.

En nombre de nuestra amistad y de nuestros años en la universidad, le ruego que venga lo más rápidamente posible. Aunque sea por un día. Aunque sólo sea por una hora. Si usted me dice que estoy desahuciado, le creeré... ¿Pero quizá aún puedo salvarme...? ¡Sí, quizá aún pueda salvarme...! ¿Habrá alguna esperanza para mí? Le pido que no comunique a nadie el contenido de esta carta».

—¡Maria! Vaya ahora mismo a la recepción y haga que venga la enfermera de guardia... ¿Cómo se llama...? Lo he olvidado... En una palabra, la enfermera de guardia que hace poco me ha traído una carta. ¡Apresúrese!

—Enseguida.

Minutos más tarde la enfermera estaba de pie delante de mí mientras la nieve se derretía sobre la piel pelada que servía de cuello a su abrigo.

—¿Quién ha traído la carta?

—No lo sé. Un tipo con barba. Uno de la cooperativa. Ha dicho que venía a la ciudad.

—Hmm..., está bien, retírese. ¡No! Espere. Voy a escribir una nota para el médico en jefe; entréguesela por favor y tráigame la respuesta.

—Bien.

He aquí el texto de mi nota para el médico en jefe:

«13 de febrero de 1918.

Estimado Pável Ilariónovich. Acabo de recibir una carta del doctor Poliakov, mi compañero de estudios universitarios. Está completamente solo en Gorelovo, mi antiguo distrito. Por lo visto ha enfermado gravemente.

Considero mi deber ir a verle. Si usted me otorga el permiso, mañana dejaré mi sección a cargo del doctor Rodóvich e iré a ver a Poliakov. Está completamente desamparado.

Con mis mayores respetos,

DR. BOMGARD».

La respuesta del médico en jefe:

«Estimado Vladímir Mijáilovich, puede marcharse.

PETROV».

Pasé la noche estudiando una guía de ferrocarriles. El único modo de llegar a Gorelovo era éste: salir al día siguiente a las dos de la tarde en el tren-correo que venía de Moscú, recorrer treinta verstas en ferrocarril, bajar en la estación N., y de allí viajar veintidós verstas en trineo hasta el hospital de Gorelovo.

«Con suerte estaré en Gorelovo mañana por la noche —pensaba yo, acostado en mi cama—. ¿De qué habrá enfermado? ¿Tifus? ¿Pulmonía? No, ni lo uno ni lo otro... En ese caso habría escrito sencillamente: “He enfermado de pulmonía”. Y la carta es confusa, incluso algo falsa... “Padezco una grave... y terrible enfermedad...”. ¿Cuál? ¿Sífilis? Sí, indudablemente es sífilis y está horrorizado..., lo oculta..., tiene miedo... Pero me gustaría saber de qué caballos podré disponer para ir desde la estación de ferrocarril hasta Gorelovo. Sería un muy mal asunto llegar al anochecer a la estación y no tener en qué continuar el viaje... No. Encontraré un medio. En la estación encontraré a alguien que tenga caballos. ¿Mandarle un telegrama para que envíe los caballos? ¡No tiene sentido! El telegrama llegará un día después que yo... No puede llegar volando hasta Gorelovo. Se quedará en la estación hasta que encuentren con quién enviarlo. Conozco ese Gorelovo. ¡Oh, qué lugar tan alejado de la mano de Dios!».

La carta escrita en el formulario estaba sobre la mesita de noche, dentro del círculo de luz que proyectaba la lámpara, y junto a la carta se encontraba el compañero de mi exasperante insomnio: el cenicero poblado de colillas. Yo daba vueltas en la sábana arrugada y el enojo nacía en mi alma. Aquella carta comenzaba a irritarme.

«Pero veamos: si no se trata de algo grave sino de, supongamos, sífilis, entonces ¿por qué no viene él aquí? ¿Por qué tengo que ir yo, en medio de la tormenta de nieve, a verle? ¿Acaso en una noche podré curarlo del Lúes? ¿O es un cáncer de esófago? Pero no, ¡no puede haber ningún cáncer! Es dos años menor que yo. Tiene veinticinco años... “Padezco una grave...” ¿Sarcoma? Es una carta absurda, histérica. Una carta capaz de producir migraña a quien la recibe... Y hela aquí, la migraña. Me estira las venas en la sien... Mañana por la mañana me despertaré y el dolor pasará de las sienes a la cabeza, me paralizará la mitad de ella y por la noche deberé tomar piramidón con cafeína. ¡Fantástico viajar en trineo con el piramidón! Mañana tendré que pedir al enfermero la pelliza de viaje, de lo contrario, sólo con mi abrigo, me moriré de frío... ¿Qué le ocurrirá...? “¿Habrá alguna esperanza...?” ¡Así se escriben las novelas y no las cartas serias de un médico...! Debo dormir, dormir... No debo pensar más en esto. Mañana se aclarará todo... Mañana».

Giré el interruptor e inmediatamente la oscuridad devoró la habitación.

«Dormir... Las sienes me duelen... Pero no tengo derecho a enfadarme con una persona por una carta absurda sin saber todavía qué le sucede. Esa persona sufre a su manera y le escribe a otro. Lo hace como puede, como cree que debe hacerlo... Es indigno, debido a la intranquilidad o a la migraña, denigrarle, aunque sólo sea mentalmente. Quizá no sea una carta falsa ni novelesca. No he visto a Seriozha Poliakov en dos años, pero le recuerdo perfectamente. Siempre fue un hombre muy sensato... Sí. Quiere decir que ha ocurrido alguna desgracia... Las sienes me duelen

menos...

»Por lo visto ya llega el sueño. ¿En qué consiste el mecanismo del sueño...? Lo he leído en el manual de fisiología... pero es un asunto oscuro... No entiendo lo que significa el sueño... ¡¿Cómo se quedan dormidas las células del cerebro?! No lo entiendo, lo digo en secreto. Por alguna razón estoy convencido de que el autor mismo de ese manual tampoco estaba firmemente convencido... Una teoría vale lo mismo que otra... Veo a Seriozha Poliakov con un uniforme verde de botones dorados, está inclinado sobre una mesa de zinc, en la mesa yace un cadáver...

»Hmm, sí... pero esto es un sueño...».

### III

Toe, toe... Bum, bum, bum... Ajá... ¿Quién? ¿Quién? ¿Qué pasa...? Ah, llaman. ¡Oh, diablos!, están llamando... ¿Dónde estoy? ¿Qué hago...? ¿De qué se trata? Ah, sí, estoy en mi cama... Pero ¿por qué me despiertan? Tienen derecho a hacerlo, puesto que soy el médico de guardia. Despierte, doctor Bomgard. Maria, en chanclos, se dirige hacia la puerta para abrirla. ¿Qué hora es? Las doce y media... Es de noche. Quiere decir que he dormido apenas una hora. ¿Y la migraña? Presente. ¡Aquí está!

Llamaron suavemente a la puerta.

—¿Qué ocurre?

Entreabrí la puerta que daba al comedor. El rostro de la enfermera me miraba desde la oscuridad y me di cuenta enseguida de que estaba pálida. Tenía los ojos muy abiertos y alarmados.

—¿A quién han traído?

—Al médico del distrito de Gorelovo —contestó la enfermera con voz fuerte y ronca—, se ha pegado un tiro.

—¿Po-lia-kov? ¡No puede ser! ¡¿Poliakov?!

—No sé cómo se llama.

—Vaya historia... Ahora mismo voy, ahora mismo. Usted corra a buscar al médico en jefe. Despiértelo enseguida. Dígale que le necesito urgentemente en la sala de recepción.

La enfermera se marchó rápidamente y la mancha blanca desapareció de mi vista.

Dos minutos más tarde, en el porche de mi casa, una fiera tormenta de nieve, seca y punzante, me golpeó en las mejillas, hinchó los faldones de mi abrigo y heló mi cuerpo asustado.

En las ventanas de la sala de recepción ardía una luz blanca e inquieta. En el porche, en medio de una nube de nieve, me encontré con el médico en jefe que se dirigía rápidamente al mismo lugar que yo.

—¿Es su amigo? ¿Poliakov? —preguntó el cirujano, tosiendo.

—No comprendo nada. Por lo visto es él —contesté, y entramos de prisa en la sala de recepción.

Una mujer envuelta se levantó de uno de los bancos y vino a nuestro encuentro. Dos ojos conocidos me miraban llenos de llanto desde debajo del borde del pañuelo color castaño. Reconocí a Maria Vlásievna, la comadrona de Gorelovo, mi fiel ayudante durante los partos en aquel hospital.

—¿Poliakov? —pregunté.

—Sí —contestó Maria Vlásievna—, es terrible, doctor; he venido temblando todo el camino, temía que no llegase vivo...

—¿Cuándo?

—Hoy, al amanecer —murmuró Maria Vlásievna—, llegó corriendo el guardia y dijo: «Ha habido un disparo en el apartamento del doctor...».

El doctor Poliakov yacía bajo la lámpara, que arrojaba una luz deficiente e inquietante; desde la primera mirada a las inanimadas, casi pétreas, suelas de sus botas de fieltro, el corazón, como de costumbre, me dio un vuelco.

Le habían quitado la gorra dejando así a la vista los cabellos pegados y húmedos. Mis manos, las manos de la enfermera y las manos de Maria Vlásievna aparecieron en distintos lugares sobre Poliakov, y una gasa blanca, con manchas amarillo-rojizas que se iban extendiendo, salió de debajo del abrigo. El pecho de Poliakov apenas se levantaba. Le tomé el pulso y me estremecí: el pulso desaparecía debajo de mis dedos, iba y venía como ligado a un hilo con nudos, frecuentes y débiles. La mano del cirujano ya se extendía hacia el hombro de aquel cuerpo pálido, y lo tomaba con una pinza para inyectarle alcanfor. En ese momento el herido despegó los labios haciendo aparecer en ellos una franja rosada y sanguinolenta. Moviendo apenas sus azulados labios dijo débil y secamente:

—Deje el alcanfor. Al diablo.

—¡Silencio! —le contestó el cirujano, e inyectó el aceite amarillo bajo la piel.

—Seguramente el pericardio ha sufrido una lesión —susurró Maria Vlásievna; se sujetó con firmeza al borde de la mesa y comenzó a observar los párpados del herido, que parecían ser infinitos. Sus ojos estaban cerrados. Sombras de un tono gris violáceo, como las del ocaso, comenzaron a aparecer cada vez con mayor claridad en los contornos de la nariz; y un sudor fino, parecido al mercurio, apareció como si fuera el rocío de aquellas sombras.

—¿Un revólver? —preguntó el cirujano, contrayendo una mejilla.

—Un Browning —balbuceó Maria Vlásievna.

—Eh-eh —dijo de pronto el cirujano, casi con rabia y despecho. Hizo un gesto de renuncia con la mano y se alejó.

Yo me volví asustado hacia él, sin comprender. Dos ojos aparecieron detrás de su hombro: había llegado otro médico.

De pronto Poliakov torció la boca como una persona adormilada que intenta alejar una mosca impertinente; luego, su mandíbula inferior comenzó a moverse, como si el herido se estuviera asfixiando con un nudo y quisiera tragárselo. ¡Ah, quien haya visto malas heridas de revólver o de fusil conocerá esos movimientos! Maria Vlásievna hizo un gesto de dolor y suspiró.

—El doctor Bomgard —dijo Poliakov en tono apenas audible.

—Aquí estoy —susurré yo, y mi voz sonó con ternura junto a sus labios.

—El cuaderno es para usted... —replicó Poliakov con una voz ronca y cada vez más débil.

En ese momento abrió los ojos y los levantó hacia el triste techo de la sala que se

perdía en la oscuridad. Las oscuras pupilas parecieron llenarse de una luz interior, el blanco de los ojos pareció volverse transparente, azulado. Los ojos se detuvieron en lo alto, después se enturbiaron y perdieron esa belleza fugaz.

El doctor Poliakov había muerto.

Es de noche. Cerca del amanecer. La lámpara brilla con enorme claridad, porque la ciudad duerme y hay mucha corriente eléctrica. Todo está en silencio y el cuerpo de Poliakov se encuentra en la capilla. Es de noche.

Sobre la mesa, ante mis ojos irritados por la lectura, yacen un sobre abierto y una hoja de papel. En ella está escrito:

«¡Querido compañero!

No le esperaré. He renunciado a curarme. No hay esperanza. Tampoco quiero seguir sufriendo. Ya he tenido suficiente. Quiero prevenir a los otros para que tengan cuidado con los cristales blancos que se disuelven en veinticinco partes de agua. He confiado demasiado en ellos y me han destruido. Le regalo mi diario. Usted siempre me ha parecido una persona ávida de saber y amante de los documentos humanos. Si le interesa, lea la historia de mi enfermedad.

Adiós. Suyo,  
S. POLIAKOV».

Un añadido escrito con grandes letras:

«Que no se culpe a nadie de mi muerte.

El doctor SERGUÉI POLIAKOV. 13 de febrero de 1918.»

Junto a la carta del suicida había un cuaderno común y corriente, con la cubierta negra. La primera mitad de sus páginas había sido arrancada. En la mitad restante había anotaciones cortas. Las del principio estaban escritas con lápiz o tinta y una caligrafía clara y pequeña. Las del final, con lápiz de tinta o un grueso lápiz rojo, y una caligrafía descuidada, llena de saltos y de abreviaciones.

## IV

...7,<sup>[1]</sup> *20 de enero*

... y estoy muy contento. Gracias a Dios: cuanto más alejado mejor. No puedo ver a la gente y aquí no veré a nadie, excepto a los campesinos enfermos. Pero ellos no agravarán en modo alguno mi herida. Por cierto, también otros han sido enviados a distritos campesinos en nada distintos del mío. Toda mi promoción, que no debía ser llamada a filas (los reservistas de segunda clase, de la promoción de 1916), fue distribuida por los *zemstvo*.<sup>[2]</sup> Aunque en realidad eso no interesa a nadie. En cuanto a mis amigos, sólo he tenido noticias de Ivánov y de Bomgard. Ivánov escogió la provincia de Arjánguelsk (cuestión de gustos), y Bomgard, según me dijo la enfermera, trabaja en Gorelovo, un distrito alejado, similar al mío, a tres distritos de distancia de aquí. Quería escribirle, pero he cambiado de opinión. No deseo ver ni oír a nadie.

*21 de enero.*

Tormenta de nieve. Nada.

*25 de enero.*

Qué puesta de sol tan luminosa. Migrenin: una mezcla de antipirina, cafeína y ácido cítrico.

En polvo, en dosis de 1,0... ¿se puede en dosis de 1,0...? Sí, se puede.

*3 de febrero.*

Hoy he recibido los periódicos de la semana pasada. No los he leído, pero de todas formas he tenido ganas de mirar la sección teatral. Ponían *Aída* la semana pasada. Quiere decir que ella salía a escena y cantaba: «*Mio caro amico, vieni da me...*».

Tiene una voz extraordinaria y es extraño que una voz tan clara y tan imponente haya sido dada a un alma tan oscura...

(Aquí hay una interrupción. Han sido arrancadas dos o tres páginas).

...por supuesto que no es digno, doctor Poliakov. ¡Es propio del comportamiento estúpido de un colegial lanzarse con insultos de carretero sobre una mujer porque se ha marchado! No quería vivir contigo y se marchó. Y basta. Así de sencillo es. Una cantante de ópera se juntó con un joven médico, vivió con él un año y luego se marchó.

¿Matarla? ¿Matar? Ah, cuán estúpido, cuán vacío es todo esto. ¡No hay esperanza!

No quiero pensar. No quiero...



*11 de febrero.*

No hay más que tormentas de nieve, una tras otra... ¡La nieve acabará por enterrarme! Paso las noches enteras solo, solo. Enciendo la lámpara y me siento. Durante el día aún veo a algunas personas. Pero trabajo de una manera mecánica. Me he habituado. El trabajo no es tan terrible como pensaba en un principio. Por lo demás, me ha ayudado mucho el hospital en la guerra. He llegado aquí con un mínimo de experiencia.

Hoy he realizado por primera vez una operación de cambio de posición del feto.

Y bien, tres personas están sepultadas aquí, bajo la nieve: Ana Kirílovna —la enfermera-comadrona—, el enfermero y yo. El enfermero está casado. Ellos (el personal de enfermería) habitan un ala de la casa. Y yo vivo solo.

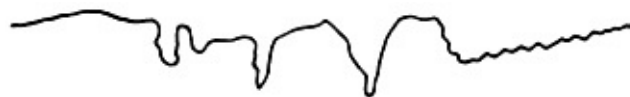
*15 de febrero.*

Ayer por la noche ocurrió algo curioso. Me disponía a acostarme, cuando de pronto sentí dolores en la región del estómago. ¡Pero qué dolores! Un sudor frío me bañó la frente. Debo señalar que nuestra medicina es una ciencia dudosa. ¿Por qué una persona que no padece ninguna enfermedad gástrica o intestinal (apendicitis, por ejemplo), cuyo hígado y riñones están en un estado óptimo, cuyo intestino funciona de una manera completamente normal, puede padecer por la noche dolores tan agudos que le hacen revolcarse en la cama?

Gimiendo, logré llegar hasta la cocina, en donde duerme la cocinera con su marido, Vlas. Envié a Vlas a buscar a Ana Kirílovna. Ella vino en plena noche y tuvo que ponerme una inyección de morfina. Dijo que estaba completamente verde. ¿Por qué?

No me gusta nuestro enfermero. Es hosco. Por el contrario, Ana Kirílovna es una persona encantadora y culta. Me asombra que una mujer que no es vieja pueda vivir en la más completa soledad en este ataúd de nieve. A su marido le han hecho prisionero los alemanes.

No puedo dejar de alabar a quien por primera vez extrajo la morfina de las cabecitas de las amapolas. Es un verdadero benefactor de la humanidad. Sólo siete minutos después de la inyección cesaron los dolores. Es interesante: los dolores eran continuos, sin ninguna pausa, de modo que yo, literalmente, me asfixiaba. Era como si me hubieran metido en el estómago un hierro al rojo vivo y lo hicieran girar. Unos cuatro minutos después de la inyección comencé a diferenciar las ondas del dolor:



Sería fantástico que el médico tuviera la posibilidad de experimentar en sí mismo

diversas medicinas. Comprendería la acción de los medicamentos de un modo muy distinto. Después de la inyección —por primera vez en los últimos meses— dormí bien y profundamente, sin pensar en ella, en quien me había engañado.

*16 de febrero.*

Hoy Ana Kirílovna, durante la consulta, se ha interesado por cómo me sentía y ha dicho que por primera vez en todo este tiempo no me veía sombrío.

—¿Acaso soy una persona sombría?

—Muy sombría —respondió ella, y añadió que le asombraba mi continuo silencio.

—Así soy.

Pero es mentira. Yo era una persona llena de alegría de vivir, hasta antes de mi drama familiar.

Oscurece temprano. Estoy solo en mi apartamento. Por la noche nuevamente ha llegado el dolor, pero no fuerte, sino como una especie de sombra del dolor de ayer, en algún lugar detrás del esternón. Temiendo que se repitiera el ataque de la víspera, yo mismo me he inyectado en la cadera un centigramo.

El dolor ha cesado casi de inmediato. Menos mal que Ana Kirílovna me había dejado una ampolla.

*18 de febrero.*

Cuatro inyecciones: no es algo tan terrible.

*25 de febrero.*

¡Ana Kirílovna es una excéntrica! Como si yo no fuera médico. ¿Una jeringuilla y media = 0,015 de morfina? Sí.

*1 de marzo.*

¡Doctor Poliakov, tenga cuidado!

Tonterías.

Es el anochecer.

Hace ya quince días que no he pensado, ni una sola vez, en la mujer que me ha engañado. La melodía de su papel de Amneris me ha abandonado. Estoy muy orgulloso de esto. Soy un hombre.

Ana K. se ha convertido en mi esposa secreta. No podía ser de otra manera. Estamos encerrados en una isla desierta.

La nieve ha cambiado de aspecto y se ha vuelto, al parecer, más gris. Ya no hace aquel frío terrible, pero de tiempo en tiempo aún se desencadenan tormentas de

nieve...

El primer minuto: una sensación de que algo roza el cuello. Ese roce se vuelve cálido y se extiende. En el segundo minuto una onda fría atraviesa repentinamente la cavidad estomacal e inmediatamente después comienza una extraordinaria lucidez en las ideas y se produce un estallido de la capacidad de trabajo. Todas las sensaciones desagradables desaparecen. Es el punto más alto de la expresión de la fuerza espiritual del hombre. Si yo no estuviera maleado por mi formación de médico, afirmarí­a que normalmente el ser humano sólo puede trabajar después de una inyección de morfina. En realidad: ¿para qué sirve el ser humano, si la más insignificante neuralgia puede hacerle perder completamente el equilibrio espiritual!

Ana K. tiene miedo. La tranquilicé diciéndole que desde la niñez me he distinguido por una extraordinaria fuerza de voluntad.

*2 de marzo.*

Hay rumores de que algo grandioso ha ocurrido. Al parecer han derrocado a Nicolás II.

Me acuesto muy temprano. A eso de las nueve. Duermo maravillosamente bien.

*10 de marzo.*

Allí se está llevando a cabo una revolución. Los días se han vuelto más largos y los atardeceres, al parecer, más azulados.

Nunca había tenido sueños como los que ahora tengo al amanecer. Son sueños dobles.

Además, diría que el sueño principal es de cristal. Es transparente.

Y bien: veo unas candilejas increíblemente luminosas, desde las que se desprende una banda de luces multicolores. Amneris, agitando una pluma verde, canta.

La orquesta, absolutamente celestial, tiene una sonoridad extraordinaria. Aunque... es imposible transmitir todo esto con palabras. En suma: en un sueño normal, la música no tiene sonido... (¿En un sueño normal? ¡Habría que investigar primero qué sueño es más normal! En realidad estoy bromeando...). En un sueño normal no tiene sonido, y en cambio en mi sueño la música se oye de una manera verdaderamente celestial. Y lo más importante: yo puedo, según mi voluntad, hacer que la música suene con mayor o menor intensidad. Recuerdo que en *Guerra y paz* se describe cómo Petia Rostov, en duermevela, tuvo la misma sensación. ¡Lev Tolstoi es un escritor extraordinario!

Ahora a propósito de la transparencia: he aquí que a través de los colores de *Aída* que se difuminan, aparece de un modo absolutamente real el borde de mi escritorio que se ve desde la puerta del gabinete, la lámpara, el suelo reluciente, y a través de los sonidos de la orquesta del teatro Bolshói se dejan oír unos pasos claros, que pisan

agradablemente, como unas castañuelas sordas.

Quiere decir que son las ocho: es Ana K. que viene a mi habitación para despertarme e informarme de lo que ocurre en la sala de recepción.

Ella no sospecha que no es necesario despertarme, que lo oigo todo y que puedo hablar con ella.

Ayer realicé un experimento que tiene que ver con esto:

Ana: Serguéi Vasílievich...

Yo: La escucho... (en voz baja a la música: «más fuerte»).

Música: Un gran acorde.

Re sostenido...

Ana: Se han apuntado veinte personas.

Amneris (canta).

Pero esto es algo que no se puede transmitir a través del papel.

¿Son nocivos estos sueños? Oh, no. Después de ellos me levanto fuerte y animoso. Y trabajo bien. Incluso siento interés, cosa que antes no me sucedía. Y no es de extrañar, ya que todos mis pensamientos estaban concentrados en mi ex esposa.

Pero ahora estoy tranquilo.

Estoy tranquilo.

*19 de marzo.*

Por la noche tuve una discusión con Ana K.

—No le prepararé más solución.

Intenté convencerla.

—Tonterías, Anusia. ¿Acaso soy un niño?

—No se la prepararé. Usted acabará por destruirse.

—Está bien, haga lo que quiera. ¡Pero comprenda que tengo horribles dolores en el pecho!

—Cúrese.

—¿Dónde?

—Tómese unas vacaciones. Nadie se cura con morfina. (Luego pensó un momento y añadió:) No me puedo perdonar el haberle preparado entonces la segunda ampolla.

—¿Acaso soy un morfinómano?

—Sí, usted se está convirtiendo en un morfinómano.

—¿De modo que no la preparará?

—No.

Entonces descubrí por primera vez en mí la desagradable capacidad de enfurecerme y, lo que es peor, de gritar a la gente incluso cuando no tengo razón.

Aunque... eso no ocurrió enseguida. Fui a mi dormitorio. Observé. En el fondo

del frasco apenas se distinguía el sonido de algo líquido. Lo saqué con la jeringuilla: no había más de 1/4. Arrojé la jeringa, que estuvo a punto de romperse; comencé a temblar. La levanté con cuidado, la examiné: no tenía una sola rajadura. Permanecí en mi dormitorio cerca de veinte minutos. Cuando salí ella ya no estaba.

Se había marchado.

Imaginaos: no lo pude soportar y fui a verla. Llamé en la ventana iluminada del ala del edificio en donde ella vivía. Salió al pequeño porche, envuelta en un pañuelo. La noche era silenciosa, muy silenciosa. La nieve estaba porosa. En algún lugar lejano del cielo se sentía la primavera.

—Ana Kirílovna, sea usted amable y déme las llaves de la farmacia.

Ella susurró:

—No se las daré.

—Colega, sea usted amable y déme las llaves de la farmacia. Le hablo como médico.

En medio de la oscuridad vi que su rostro había cambiado: había palidecido mucho y sus ojos se habían vuelto más profundos, más hundidos, más oscuros. Ella me respondió con una voz que despertó la compasión en mi alma.

Pero de inmediato la cólera se apoderó nuevamente de mí.

Ella:

—¿Por qué, por qué me habla usted así? Ah, Serguéi Vasílievich, siento compasión por usted.

Entonces sacó los brazos de debajo del pañuelo y vi que tenía las llaves en la mano. Quiere decir que las había cogido cuando salió a abrirme.

Yo (con rudeza):

—¡Déme las llaves!

Y se las arrebaté de las manos.

Por una pasarela podrida y temblorosa me dirigí hacia el blanco edificio del hospital.

En mi alma hervía la cólera, sobre todo porque no tengo ni la menor idea de cómo preparar una solución de morfina para una inyección subcutánea. ¡Soy un médico, no una enfermera!

Caminaba y temblaba.

Oí cómo detrás de mí, como un perro fiel, caminaba ella. Sentí ternura, pero la asfixié. Me volví y, muy agresivamente, le dije:

—¿La preparará o no?

Ella hizo un gesto con la mano, como de resignación, «lo mismo da», y respondió en voz baja:

—Está bien, lo haré.

...Una hora más tarde ya me encontraba en un estado normal. Naturalmente le

pedí disculpas por mi absurda rudeza. Yo mismo no entiendo cómo me pudo ocurrir eso. Antes yo era una persona cortés.

Ella reaccionó de manera extraña ante mis disculpas. Se puso de rodillas, se apretó contra mis manos y dijo:

—No estoy enfadada con usted. No. Ahora sé que usted es un hombre acabado. Ahora ya lo sé. Y me maldigo por haberle puesto la inyección aquella vez.

La tranquilicé como pude, asegurándole que ella no tenía nada que ver en todo esto y que yo era responsable de mis actos. Le prometí que a partir del día siguiente comenzaría seriamente a deshabituarme, reduciendo la dosis.

—¿Cuánto se ha inyectado ahora?

—Una tontería. Tres jeringuillas de una solución al 1%.

Ella bajó la cabeza y permaneció en silencio.

—¡No se preocupe!

...En realidad comprendo su preocupación. Efectivamente el *morphium hydrochloricum* es algo terrible. La adicción a él se crea con mucha rapidez. Pero una afición moderada, ¿acaso es morfinismo...?

...A decir verdad, esa mujer es la única persona que me es realmente fiel. Y ella debería ser mi esposa. A la otra la he olvidado. La he olvidado. Después de todo, esto debo agradecerérselo a la morfina...

*8 de abril de 1917.*

Esto es un martirio.

*9 de abril.*

La primavera es terrible.

El diablo en una ampolla. ¡La cocaína es el diablo en una ampolla!

Su efecto es el siguiente:

Tras una inyección de una solución al 2 % aparece, casi instantáneamente, una sensación de tranquilidad que de inmediato se convierte en éxtasis y beatitud. Esto dura sólo uno o dos minutos. Después todo desaparece sin dejar huellas, como si no hubiera existido. Llega el dolor, el terror, la oscuridad. Truena la primavera, pájaros negros vuelan entre las ramas desnudas; en lontananza el bosque intrincado, roto y oscuro se eleva hacia el cielo y detrás de él se inflama, ocupando una cuarta parte del cielo, el primer atardecer de la primavera.

Mido con pasos la solitaria y vacía habitación principal de mi apartamento de médico, caminando en diagonal de las puertas a la ventana y de la ventana a las puertas. ¿Cuántos de estos paseos puedo hacer? No más de quince o dieciséis. Luego tengo que volverme y dirigirme al dormitorio. La jeringuilla se encuentra sobre las gasas, junto a la ampolla. La tomo y, untando descuidadamente con yodo mi

agujereada cadera, hundo la aguja en la piel. No hay ningún dolor. Oh, al contrario: saboreo por anticipado la euforia que está a punto de llegar. Y entonces llega. Lo sé porque los sonidos del acordeón —que el guardia Vlas, feliz por la llegada de la primavera, está tocando en el porche—, esos sonidos desgarrados y roncocos que me llegan apagados a través del cristal, se convierten en voces angelicales y los bastos bajos de los pliegues hinchados del acordeón cantan como un coro celestial. Pero hay un instante en el que la cocaína que está en la sangre, obedeciendo una ley misteriosa no descrita en ningún tratado de farmacología, se transforma en algo nuevo. Yo lo sé: es la mezcla del diablo con mi sangre. Vlas se marchita en el porche, y yo le odio; el atardecer, retumbando intranquilo, me abrasa las entrañas. Y esto ocurre unas cuantas veces seguidas en el transcurso de la tarde, hasta que comprendo que estoy envenenado. El corazón comienza a latir de tal forma que lo siento en las manos, en las sienas..., pero luego cae en un abismo y hay momentos en que pienso que el doctor Poliakov no regresará más a la vida...

*13 de abril.*

Yo, el desdichado doctor Poliakov, que en febrero de este año enfermó de morfinismo, advierto a todos aquellos a quienes les toque mi misma suerte, que no traten de sustituir la morfina por cocaína. La cocaína es el veneno más terrible y pérfido. Ayer, Ana apenas logró reanimarme con alcanfor; hoy soy una especie de cadáver...

*6 de mayo de 1917.*

Hace mucho tiempo que no he escrito en mi diario. Es una lástima. En realidad no es un diario sino una historia clínica y, por lo visto, lo que siento es atracción profesional por el único amigo que tengo en el mundo (sin tener en cuenta a mi triste y a menudo llorosa amiga Ana).

Así pues, si he de llevar una historia clínica, aquí está: me inyecto morfina dos veces al día: a las cinco de la tarde (después de la comida) y a las doce de la noche, antes de dormir.

La solución es al 3%: dos jeringuillas. En consecuencia, recibo cada vez 0,06.

¡No es poco!

Mis anotaciones anteriores son un tanto histéricas. No hay nada particularmente aterrador. Esto no se refleja de ninguna manera en mi capacidad de trabajo. Al contrario: durante el día vivo de la inyección nocturna de la víspera. Realizo magníficamente las operaciones, soy irreprochablemente atento en las recetas y juro por mi palabra de médico que mi morfinismo no ha causado ningún daño a mis pacientes. Espero que en el futuro tampoco les cause. Pero es otra cosa lo que me atormenta. Constantemente tengo la sensación de que alguien descubrirá mi adicción. Y durante las horas de consulta me es muy difícil sentir en la espalda la pesada

mirada escudriñadora de mi enfermero-asistente.

¡Absurdo! El no sospecha nada. No hay nada que me delate. Mis pupilas pueden delatarme sólo por la noche, y por la noche no me encuentro con él.

He remediado la espantosa disminución de la morfina en nuestra farmacia yendo a la capital del distrito. Pero también allí tuve que sufrir momentos desagradables. El jefe del almacén cogió mi pedido, en el que yo había anotado, precavidamente, toda clase de tonterías —como cafeína, de la cual tenemos grandes cantidades—, y me dijo:

—¿Cuarenta gramos de morfina?

Sentí que esquivaba su mirada, como un colegial. Sentí que enrojecía...

Él me dijo:

—No tenemos una cantidad tan grande. Le daré unos diez gramos.

Era cierto que no tenía tanta morfina, pero a mí me pareció que ese hombre había descubierto mi secreto, que me tanteaba y me escudriñaba con la mirada; y yo me agitaba y sufría.

No, las pupilas; sólo las pupilas son peligrosas, y por eso me he impuesto como norma no encontrarme con nadie por las noches. Por cierto, habría sido imposible encontrar un lugar más adecuado para eso que mi distrito: hace más de seis meses que no he visto a nadie, con excepción de mis pacientes. Y a ellos les tengo sin cuidado.

*18 de mayo.*

Una noche asfixiante. Habrá tormenta. A lo lejos, detrás del bosque, el vientre negro de la tormenta crece y se hincha. Un relámpago pálido e inquietante atraviesa el cielo. La tormenta ha comenzado.

Tengo ante mis ojos un libro en el que se describen los síntomas de la abstinencia en los morfinómanos:

«... inquietud, ansia y estado depresivo, irritabilidad, debilitamiento de la memoria, a veces alucinaciones y un grado ligero de ofuscamiento de la razón...».

Jamás he experimentado alucinaciones. En cuanto a lo demás, puedo decir que no son más que palabras opacas, triviales, carentes de significado.

¡«Estado depresivo...»!

No, yo, que he contraído esta terrible enfermedad, advierto a los médicos para que sean compasivos con sus pacientes. No es un «estado depresivo» sino una muerte lenta la que se apodera de un morfinómano si se le priva de la morfina, aunque sólo sea por una o dos horas. El aire pierde su consistencia y se hace irrespirable... No hay una sola célula en el cuerpo que no esté ansiosa... ¿De qué? Eso no se puede ni determinar ni explicar. En una palabra, la persona deja de existir. Está desconectada. Es un cadáver que se mueve, se deprime y sufre. No desea nada, ni piensa en nada que no sea la morfina. ¡Morfina!

La muerte de sed es una muerte paradisíaca, beatífica en comparación con la sed



de morfina. Probablemente sólo alguien que haya sido enterrado vivo atrape así las últimas minúsculas burbujas de aire que hayan quedado en el ataúd y se desgarre con las uñas la piel del pecho. Así gime y se agita el hereje en la hoguera, cuando las primeras lenguas de fuego lamen sus piernas...

Una muerte seca, una muerte lenta...

Eso es lo que se esconde debajo de las eruditas palabras «estado depresivo».

No puedo más. Acabo de inyectarme. Un respiro. Un respiro más.

Me siento mejor. Y ahí está..., ahí está..., un ligero frío mentolado en la cavidad estomacal...

Tres jeringuillas de una solución al 3 %. Esto será suficiente hasta la medianoche...

Absurdo. Esta anotación es un absurdo. No es tan terrible. ¡Tarde o temprano la dejaré...! Pero ahora debo dormir, dormir.

Con esta estúpida lucha contra la morfina no hago más que atormentarme y debilitarme.

(Aquí han sido arrancadas unas veinte páginas del cuaderno).

...mbre.

...vómito a las cuatro y media.

Cuando me sienta mejor, anotaré mis terribles impresiones.

*14 de noviembre de 1917.*

Así, después de fugarme de Moscú, del sanatorio del doctor... (el apellido está cuidadosamente tachado), estoy de nuevo en casa. La lluvia cae como una cortina y me oculta el mundo. Que lo oculte. No tengo necesidad de él, como nadie en el mundo tiene necesidad de mí. Todavía estaba en la clínica cuando el tiroteo y el golpe de Estado. Pero la idea de abandonar el tratamiento maduró furtivamente en mí aun antes de los combates en las calles de Moscú. Debo darle las gracias a la morfina por haber hecho de mí un valiente. No me asusta ningún tiroteo. Después de todo, ¿acaso hay algo que pueda asustar a un hombre que sólo piensa en una cosa: en los maravillosos y divinos cristales? Cuando la enfermera, completamente aterrorizada por el retumbar de la artillería...

(Una página ha sido arrancada).

...nqué esta página, para que nadie lea la vergonzosa descripción de cómo un hombre diplomado huyó, furtiva y cobardemente, y robó su propio traje.

¡Como si se tratara de un traje!

Llevaba puesta la camisa del hospital. Tenía la cabeza en otro lado. Al día siguiente, después de haberme inyectado, reviví y volví a la clínica del doctor N. Este

me recibió con piedad, pero en su piedad se sentía, después de todo, el desprecio. No es justo. Es un psiquiatra, debe comprender que no siempre soy dueño de mis actos. Estoy enfermo. ¿Por qué entonces despreciarme? Devolví la camisa del hospital.

El doctor dijo:

—Gracias. —Y añadió—: ¿Qué piensa hacer ahora?

Yo dije con ánimo (en ese momento me encontraba en un estado de euforia):

—He decidido regresar a mi rincón perdido, tanto más cuanto que mi permiso ha terminado. Le estoy muy agradecido por su ayuda, me siento mucho mejor. Continuaré curándome en casa.

El contestó de la siguiente manera:

—Usted no se siente en absoluto mejor. Me resulta francamente cómico que me diga eso a mí. Basta echar una mirada a sus pupilas. ¿Con quién cree que está hablando...?

—Yo, profesor, no me puedo deshabituarse de inmediato..., sobre todo ahora, cuando están teniendo lugar todos estos acontecimientos..., el tiroteo me ha destrozado los nervios...

—Pero eso ya ha terminado. Tenemos un nuevo gobierno. Vuelva a ingresar en la clínica.

En ese momento lo recordé todo..., los gélidos corredores..., las paredes desnudas pintadas con pintura de aceite..., y a mí, arrastrándome como un perro con una pata rota... Espero alguna cosa... ¿Qué? ¿Un baño caliente...? No, una pequeña inyección de 0,05 de morfina. Una dosis que no provoca la muerte, es cierto... solamente... todo ese abatimiento, ese peso que continúa oprimiendo como antes... Las noches vacías, la camisa que yo mismo desgarré sobre mi cuerpo mientras suplicaba que me dejaran salir.

No. No. Han inventado la morfina, la han extraído de las cabecitas secas y crujientes de la planta divina, ¡pues entonces que encuentren el modo de curar a las personas sin hacerlas sufrir! Moví tozudamente la cabeza. En ese momento él se levantó y yo me lancé aterrado hacia la puerta. Tuve la impresión de que quería cerrarla con llave y retenerme a la fuerza en el hospital...

El profesor enrojeció.

—No soy un carcelero —dijo no sin cierta irritación—, y esto no es la Butyrka. Puede estar tranquilo. Hace dos semanas usted presumió de ser una persona completamente normal. Y he aquí que... —El profesor repitió expresivamente mi gesto de terror—. Pero no le detengo...

—Profesor, devuélvame la declaración que firmé. Se lo suplico. —Y mi voz incluso tembló lastimeramente.

—Con gusto.

Hizo girar la llave en el escritorio y me devolvió mi declaración (en la que me

comprometía a seguir el tratamiento completo durante dos meses, aceptaba que podía ser retenido por los médicos de la clínica, etcétera. En suma, un formulario común y corriente).

Cogí el papel con mano temblorosa y lo escondí mientras murmuraba:

—Se lo agradezco.

Luego me puse en pie para marcharme. Y salí.

—¡Doctor Poliakov! —se oyó detrás de mí. Me volví, sujetándome al pomo de la puerta—. Escuche —dijo el profesor—, recapacite. Comprenda que de todos modos acabará en una clínica psiquiátrica, digamos que un poco más tarde... Además, para entonces su estado habrá empeorado notablemente. Hasta ahora le he tratado como a un médico. Pero más tarde se encontrará en un estado de absoluto desquiciamiento psíquico. Usted, querido, en realidad no debería siquiera ejercer la medicina y, quizá, incluso sea criminal no poner sobre aviso al personal de su lugar de trabajo.

Me estremecí. Sentí claramente que mi rostro había perdido su color (aunque de todas formas me quedaba poco).

—Profesor —dije con voz sorda—, le suplico que no diga nada a nadie... Me quitarán el trabajo... Me declararán enfermo... ¿Por qué quiere hacerme eso?

—¡Márchese! —gritó el profesor con despecho—, ¡márchese! No diré nada. De todas formas le traerán de regreso...

Salí y juro que durante todo el camino me sentí atormentado por el dolor y la vergüenza... ¿Por qué...?

Es muy simple. Ah, amigo mío, mi fiel diario. No me traicionarás, ¿verdad? En realidad no se trata del traje sino de que, en el sanatorio, había robado morfina. Tres cubitos en cristales y diez gramos de solución al 1 %.

Pero no sólo esto me interesa, también me inquieta lo siguiente. La llave estaba puesta en el armario. Pero ¿y si no hubiera estado? ¿Habría roto el armario o no? ¿Eh? Con la mano en el corazón...

Lo habría roto.

Entonces, el doctor Poliakov es un ladrón. Tendré tiempo de arrancar la página.

En cuanto a lo de ejercer mi profesión, creo que exagero. Sí, soy un degenerado. Es completamente cierto. Ha comenzado ya la degeneración de mi personalidad moral. Pero aún puedo trabajar; soy incapaz de hacer ningún mal o daño a ninguno de mis pacientes.

¿Por qué robé? Muy sencillo. Pensé que durante los combates y toda la confusión relacionada con el golpe de Estado, no encontraría morfina en ningún lugar. Pero cuando las cosas se tranquilizaron, en una farmacia de la periferia conseguí quince gramos de solución al 1 %, cosa inútil y fastidiosa para mí (¡tendré que inyectarme 9 veces!). Además, tuve que humillarme. El boticario exigió un sello y me miró con

aire sombrío y de sospecha. Y sin embargo al día siguiente, una vez que había vuelto a mi estado normal, obtuve sin ninguna dificultad, en otra farmacia, veinte gramos en cristales. Había escrito una receta para el hospital solicitando también, por supuesto, cafeína y aspirinas. Sí, después de todo, ¿por qué debo esconderme? ¿Por qué tener miedo? ¿Acaso llevo escrito en la frente que soy morfinómano? A fin de cuentas, ¿a quién le importa?

¿Tan avanzada está mi degeneración? Presento como testimonio estas notas. Son fragmentarias, ¡pero yo no soy un escritor! ¿Acaso hay en ellas ideas delirantes? Me parece que razono de manera perfectamente sana.

El morfinómano tiene una felicidad de la que nadie puede privarle: la capacidad de pasar la vida en el más completo aislamiento. Aislamiento significa pensamientos profundos y elevados, contemplación, serenidad, sabiduría...

La noche transcurre, negra y silenciosa. En alguna parte se encuentra el bosque desnudo y, detrás de él, algún riachuelo, el frío, el otoño. Lejos, muy lejos, está Moscú, desmelenada e impetuosa. No me importa nada, no tengo necesidad de nada y ningún lugar me atrae.

Arde, llama, en mi lámpara, arde, en silencio; quiero descansar después de las aventuras moscovitas, quiero olvidarlas.

Y las he olvidado.

Las he olvidado.

*18 de noviembre.*

Primeras heladas. La tierra se ha secado. He salido a dar un paseo por el sendero que conduce al río, porque ya casi nunca estoy al aire libre.

Mi personalidad se degenera, de acuerdo, pero aún hago esfuerzos por evitarlo. Esta mañana, por ejemplo, no me he inyectado (actualmente me inyecto tres veces al día tres jeringuillas de solución al 4 %). Me siento incómodo. Ana me da lástima. Cada vez que aumento la dosis ella sufre. Me da lástima. ¡Ah, qué ser humano!

Sí... así... que... al empezar a sentirme mal, he decidido sufrir un poco (¡el profesor N. debería haberme visto!), y aplazar el momento de la inyección, y entonces he salido en dirección al río.

Qué desierto. Ni un sonido, ni un murmullo. El crepúsculo no ha comenzado todavía, pero se siente cómo se arrastra por los pantanos, por los montículos, entre los troncos... Avanza, avanza hacia el hospital de Levkovo... Yo también me arrastro, apoyándome en el bastón (a decir verdad, me he debilitado un poco en este último tiempo).

Y, de pronto, veo a una viejecita de cabellos amarillos que viene desde el río, por

la pendiente. No camina, corre hacia mí, pero sin mover las piernas bajo su abigarrada falda en forma de campana... En un primer momento no he comprendido quién era, ni siquiera me he asustado. Una ancianita como cualquier otra. Pero resultaba extraño que en aquel frío llevara la cabeza descubierta y no se cubriera el pecho más que con una blusa... ¿De dónde había salido aquella anciana mujer? ¿Quién era? Cuando terminan las consultas en Levkovo y se han marchado los últimos trineos de los campesinos, no queda nadie en diez verstas a la redonda. ¡Niebla, pantanos, bosques! Un sudor frío me ha corrido de pronto por la espalda, ¡había comprendido! La viejecita no corría, volaba, sin tocar la tierra. ¿Es correcto? Pero no era eso lo que me había arrancado un grito, no, sino el hecho de que la viejecita llevaba una horquilla en las manos. ¿Por qué me he asustado tanto? ¿Por qué? He caído sobre una rodilla, he extendido los brazos y me he cubierto para no verla; luego me he vuelto y, cojeando, he corrido a casa como a un lugar de salvación, deseando llegar rápido, antes de que me explotara el corazón, deseando llegar a las cálidas habitaciones, ver a Ana viva y... la morfina...

He entrado corriendo.

Absurdo. Una simple alucinación. Una alucinación casual.

*19 de noviembre.*

Vómito. Es un mal síntoma.

Mi conversación nocturna con Ana, el día 21.

Ana.— El enfermero lo sabe.

Yo.— ¿De verdad? Da lo mismo. Son tonterías.

Ana.— Si no te marchas de aquí a la ciudad, me ahorcaré. ¿Me oyes? Mira tus manos, míralas.

Yo.— Tiemblan un poco. Pero esto no me impide trabajar.

Ana.— Pero míralas: se han vuelto transparentes. No son más que piel y hueso... Mírate la cara... Escucha, Seriozha, vete, te lo suplico, vete...

Yo.— ¿Y tú?

Ana.— Vete. Vete. Te estás destruyendo.

Yo.— Exageras un poco. Aunque en realidad yo mismo no comprendo por qué me he debilitado tan rápidamente. Llevo enfermo menos de un año. Por lo visto se debe a que mi constitución es así.

Ana (tristemente).— ¿Qué puede devolverte a la vida? ¿Tal vez tu Amneris, tu esposa?

Yo.— Oh, no. Tranquilízate. Gracias a la morfina me he librado de ella. En lugar de ella tengo la morfina.

Ana.— ¡Oh, Dios...! ¿Qué puedo hacer?

Yo creía que personas como Ana sólo existían en las novelas. Si alguna vez me curo, uniré para siempre mi destino al de ella. Ojalá el otro no regrese de Alemania.

*27 de diciembre.*

Hace mucho que no he cogido el cuaderno. Me he puesto el abrigo, los caballos esperan. Bomgard se ha marchado del distrito de Gorelovo y me han enviado para reemplazarle. A mi distrito vendrá una doctora.

Ana se quedará aquí... Vendrá a visitarme...

Aunque son treinta verstas.

Hemos decidido firmemente que, a partir del 1 de enero, tomaré un mes de permiso por enfermedad e iré a Moscú a ver al profesor. De nuevo firmaré un compromiso y, durante un mes, sufriré tormentos inhumanos en su sanatorio.

Adiós, Levkovo. Hasta pronto, Ana.

*1918*

*Enero.*

No he ido. No puedo separarme de mi ídolo en forma de cristales solubles.

Moriría durante el tratamiento.

Cada vez con más frecuencia me ronda la idea de que no necesito curarme.

*15 de enero.*

Vómito por la mañana.

Tres jeringuillas de solución al 4 % al atardecer. Tres jeringuillas de solución al 4 % por la noche.

*16 de enero.*

Día de operaciones, por lo tanto he tenido una larga abstinencia: desde la noche hasta las seis de la tarde.

Al atardecer —la hora más terrible— ya en mi apartamento, he oído con toda claridad una voz, monótona y amenazadora, que repetía:

—Serguéi Vasílievich, Serguéi Vasílievich.

Después de la inyección, todo ha desaparecido de inmediato.

*17 de enero.*

Hay tormenta: no hay consulta. Durante mi abstinencia leí un manual de psiquiatría que me produjo una impresión aterradora. Estoy perdido, no hay ninguna esperanza.

El más mínimo rumor me asusta, la gente me resulta odiosa durante la abstinencia. Me da miedo. Durante la euforia los amo a todos, pero prefiero la soledad.

Aquí debo andar con cuidado: hay un enfermero y dos comadronas. Debo estar muy atento para no traicionarme. Ahora tengo experiencia y no me traicionaré. Nadie sabrá nada, mientras tenga una reserva de morfina. Yo mismo me preparo la solución o bien le envío con tiempo la receta a Ana. En una ocasión ella hizo el intento (disparatado) de cambiar la solución al 5 % por una al 2 %. Ella misma la trajo de Levkovo, en medio del frío y la tormenta.

Esa fue la causa de que aquella noche tuviéramos una violenta discusión. La convencí de no volver a hacerlo. Comunicqué al personal de este lugar que me encontraba enfermo. Durante mucho tiempo me rompí la cabeza pensando qué enfermedad inventar. Dije que tenía reumatismo en las piernas y neurastenia aguda. Les he advertido que en febrero me marcharé con un permiso a Moscú para curarme. El asunto marcha bien. No hay ninguna interrupción en el trabajo. Evito operar los días en que soy víctima de vómitos incontenibles, acompañados de hipo. Por eso he tenido que diagnosticarme también un catarro estomacal. ¡Ah, son demasiadas enfermedades para una sola persona!

El personal de aquí es compasivo y ellos mismos me empujan a que tome un permiso.

Mi aspecto externo: delgado y pálido como la cera.

Me he dado un baño y luego me he pesado en la balanza del hospital. El año pasado pesaba 65 kilogramos; ahora peso 55. Me he asustado al mirar la flecha de la balanza, pero después ha pasado.

Tengo los antebrazos constantemente llenos de abscesos, igual que las caderas. No sé preparar con esterilidad la solución; además, unas tres veces me he inyectado con una jeringuilla que no había sido hervida; tenía mucha prisa, era antes de un viaje.

Esto es inadmisibile.

*18 de enero.*

He tenido la siguiente alucinación:

Estaba esperando en unas ventanas negras la aparición de ciertas personas pálidas. Era insoportable. Sólo había una cortina. He cogido gasa en el hospital y la he colgado en la ventana. No he podido inventar una justificación.

¡Ah, diablos! ¿Por qué, a fin de cuentas, siempre debo buscar una justificación para cada una de mis acciones? ¡Esto no es vida, es un martirio!

¿Expreso mis pensamientos con claridad?

Creo que sí.

¿La vida? ¡Qué ridiculez!

*19 de enero.*

Hoy, durante un receso entre las consultas, cuando estábamos descansando y

fumando en la farmacia, el enfermero, mientras mezclaba unos polvos, nos ha contado (riéndose por alguna razón) la historia de una enfermera morfinómana que, no pudiendo procurarse morfina, bebía media copa de un licor de opio. Yo no sabía adonde dirigir la mirada durante el tiempo que ha durado este atormentador relato. ¿Qué hay de gracioso en eso? El enfermero me es odioso. ¿Qué hay de gracioso? ¿Qué?

He salido de la farmacia caminando como un ladrón.

«¿Qué es lo que le resulta a usted gracioso en esa enfermedad...?».

Pero me he contenido, me he cont...

En mi situación, no debo ser especialmente petulante con la gente.

Ah, enfermero. Es tan cruel como esos psiquiatras, que no son capaces de ayudar al enfermo de ninguna manera, de ninguna manera, de ninguna manera.

De ninguna manera.

De ninguna manera.

Las líneas anteriores fueron escritas en un momento de abstinencia y contienen muchas afirmaciones injustas.

Es noche de luna. Estoy acostado después de un ataque de vómito, me siento débil. No puedo levantar los brazos muy alto y trazo mis pensamientos con lápiz. Son puros y orgullosos. Soy feliz por unas cuantas horas. El sueño me espera. En lo alto brilla la luna, y en ella hay una corona. Nada es terrible después de la inyección.

*1 de febrero.*

Ha llegado Ana. Está amarilla, enferma.

He acabado con ella. Yo. Sí, sobre mi conciencia pesa un gran pecado.

Le he jurado que me marcharé a mediados de febrero.

¿Lo cumpliré?

Sí. Lo cumpliré.

Si aún estoy con vida.

*3 de febrero.*

Así pues, una montaña de nieve. Helada e interminable, como aquella desde la cual, en los cuentos de mi niñez, se llevaban en un trineo al fabuloso Kai. Es mi último vuelo por esta montaña y sé lo que me espera abajo. Ah, Ana, pronto tendrás un gran sufrimiento, si es que me has amado...

*11 de febrero.*

He decidido lo siguiente. Me dirigiré a Bomgard. ¿Por qué justamente a él? Porque no es psiquiatra, porque es joven y fue mi compañero en la universidad. Es un hombre sano y fuerte pero al mismo tiempo es dulce, si no me equivoco. Le recuerdo.



Quizá sea... En él encontraré compasión. El podrá hacer algo. Que me lleve a Moscú. No puedo ir hasta donde está él. He recibido el permiso. Estoy acostado. No voy al hospital.

He calumniado al enfermero. Es cierto que se rió... Y bien, no importa. Ha venido a visitarme. Me ha propuesto auscultarme.

No se lo he permitido. ¿Nuevamente debo encontrar un pretexto para negarme? No quiero inventar ningún pretexto.

La nota a Bomgard ha sido enviada.

¡Gente! ¿Alguien podrá ayudarme?

He comenzado a lanzar exclamaciones patéticas. Si alguien leyera esto, pensaría que son falsas. Pero nadie lo leerá.

Antes de escribir a Bomgard, lo he recordado todo. Sobre todo me venía con insistencia a la mente la estación de Moscú, cuando huí de la ciudad, en noviembre. Qué noche tan terrible. Encerrado en el lavabo, me inyectaba la morfina que había robado... Fue un martirio. Golpeaban la puerta, las voces retumbaban como si fueran de metal, me insultaban porque llevaba demasiado tiempo dentro del lavabo; me saltaban las manos, también saltaba el pestillo, de modo que en cualquier momento podía abrirse la puerta...

Desde entonces también tengo forúnculos.

Por la noche he llorado, al recordar todo esto.

*12 de febrero, por la noche.*

De nuevo el llanto. ¿A qué viene tanta debilidad y tanta infamia por las noches?

*Año 1918. 13 de febrero al amanecer, en Gorelovo.*

Puedo felicitarme: ¡no me he inyectado en catorce horas! ¡Catorce! Una cifra inimaginable. El amanecer es confuso y blanquecino. ¿Estaré completamente sano dentro de un momento?

Una reflexión madura: Bomgard no me es necesario, nadie me es necesario. Sería vergonzoso prolongar, aunque sólo fuera un minuto, mi vida. Una vida así no se puede prolongar. Tengo la medicina al alcance de la mano. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Y bien, manos a la obra. No le debo nada a nadie. Me he destruido solamente a mí mismo. Y a Ana. ¿Pero qué se puede hacer?

El tiempo lo curará, como cantaba Amneris. Con ella, naturalmente, todo es sencillo y fácil.

El cuaderno es para Bomgard. Es todo...

## V

El amanecer del 14 de febrero de 1918, en una lejana ciudad de provincias, terminé de leer este diario de Serguéi Poliakov. Aquí está, en su totalidad, sin ninguna modificación. No soy psiquiatra y no puedo decir con certeza si es útil o instructivo. Creo que lo es.

Ahora que ya han transcurrido diez años de todo esto se han disipado la compasión y el dolor provocados por el diario. Es natural, y sin embargo al releerlo me doy cuenta de que me sigue resultando interesante a pesar de que el cuerpo de Poliakov hace mucho que se ha convertido en cenizas y su recuerdo ha desaparecido por completo. ¿Podrá ser útil? Me atrevo a decir que sí. Ana K. murió en 1922 de tifus exantemático, en el mismo distrito en donde había trabajado. Amneris —la primera esposa de Poliakov— está en el extranjero. No volverá.

¿Puedo publicar este diario que me fue regalado?

Puedo. Lo publico. Doctor Bomgard.

*Otoño, 1927*



MIJAÍL AFANÁSIEVICH BULGÁKOV, nació en Kiev el 13 de mayo de 1891. Cursó estudios de medicina y ejerció esta profesión hasta el año 1919 en el que se vio obligado a abandonarla a causa de la guerra civil. Este fue el momento en el que comenzó su trayectoria literaria, publicando bajo diversos seudónimos reportajes y folletines en periódicos de Moscú. Su modo de escritura se define por su carácter satírico y los numerosos elementos fantásticos que emplea, tanto de anticipación científica como motivos surrealistas. Sus primeras obras dramáticas como *Corazón de Perro* (1925) o *La Guardia Blanca* (1925) tuvieron gran éxito de público, sin embargo fue calificado como contrarrevolucionario por las autoridades de la época, motivo por el que se prohibieron sus obras. Una vez paralizada su actividad literaria, en el año 1930 dirigió una carta al gobierno soviético pidiendo el exilio o, si no se lo concedían, que le asignaran un empleo en algún teatro. De este modo se convirtió en director adjunto del Teatro del Arte de Moscú. Cuando contrajo una grave enfermedad de riñón y sabiendo que le restaba poco tiempo de vida, se apresuró a escribir la novela que ha sido considerada como su obra maestra y que fue publicada en el año 1966, veintiséis años después de su muerte: *El Maestro y Margarita*.

# Notas

[1] Sin duda el año 1917. Dr. Bomgard.<<

[2] *Zemstvo*, cada una de las asambleas locales y provinciales elegidas por la nobleza, en la Rusia zarista. (*N. de la T.*) <<